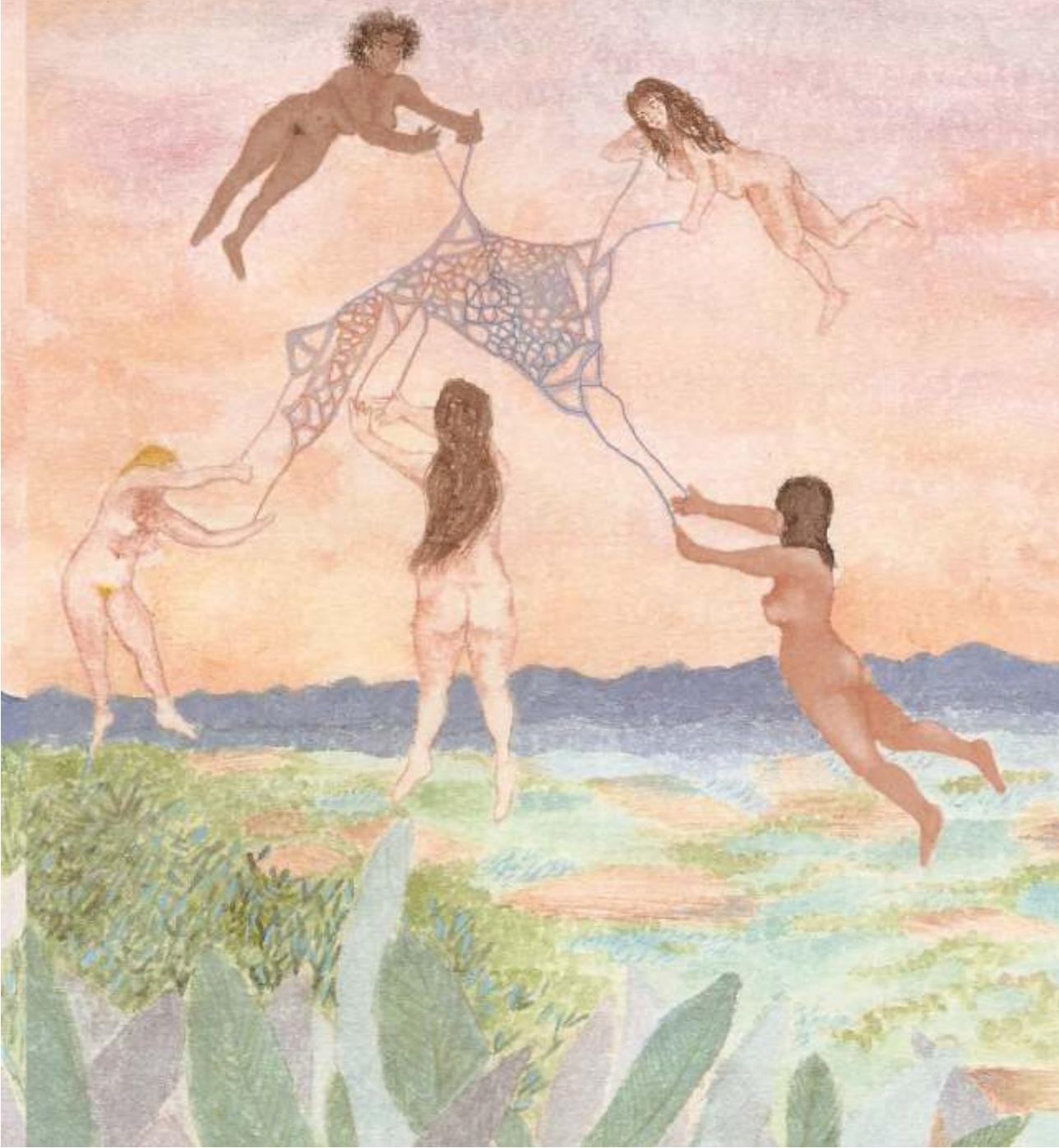


TEJIÉNDONOS

Narrativas de las mujeres en el marco del conflicto político armado en el Valle del Cauca



Corporación para el Desarrollo Regional
Martha Viviana Burbano Arrechea – directora ejecutiva

Proyecto: "Garantías para la labor de defensa de los derechos humanos y la construcción de paz en el suroccidente colombiano. Exp. 26/2019.

Elizabeth Belalcázar Mejía - Profesional en Incidencia y Memoria

Jessica Alejandra Morera Arango – Psicóloga

Proyecto:

"Vivir en Paz desde la Co-inspiración comunitaria No:300008675"

María Eugenia Betancur Pulgarín – Coordinadora del proyecto

Catalina Galeano Cabrera – Coordinadora del eje incidencia y memoria.

Sofía Gómez Cabrera- Asistente Eje de incidencia y memoria

Natalia Lucio y Angélica Gardezabal- Equipo de comunicaciones y cobertura

Genny Cuervo y Margarita María Aristizábal – Relatoras

Organizaciones participantes: *

Florida: Fundafrosan, Resguardo Triunfo Cristal Páez

Miranda: Asoesperanza, Mujeres sororas y defensoras de Miranda, Fundación Sinergia, Cooperativa Mano Amiga-Guatemala, Comzoplan

Pradera: Asociación de mujeres Nueva Vida, Mujeres ahorradoras al futuro, Asoaminga, JAC primero de mayo

Sevilla: Asociación de mujeres rurales víctimas de Sevilla

Tuluá: Funcepa

Jamundi: Asociación Tradiciones y Ancestros TRAYAN

Cali: Funvimufroin

Las opiniones y hechos narrados son de responsabilidad de sus autoría y editoras. Solidaridad Practica, Forum Civ y Paz con Dignidad, no se hacen responsables, en ningún caso de las opiniones contenidas en el texto.

PRÓLOGO

Caminar la palabra de la mano de sus protagonistas se convirtió en un viaje piel adentro, un viaje que a partir de varios encuentros parecía que retornaba a la cotidianidad fría de la resignación, muchas veces con el olor del miedo impregnando hasta en nuestros huesos, un dolor que no vivimos en nuestros cuerpos durante el hecho histórico, pero sí un dolor que compartimos profundamente. Como acompañantes del ejercicio de encuentro, inspiración y construcción del relato, transitamos llevadas por narraciones sobre cada recuerdo en una ola de sensaciones que nos sacó del extraño confort de la vida cotidiana. Esta compilación lograda por sus dos relatoras a partir de las narraciones de sus protagonistas merece hoy el reconocimiento como ejercicio de reconstrucción de memoria histórica y, sobre todo, como ejercicio de sanación personal y colectiva.

En el proceso de construcción, muchas veces sentimos el llamado de quienes fueron víctimas intentando encontrar la verdad, la justicia y la reparación frente a hechos que por su crueldad no podrían ser siquiera sospechados. Con las manos vacías, los ojos y el corazón bien abiertos decidimos escuchar, así nos juntamos para resignificar los hechos y ponerlos en un lugar más “tranquilo,” pues solo el ejercicio de contarlos liberó la carga de años de silencio y desesperanza que los mismos habían provocado en la vida y cuerpos de estas mujeres.

Logramos identificar como vital, la importancia de las formas organizativas que las protagonistas promueven en la reparación de los daños causados en el conflicto político armado en Colombia. Hacer memoria es reconocer un conflicto que ha dejado millones de víctimas, reconocer sus dolores y sus resistencias. Las comunidades han encontrado sus propias formas, nosotras lo hicimos a través de este ejercicio de construcción de Narrativas, disputando el lugar de la memoria única, oficial e impuesta desde el Estado con la misión de que la nuestra no quede en el olvido. Como escribe Pilar Riaño “La muerte sola, no es muerte completa. La muerte completa es el olvido. Así que no hay muertos más muertos que los que se olvidan”

En definitiva, optamos por romper el pacto de la proclamación del olvido como fundamento de la Paz social. Es inevitable mencionar que esa resignación forzosa ante los hechos consumados y la impunidad subsecuente nos acompañó en cada sesión, y al final comprendimos que lo más importante de este ejercicio era en definitiva cada uno de esos espacios que habíamos propiciado en el encuentro para que sus protagonistas sanaran de a poquitos, además de entender que hacer Memoria resignificaba la necesidad de hacernos cargo de nuestro pasado y presente, reconociendo e incorporando sus narrativas en recopilaciones como esta.

Hicimos entonces de la memoria, como muchas otras, una propuesta de resistencia que recuperó el ámbito de lo personal y rescató las experiencias de las mujeres con el fin de construir un nosotras: las mujeres como momento de identidad colectiva y de reflexión sobre el carácter político de las vivencias personales, ya no de manera contemplativa y dolorosa sino para proyectar procesos de acción y sanación sobre sí mismas y hacia fuera, en la búsqueda del cambio personal y de la acción colectiva.

Lo cotidiano, lo personal, lo afectivo como mujeres fue lo que guió esta experiencia de incidencia política y reconstrucción de memoria, ya que es en lo cotidiano donde las mujeres podemos apropiarnos de nuestra existencia y transformar lo privado en colectivo, lo personal en político.

La posibilidad de narrar sus trayectorias de vida, enunciando con voz propia conflictos e intensidades, configuró un claro ejercicio reivindicativo que no solo objetó críticamente lugares de opresión, sino que también expresó la dignidad y pasión con las que se les resiste. El documento que tienen en sus manos entonces es un intento resignificativo de buscar en nosotras y con nosotras mismas, esos procesos de reparación y sanación colectiva que no supo consolidar el Estado.

Nuestro reconocimiento especial para Genny Cuervo, quien a través de los talleres logró recoger en escritos lo que las mujeres narraron con su cuerpo, frases, ademanes, lágrimas y abrazos. La magia de sus ejercicios, los espejos, las semillas, el fuego, el agua, el romero ardiendo, el cuaderno de la memoria, los juegos, los círculos para escaparse a esos lugares amados u odiados, recordaron a cada una de las participantes del proceso, la valentía con la que asumen su vida después de hechos de profundo dolor, dejando claro en últimas que son sus relatos el camino de sanación para otras mujeres, relatos donde el silencio ya no es opción.

También un reconocimiento especial a las mujeres que compartieron su sabiduría, sus tristezas y certezas, ellas cargadas de fortaleza y resiliencia construyen la memoria de este país. A Margarita Aristizábal que supo encontrar, hurgando en la historia de Colombia, el contexto que acompañó cada relato. Hoy estas narrativas hacen parte de un Informe sobre el Caso 005 entregado en mayo de este año 2021 a la Jurisdicción especial para la paz JEP, en medio de un estallido social sin precedentes en este país y sobre todo en el departamento, estallido social que sigue mostrando la inmensa inequidad en que vive el conjunto de la población colombiana.

Elizabeth Belalcázar Mejía
Catalina Galeano Cabrera

Coordinación de incidencia y memoria de los proyectos
Corporación para el desarrollo Regional CDR.

INTRODUCCIÓN

La necesidad de contar

Los testimonios que recoge este documento han sido narrados por sus protagonistas en los talleres realizados para la construcción de macrorelatos en el marco de los proyectos “Garantías para la defensa de los derechos humanos y la construcción de paz en el suroccidente” y “Vivir en paz desde la co-inspiración comunitaria”. Durante cinco encuentros desarrollados con 25 mujeres que habitan diversos municipios del sur occidente, se realizó un proceso de reconstrucción de memoria y re significación de sus experiencias como víctimas del conflicto armado colombiano.

Las participantes coinciden en que nos reunimos en estos talleres para narrarnos y “para saber realmente la historia del conflicto en el país. Porque no toda la historia está contada y no es cómo la cuentan, es cómo la vivimos” (*Lina, 2021*) Así, evidenciando la importancia de sus testimonios en la reconstrucción de memoria que debe realizar el sur-occidente; ellas encontraron en este ejercicio una forma de sanación “para que las mujeres nos empoderemos y sintamos que no estamos solas, que tenemos quién nos escuche”. (*Mariana, 2020*).

En nuestro primer encuentro la pregunta sobre qué es la memoria fue respondida desde diferentes perspectivas, reflejando el camino que han transitado las participantes como víctimas que se han transformado en lideresas. Una de las principales características que encontramos es que son, como ellas mismas lo expresan, sobrevivientes de una guerra en la que no escogieron participar, dejando siempre claro que “no somos víctimas porque nos hicimos, somos víctimas porque nos hicieron” (*Lina, 2021*) y, asumiendo la realidad a la que han sobrevivido, logran sanar y trabajar en comunidad por la no repetición.

“Para mí la memoria es un acto de conciencia... porque comprendí que tenía que hacer algo por mí misma y no sólo recordar para torturarme. He podido cambiar, transformándome espiritualmente. Yo recuerdo para hacerme más fuerte, para perdonar y entender lo que me ha pasado. Y en vez de quejarme y lamentarme, empecé otro camino diferente que no tiene que ver con esperar ayudas del estado y pensé en generar hechos que tuvieran un impacto positivo en mí y los otros. Y aunque hay cosas que se siguen repitiendo, incluso con más fuerza, pienso que hay cosas que se pueden evitar sembrando otra conciencia.

Y para mí la conciencia es el arte de saber lo que realmente estoy haciendo en cada instante y en cada momento, saber lo que estoy transmitiendo, con mis actos y mis palabras. Y cuando yo, gracias a dios, encontré ese camino, empecé a sanar (...) más no olvidarme, ni descuidar, porque mi trabajo es realizar algo que pueda ayudar a la gente para que no se desplace como me pasó a mí; por ejemplo yo trabajo con mujeres de mi comunidad, somos 10 mujeres que hacemos tejidos, haciendo recuperación de saberes, impactando a 10 familias, porque sé que cuando uno lleva un pedazo de pan, en un contexto en donde no se consigue nada, ni el estado llega ni nada, y sólo hay ofertas para hacer parte de la guerra; cuando usted da posibilidad de un trabajo, es mucho lo que está haciendo, la gente no ingresa a grupos de ninguna clase porque ya tiene algo.

Mi trabajo es pequeñito como una gota de agua, pero es enfocarme en lo que sabemos hacer para ganarnos nuestro sustento. Y es lo que yo puedo hacer; cada una ofrece lo que puede”. (Zulma, 2020).

En las palabras de Zulma encontramos una de las perspectivas que en relación al ejercicio de memoria se presentan en el grupo con mayor recurrencia, el sentido de hacer memoria como una forma de sanación, con una conciencia plena de que no es en el olvido donde empezará la reconstrucción de sus vidas.

Por ello este espacio se re significa como una necesidad latente de “Contar para sanar”, haciendo del recuerdo un mecanismo con el que volvemos a pasar por esas experiencias cargados de sentires, no sólo para encontraremos con nuestro dolor, sino también, como dice Zulma, para “volver a despertar esos sueños que se quedaron estancados y volverlos a activar”, entendiendo que es importante narrar lo que nos ha sucedido, porque además de aportar a los procesos de justicia que exigimos, estamos aportando a la reconstrucción de tejido social que requiere fortalecer los hilos de empatía y cooperación. “Porque cuando mi compañera cuenta un testimonio y alguien aprende de ella y entiende lo que ha vivido, activamos la empatía, rompemos estigmas, creamos nuevos tejidos y nos damos cuenta que lo que le ha pasado a ella también me duele a mí... y si me duele, voy a trabajar para que lo que le sucedió a ella no le pase a nadie más”. (Zulma, 2020).

La idea de romper el estigma se explica con la experiencia que tienen las víctimas respecto a la percepción que muchas personas tienen sobre ellas, poniendo en duda su versión de los hechos, culpabilizándolas o responsabilizándolas de las decisiones que otros tomaron para incidir en sus vidas. Concebir el testimonio íntimo como una forma en que estos estigmas se desvirtúan, mostrando la forma en la que ocurrieron los hechos, las características de los contextos y las estructuras socio-políticas que las sustentaron, nos permite aportar a la escritura de una verdad sobre el conflicto armado que la sociedad colombiana tiene el derecho a conocer, y debe hacerlo desde las diversas miradas que aportan las mujeres.

“Cuando nosotras hemos vivido tantos dolores y hemos logrado superarlos, podemos ayudar a otras personas a sanarse con nuestro testimonio, pero también buscando los mecanismos y las herramientas para ayudar a esa persona que en estos momentos está sufriendo; para que ese sufrimiento sea resiliente y ella pueda abordar su transformación, tener paz y tener una tranquilidad que logrará alcanzar a través de su propio testimonio. Porque por muchos años cargamos en silencio el dolor, lo sufrimos, lo llevamos, pero no lo queremos contar porque no encontramos a alguien que realmente nos escuche. Se presentan ocasiones en las que la gente nos escucha pero nos juzga y otras en cambio en las que te escuchan y te ayudan a salir de tu angustia y tu dolor con un mecanismo lleno de amor”. (Mariana, 2020).

Esta cadena de apoyo que se crea entre las víctimas ha sido ese “mecanismo de amor” que les ha permitido sanarse en medio de una institucionalidad que las ignora, una sociedad que las culpa y un silencio que quiere imponerse como forma de olvido sistematizado, para conveniencia de los poderes que han patrocinado el conflicto armado colombiano y que a su vez insisten en negarlo.

Las mujeres se transforman en líderes siendo la escucha, el apoyo y las dinamizadoras que las otras víctimas necesitan para hacer el proceso de sanación que ellas ya han hecho. Un camino en que se han fortalecido y dado sentido a su experiencia de vida, resistiendo con acciones y propuestas en las que sueñan con la no repetición de sus historias en las vidas de las nuevas generaciones de nuestro país.

“Pero también dijimos que ojalá nuestros testimonios no se queden guardados en un papel. Porque sí, venimos, contamos nuestras historias, sentimos el dolor de nuestras compañeras pero parece que a nadie más le importa. Quisiera que con nuestros testimonios realmente se hicieran visibles las situaciones que vivimos en nuestro territorio porque nos duele, pero parece que a los funcionarios no les duele nuestra situación, especialmente la de las mujeres”. (Zulma, 2020).

Las víctimas son conscientes de que este proceso de verdad que se lidera desde diversos organismos en nuestro país aún no se materializa en políticas y acciones de reparación concretas y eficientes, ni en nuevas perspectivas institucionales que trabajen de la mano con los propósitos de paz que se han iniciado en los territorios. Es común sentirse solas en sus procesos de sanación y percibir que la no repetición es un sueño distante que muchas veces se diluye ante las complejas realidades que viven. Sin embargo, mantienen la esperanza de que sus voces sean aliento para que, como ellas, muchas mujeres se sumen, fortaleciendo el tejido de resistencia social que las mantiene unidas, resistiendo desde las formas que cada una ha encontrado para ejercer su liderazgo.

“Yo llevo muchos años en esto y para las víctimas las cosas sigue siendo todo igual, han cambiado para su experiencia personal, pero en los territorios nada han cambiado, los hechos se siguen repitiendo; entonces queremos que nuestros testimonios sean de verdad tomados en cuenta para la justicia y para que se active la reparación que merecemos”. (Zulma, 2020).

Porque somos espejo



Encontrarnos a narrarnos, permite que nuestros cuerpos también sean testimonio, y así como el cuerpo guarda las huellas de las violencias, el cuerpo también busca sanación, la calma que viene de un abrazo, de un masaje, de la mano que se une a la otra en un círculo que nos muestra tejidas y comprendidas. Ver los ojos de la otra es reconocer en ella su territorio, sus ancestas y las formas en que el conflicto armado ha hecho historia en su vida. Cuando las invitamos a buscar estos rastros, mirándose en el espejo, podemos ver la relación que guardan con su imagen y las memorias que de ellas se desprenden.

La imagen general, y a veces difusa, que cotidianamente ven, se torna “imagen testimonio” de una historia de etnias y comunidades, testimonio de territorios abundantes, lastimados y desangrados. Tierras amadas que las han nutrido y vuelto blanco de dolor. La imagen de su rostro les habla de la violencia que han sufrido, de las formas en que el terror las ha marcado.

Cuando se miran al espejo, algunas no pueden sostener la mirada por mucho tiempo. Sus ojos se humedecen, porque las huellas de lo que han vivido se muestran allí; y una observación dirigida a encontrar esas huellas, despierta todas sus memorias. Quiénes han sido sus ancestas y por qué ya no están; cómo han dejado herencias en su ser; cómo también son el territorio; qué ha dejado el conflicto armado en esta mujer que se refleja en el espejo.

Entonces, surgen testimonios como el del siguiente relato, en donde se realiza un ejercicio de posmemoria que nos narra la historia de una familia que ha sido atravesada por los diferentes conflictos de nuestro país.

“Soy la cara de mi abuelita Genarina, mujer indígena fuerte, a quien nunca vi llorar. Que con unas manos llenas de callos cuidó la familia Padros-Penagos. Que fue arrancada de la vereda Las Dantas, cuando la despojaron de sus tierras. Que salió con tan sólo Palomo, su caballo blanco, con mi papito Jorge, hombre callado y sabio, a quien nunca escuché quejarse, y que tocaba la guitarra en las tardes sosteniendo un tabaco en la boca. Salieron de Las Dantas con tres de sus hijos, entre ellos mi mamá. Veo en mí las mejillas de mi madre, cachetona, que frunce los pómulos cada vez que sonrío. Veo en mi rostro el amor de mi mamá, que le tocó luchar en medio de chulos y conservadores una guerra estúpida entre tiros y bombas, como ella misma dice, una guerra sin sentido.

Por eso, al ver tantos heridos, decidió hacerse enfermera, a escondidas, porque mi mamita le decía que el estudio sólo era para los hombres bien vestidos.

Veo en mi pelo crespo, heredado de mi padre, un símbolo de la fuerza y la sabiduría de seguir y no desistir; porque a pesar de que la vida los hizo irse de Miranda por la guerra que había en aquel tiempo, decidieron formar una familia en Cali. Cada vez que volvía de vacaciones a Miranda la tierra me llamaba y juré en su río desbaratado que yo volvería y correría por las verdes praderas que le arrebataron a mi papá y mi mamá; volvería para ser la gran lideresa que soy ahora”. (Andrea, 2020).

No todas las huellas son cicatrices visibles. La mayoría son rastros invisibles que sólo ellas pueden narrar. Y cuando pueden hacerlo la oposición de sentires es evidente. “Las huellas que tengo son grandes e imborrables y me han afectado hasta hoy”, (Rosa, 2020) el dolor vuelve a brotar, la recurrencia del lamento las agota pero, a la vez, aparece la calma sanadora de ser escuchadas, de narrarse, de saberse importantes en la reconstrucción de la verdad; de saberse esperanza para otras que aún no logran salir del duelo.

“Yo quiero decir que nosotras, cuando nos nombramos víctimas, nunca debemos olvidar que somos ante todo sobrevivientes. Mujeres resilientes que hemos podido hacer de nuestro dolor la fortaleza para aliviar el dolor de otras”. (Mariana, 2020).

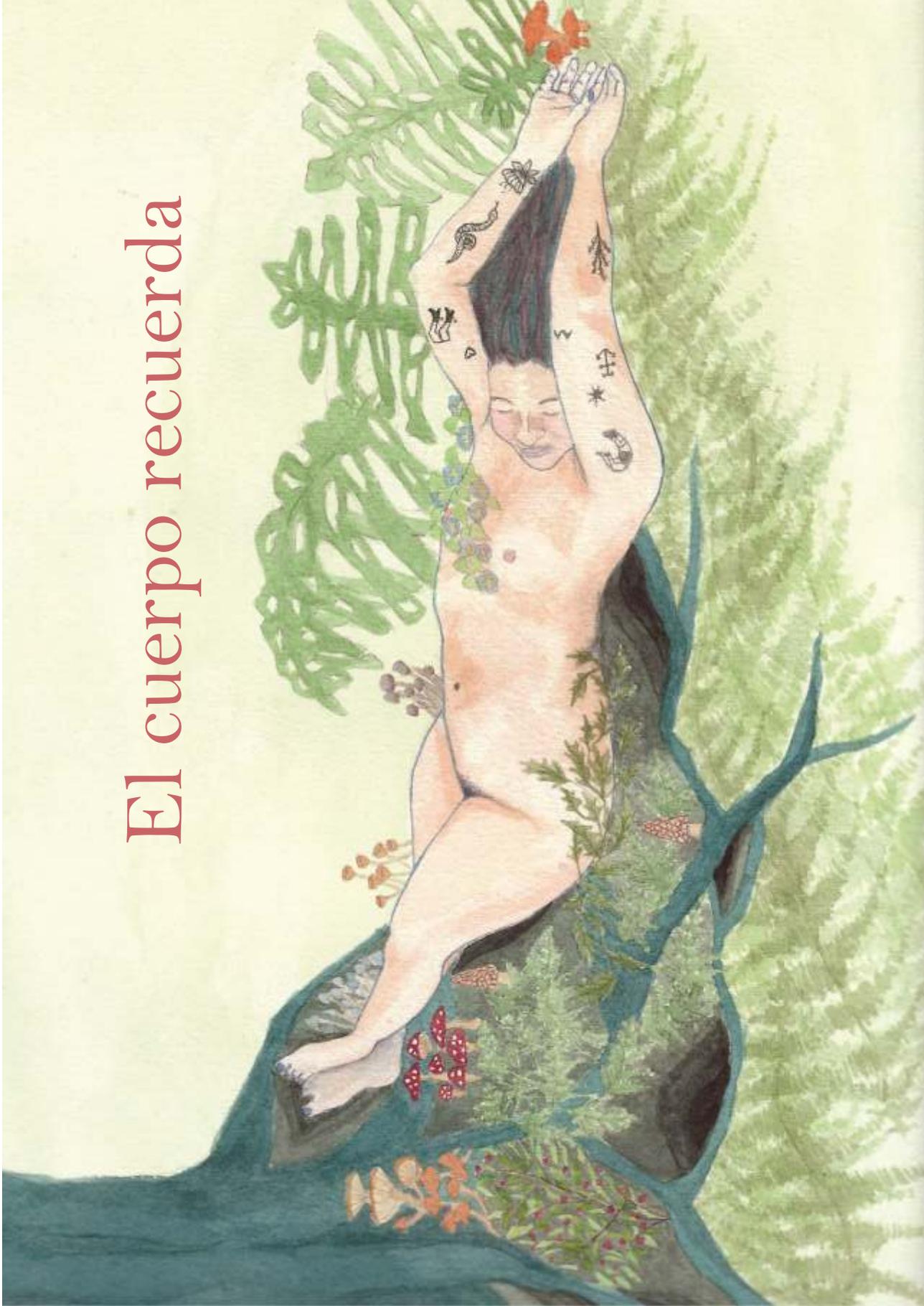
Y así como somos espejos las unas de las otras, sus testimonios también son reflejo de las experiencias que muchas mujeres en nuestro país han tenido que vivir, siendo blanco de múltiples violencias en el marco del conflicto armado colombiano.

“Veo en mí a mi abuela, una mujer campesina a quien le gustaba cultivar la tierra, algo que a mí también me gusta. En estos momentos yo soy mi abuela (...) Lo que sucedió en nuestro territorio dejó huellas muy tristes; aún en el corregimiento La Luisa en el municipio de Pradera, se encuentran las cuerdas con que colgaron a las víctimas en la escuela del pueblo, que también fue destruida por un grupo armado no identificado. Después de ser un corregimiento próspero con muchos habitantes hoy quedan apenas dos familias”. (Nancy, 2020).

Las palabras de las mujeres que participaron del taller, así como los relatos que este documento contiene, son reflejo y eco de muchas mujeres en nuestro país que reclaman justicia, reparación y no repetición “porque no queremos que lo que nos pasó a nosotras le pase a otras”.

(Nancy, 2020). Apoyando a las que alzan su voz con fuerza y, sobre todo, impulsando a las que sufren en silencio y no encuentran aún un espacio dónde ser escuchadas. Para que todo el país conozca esta lucha y todas las colombianas seamos el sostén que las mujeres víctimas necesitan en la resistencia que protagonizan.

El cuerpo recuerda



“¿Por qué las mujeres tenemos que recibir en nuestra corporalidad el resultado de las decisiones que otros han tomado?” (Mariana, 2020) Es una pregunta que nos hacemos una y otras vez esperando que algún día se detenga la forma en que somos agredidas de manera cotidiana y sistemática.

Los hechos victimizantes que han vivido las mujeres en el marco del conflicto armado colombiano han tenido al cuerpo femenino como un territorio continuamente violentado con aberrantes prácticas de abuso.

Estas experiencias violentas quedan grabadas en la memoria del cuerpo siendo, en la mayoría de los casos, causantes de dolores crónicos, enfermedades y desequilibrios que requieren un complejo camino de recuperación.

Muchas mujeres guardan en sus úteros los dolores del abuso sexual, en su piel las cicatrices del abuso de poder, en sus huesos el dolor de las cargas que le fueron impuestas, en sus corazones el miedo y la tristeza como huéspedes camuflados que cada tanto las debilitan y enferman.

Siendo esta la realidad que experimentan desde sus cuerpos, se hace evidente que no existe por parte del Estado el apoyo adecuado y acorde a estas formas de sufrimiento, que permita a las mujeres víctimas del conflicto armado colombiano iniciar un proceso de sanación integral que las conciba como un cuerpo que ha sido enfermado y que requiere un programa de cuidado especial.

Las mujeres que transitaron estos talleres nos mostraron las huellas que han dejado los hechos victimizantes en su organismo y evidenciaron que, aunque pase el tiempo, su cuerpo-territorio no logra sanarse totalmente y sigue recordando con cada enfermedad las formas en las que fue vulnerado; “diecinueve años en este proceso, he ido sanado pero espero que algún día esto sea sólo una cicatriz, y que ya la herida no esté”. (Zulma, 2020).

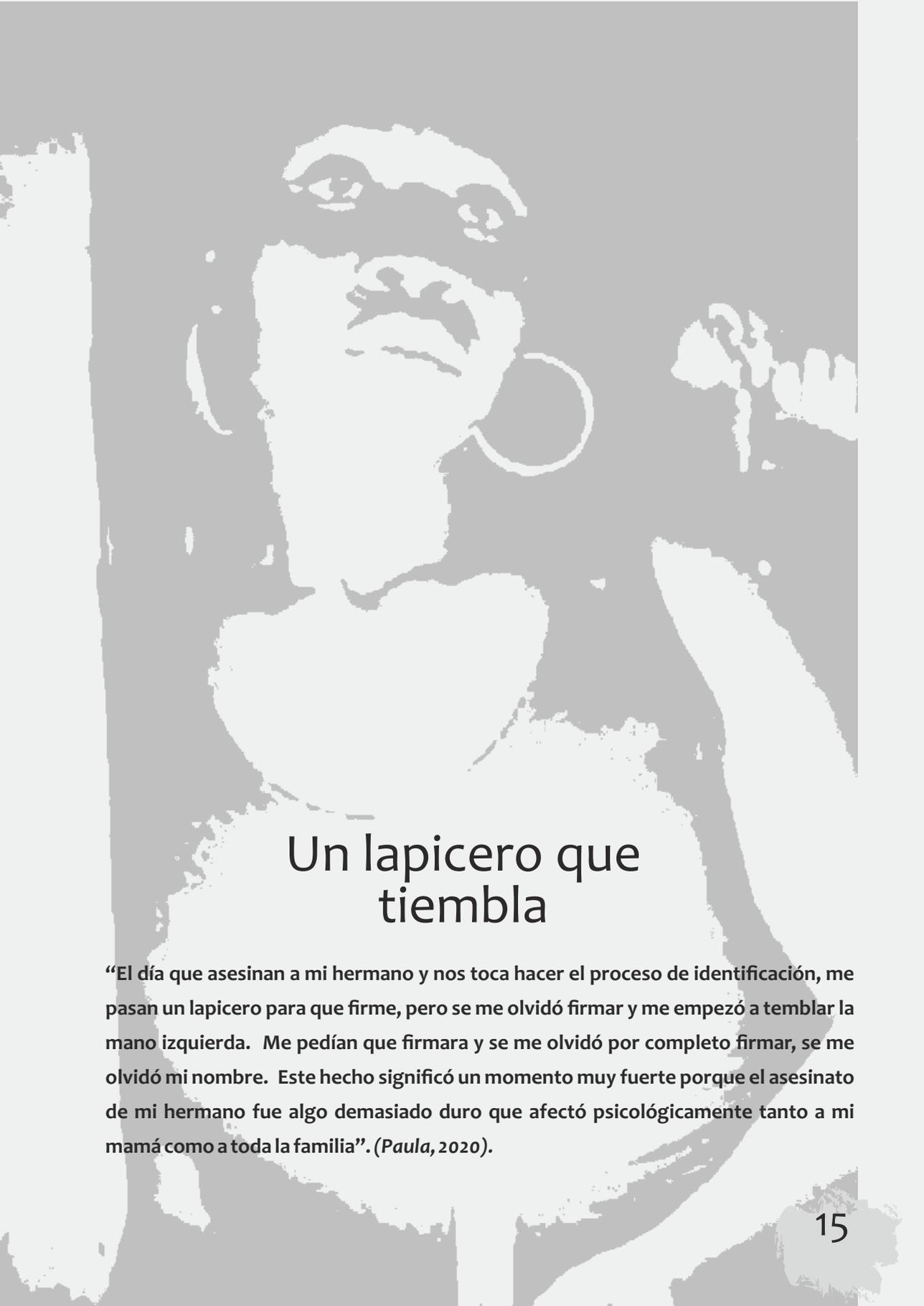
Y son precisamente procesos como este, gestados por otras mujeres, los que le han ayudado en su recuperación, permitiéndoles expresar los diferentes niveles de afectación que la guerra ha dejado en ellas, recibiendo la comprensión, escucha y empatía que requieren.

Los siguientes relatos han sido seleccionados como muestra de las formas aberrantes en que las mujeres han sido abusadas sexualmente en el marco del conflicto armado y la manera en que esta violencia les cambió la vida.

La decisión de narrar los hechos tal y como han sido relatados tiene como objetivo activar la empatía desde el cuerpo que es capaz de estremecerse con el dolor del otro, comprendiendo que esta guerra ha herido a seres iguales a quienes muchas veces juzgan o trivializan las experiencias traumáticas de las víctimas.

Esta es una invitación a leer con toda nuestra sensibilidad y a hacer del horror o el dolor que se despierte, un impulso para sumar nuestras fuerzas en la defensa de nuestros territorios sagrados: el cuerpo femenino, que sigue siendo blanco de múltiples agresiones y que es además culpabilizado por quienes ven estas violencias desde la barrera creada por la desinformación y la indiferencia.

¿Será que si nos ponemos en el cuerpo de las víctimas podremos ser más solidarias y empáticas con ellas?



Un lapicero que tiembla

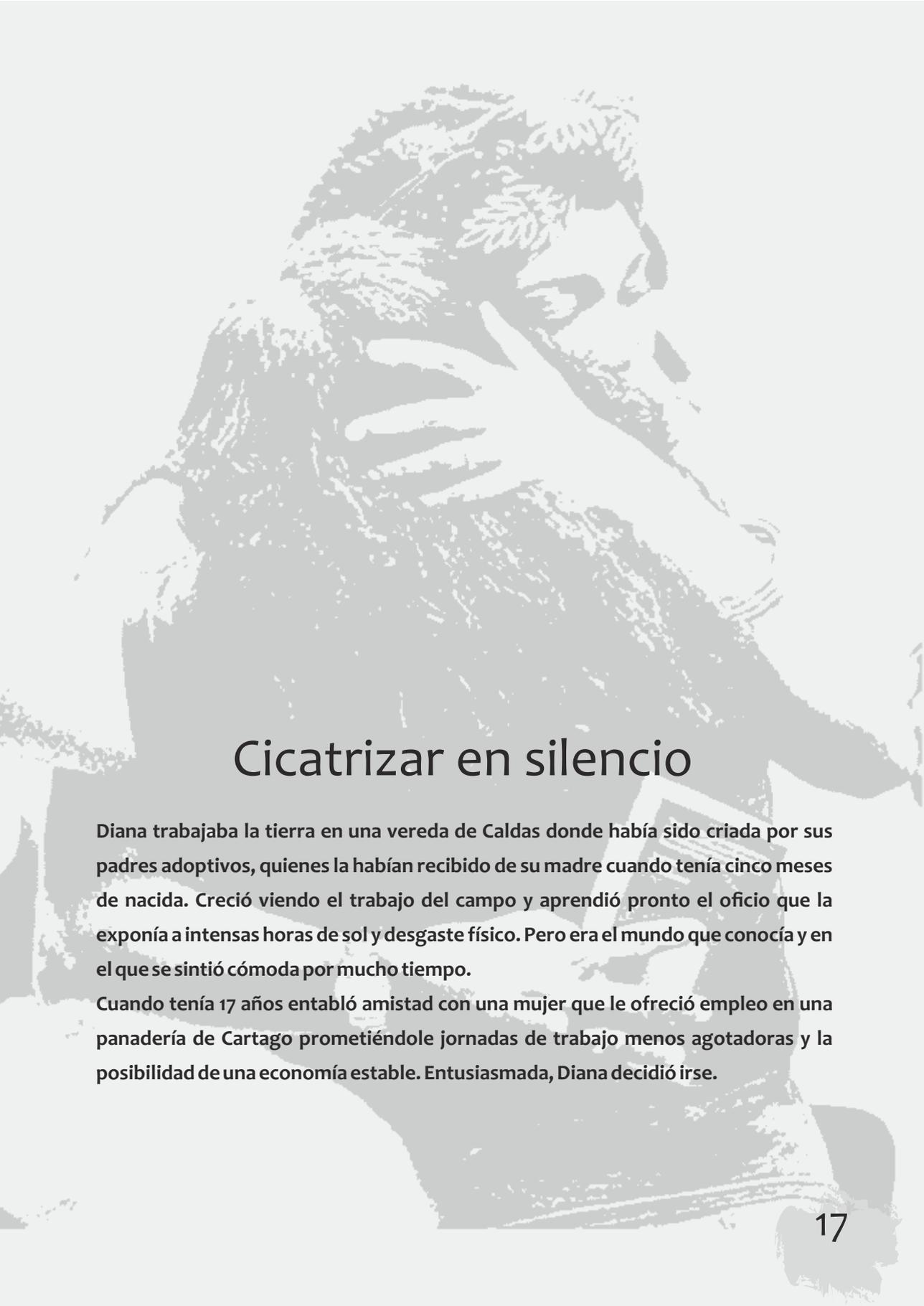
“El día que asesinan a mi hermano y nos toca hacer el proceso de identificación, me pasan un lapicero para que firme, pero se me olvidó firmar y me empezó a temblar la mano izquierda. Me pedían que firmara y se me olvidó por completo firmar, se me olvidó mi nombre. Este hecho significó un momento muy fuerte porque el asesinato de mi hermano fue algo demasiado duro que afectó psicológicamente tanto a mi mamá como a toda la familia”. (Paula, 2020).

El temblor de su mano, que se volvió crónico, nos ayuda a entender cómo los dolores de la guerra se quedan registrados en los cuerpos de sus víctimas, afectándolas psicológica y físicamente, volviéndose huellas siempre presentes, difíciles de borrar, difíciles de sanar. “Para mí el lapicero cuenta toda esa historia de sangre que ha vivido mi familia y que ha vivido el país. Porque a mí me tocó ver cómo asesinaron a mis primos con fusil; ver cómo asesinan a tu familia es algo horroroso e indescriptible. Por eso pienso en el lapicero, porque también es un recordatorio de la resistencia y la fortaleza para continuar y ayudar a otras personas”. (Paula, 2020).

Paula recuerda cómo su madre se enfrentó a los grupos armados que querían llevarse a su hermano; “mi mamá era una mujer muy fuerte y les dijo: 'a mis hijos no los vas a tocar, a mis hijos no te los vas a llevar, así que espérame y yo me voy'. Y así lo hizo, desplazándose a Cali con sus hijos e instalándose en un barrio en donde la realidad del micro tráfico y las fronteras invisibles fueron su nueva amenaza. “A mi hermano empezaron a convencerlo para trabajar con ellos pero mi hermano siempre se negaba, decía que a él no le gustaba esa alcahuetería”. (Paula, 2020) Sin embargo, una tarde de domingo, el hermano de Paula se despidió de su familia para no volver. “A las horas llega mi mamá como loca, gritando que a mi hermano lo habían matado, lo asesinó uno de los grupos armados que trabajaban en el barrio porque no quiso irse con ellos. En este momento nos tocó, otra vez, irnos por un tiempo. Y ahora hemos podido regresar.” (Paula, 2020).

El asesinato de su hermano es una de las historias de muerte que Paula ha tenido que vivir en su vida, pues su primo y su novio también fueron víctimas de una ciudad que los recibió con la propuesta del crimen y que no les perdonó resistirse a esta oferta. Es esta una de las formas de tragedias que también viven las desplazadas cuando, huyendo de la guerra en el campo, dejan sus espacios conocidos para habitar ciudades hostiles, con lógicas que no comprenden y prácticas que terminan acabando con sus vidas.

A pesar de todo, su dolor se ha vuelto una fuente de sentidos para su trabajo en comunidad y para significar su existencia; “la vida sigue y yo espero que nuestro país cambie. Yo tengo esa esperanza de que las nuevas generaciones vean un país diferente”. (Paula, 2020) Sosteniendo el lapicero con su mano temblorosa, Paula nos despide con una sonrisa que nos alienta, invitándonos a imaginar, junto a ella, un país en donde los jóvenes no estén condenados a combatir, o a morir, cuando se resisten a hacerlo.



Cicatrizar en silencio

Diana trabajaba la tierra en una vereda de Caldas donde había sido criada por sus padres adoptivos, quienes la habían recibido de su madre cuando tenía cinco meses de nacida. Creció viendo el trabajo del campo y aprendió pronto el oficio que la exponía a intensas horas de sol y desgaste físico. Pero era el mundo que conocía y en el que se sintió cómoda por mucho tiempo.

Cuando tenía 17 años entabló amistad con una mujer que le ofreció empleo en una panadería de Cartago prometiéndole jornadas de trabajo menos agotadoras y la posibilidad de una economía estable. Entusiasmada, Diana decidió irse.

Cuando llegaron a Florida, Diana fue dejada en una cantina recibiendo instrucciones de su amiga para que no se moviera del lugar. Diana esperó a su amiga confiando en las promesas del nuevo trabajo. Pero al siguiente día la administradora del negocio le informó lo que realmente había sucedido:

“Nosotros te compramos, me dijo, y para que usted se pueda ir de acá me tiene que pagar una plata. Y como esos primeros días no les había dado ninguna utilidad ya estaba alcanzadísima. Usted verá qué hace, me dijo, porque plata es lo que nos debe, le toca ir despertando”. (Diana, 2021).

Así, coartada de su libertad, se vio obligada a complacer las exigencias sexuales de los clientes que frecuentaban el negocio. Todo lo que le pagaban era entregado a la señora con quien estaba endeudada. Visiblemente conmocionada, recuerda cómo se sentía perdida en la lógica de ese lugar, cómo le exigieron dejar de tomar gaseosas para hacerle gastar licores a sus clientes, cómo le enseñaron a protegerse en caso de peleas y cómo la amedrentaron para que nunca se atreviera a salir.

“Un día llegó un señor de la montaña y me dijo que quería estar conmigo. Pidió una caneca de aguardiente y mientras se la tomaba repetía todo el tiempo -¡Mmm! Aquí va a pasar algo, aquí va a pasar algo- igual que disco rayado. Pero como yo era tan ingenua no entendía a qué se refería. Obviamente, como yo no tenía experiencia con el trago, con dos copas de aguardiente ya me sentía borracha. En un momento me dijo que nos fuéramos para la pieza, que cuanto le cobraba, yo le dije que dos mil pesos. Llegué al cuarto, me acosté y no me alcancé a quitar la blusa ni nada, cuando sentí que algo calientico me bajaba por el pecho. Yo pensaba que me había mojado con algo o había vomitado. Pero cuando me toqué y vi mi mano manchada de sangre me di cuenta que ese hombre me había chuzado. Estuve varios días en el hospital y tan pronto salí la señora me dijo que tenía que sumarle a mi deuda los gastos de la hospitalización. Ese día me cambió la vida para siempre”. (Diana, 2021).

Diana no se explica por qué el hombre la apuñaló; sólo recuerda que abandonó el cuarto después de hacerlo, dejándola confundida en medio de la sangre que brotaba de su pecho. Al verse herida y con una deuda mayor se sumió en el desconsuelo.

Pero como en ese lugar no había espacio para la sanación y tenía que seguir trabajando, le propuso a la señora hacer los oficios de limpieza y cocina porque no soportaba la idea de volver a estar con un cliente. La propuesta era económicamente rentable para su secuestradora porque la obligó a hacer el trabajo que correspondería a tres personas sin ninguna retribución económica.

Continuamente atemorizada y confundida, Diana pasaba sus días sometida al abuso sobre su cuerpo, aceptando su destino, como si fuera algo natural en ese mundo raro en el que se vio inmersa de repente. Meses después se enamoró de un hombre con el que establece una relación clandestina. Cuando quedó embarazada decide llevar sola su embarazo y continuar trabajando en la cantina en donde le ayudan a recibir a su hijo y lo tratan como a un miembro de la familia. Durante el embarazo, la dieta y los primeros meses de crianza Diana deja de ser útil para el negocio. Por ello se ve obligada a buscar trabajo en casas de familia para continuar pagando su deuda.

Pasa el tiempo y conoce a su actual esposo, con quien tiene 3 hijos. Una relación marcada desde el principio por el maltrato y la continua vulneración de sus derechos. Son múltiples las descripciones de golpizas y coerción de la libertad que narra cuando cuenta lo que ha sido la convivencia con él. Una relación que mantuvo, inicialmente por el miedo, y otras veces por la inercia de la costumbre que genera el estar juntos por tanto años.

Cuando su hijo menor tenía tres años se trasladaron al municipio de Miranda a trabajar como cuidadores en una hacienda cañera; allí habitaron una pequeña casa rodeada de cultivos. El conflicto armado que se presentaba en la zona con la presencia de grupos guerrilleros y paramilitares tardó exactamente cinco días para empezar a afectar su vida.

“Tocaron la puerta y nosotros preguntamos quién era. Respondieron que eran los paramilitares. Cuando mi esposo abrió lo empujaron lejos y empezaron a estrujarlo, mientras mis hijos y yo mirábamos aterrados. No sé cuántos llegaron, se sentían personas caminando en el patio y otras fuera de la casa. Cuando les pregunté qué querían o a quién buscaban, nos dijeron que éramos colaboradores de la guerrilla, que les pasáramos la plata. Y yo le dije que nosotros no teníamos plata, que estábamos recién llegados y le mostré que alumbrábamos con un sólo bombillo y puras velas, que no nos alcanzaba la plata para más. Poco a poco se calmaron las cosas y terminaron yéndose porque estaban buscando a las personas que vivían antes allí. Se fueron, nos dejaron tranquilos y dijeron que si decíamos algo de lo que había pasado, ya sabíamos lo que nos esperaba. Ese fue el primer susto”. (Diana, 2021)

Este suceso dejó a Diana y a su familia impactada, con una continua sensación de inseguridad, sin encontrar protección en las personas que los habían contratado, quienes trivializaron el suceso e incluso lo desmintieron.

Unas semanas más tarde otro grupo uniformado, en este caso no reconocido por Diana, hace presencia en el lugar, pidiéndoles que empaquen algunos pañales para el niño y las cosas que fueran a necesitar esa noche. Salieron de la casa rodeados por ellos, quienes los dirigieron a la casa principal de la hacienda en donde ya tenían cautivos a otros trabajadores del lugar. A Diana y a su familia la encerraron en un lujoso cuarto de la hacienda, mientras el grupo armado saqueaba la casa. Al siguiente día fueron liberados, quedando con obvios traumas psicológicos generados por la captura y el encierro que afectó principalmente a los niños. Después de este acontecimiento Diana empezó a insistir a su esposo para que se fueran de allí, pero las condiciones de trabajo que él tenía impedían que tomara esa decisión.

Una mañana, cuando Diana se encontraba sola en compañía de su hijo menor realizando los oficios de la casa, llegó un hombre a pedir un vaso de agua. Cuando Diana le pasó el vaso se dio cuenta que llevaba entre las manos un pequeño cuchillo afilado por todas partes; “tenía un cuchillo delgadito, haga de cuenta un cubierto, por eso a mí los cubiertos no me gustan. A toda hora se me viene eso a la mente... Empezó a decirme que yo era colaboradora de la guerrilla, que dónde tenía las armas, que dónde les guardaba el dinero”. (Diana, 2021) El hombre revolcó todos los espacios de la casa buscando cosas para llevarse, mientras amedrentada a Diana ordenándole que se ubicara en diferentes posiciones corporales; “me decía párese, voltéese, encojase”.

“Cuando cogió todo lo que podía llevarse me dice –Vas a pasar esa calle, pero sin gritar y sin llorar porque no respondo- Él se tocaba algo en la cintura pero no sabía qué era, aunque con el cuchillo era suficiente para sentir pánico. Salimos de mi casa, yo aferrada a mi hijo y él detrás de nosotros. Cuando pasábamos la calle vi que abajo había unos corteros de caña y le rogaba a Dios que salieran rápido, que me vieran y me ayudaran. Pero nada. Cogimos cañal adentro, y lo que yo hacía era quebrar hojas para recordar el camino. Pensaba: si este hombre me amarra por aquí qué hago, gritar no iba a servir de nada porque estábamos en la quinta porra y nadie iba a oírme; también pensaba en qué iba a pasar cuando llegaran mis otros hijos del colegio, rogando a la virgen para que me protegiera, mejor dicho estaba pensando en todo como loca. Cuando llegamos a cierto punto paramos y me dijo que me quitara la ropa; le respondí que no lo haría y él empezó a insultarme insistiendo en que me desnudara, y yo le respondía que no. Entonces me dijo que si no lo hacía le iba a hacer algo al niño.

Cuando vi que mi hijo estaba en peligro me tocó ceder. Terminé quitándome la ropa para estar con ese hombre a la fuerza, mientras mi niño veía todo”. (Diana, 2021).

Diana no sabe cuánto tiempo pasó desde ese momento hasta que el hombre la dejó irse, amenazándola con hacerle daño a sus otros hijos si decía algo. Por las cosas que le dijo, se evidenció que había estado observado su dinámica diaria antes de atacarla.

Salió como pudo de los cañaduzales. Cuando llegó a su casa todo era un caos. Llegó a bañarse y a untarse ambientador por todo el cuerpo. Su esposo regresó a los pocos minutos, enfurecido por el estado de la casa, porque el arroz se había quemado, el sancocho se había secado y los pañales del niño estaban sucios. Por miedo a la reacción de aquel hombre, siempre impulsado por los celos, Diana guardaba silencio y lloraba. Como su esposo insistía le contó lo que pasó. Él le creyó porque hacía poco un hombre con las descripciones que dio Diana había pasado junto a él pidiéndole indicaciones para llegar a la carretera.

“Mi vida cambió para siempre. Le dije a mi esposo que no me fuera a buscar como mujer, que eso en mí no lo iba a encontrar. Estuve en terapia con la psicóloga pero me cansé de repetir todo lo que me había pasado cada vez que iba, como si yo no tuviera memoria. Si yo recuerdo cosas que me pasaron a los cuatro años, cómo no iba a recordar lo que me pasó ese día. Un día le dije que si era para repetir la misma historia no iba a volver. Y no volví. Después salimos de esa finca desplazados para Miranda. Si no fuera por eso seguiríamos trabajando el campo”. (Diana, 2021).

Por muchos años Diana se sintió sola en su proceso de recuperación, nadie la escuchaba como ella esperaba, ni la reconocían como un víctima que tenía derecho a una reparación. La violencia intrafamiliar se agudizó en su casa y en reiteradas ocasiones su esposo la culpabilizó por lo que le había sucedido.

“Hace poco mi hijo me dijo: mamá yo sé porque usted mantiene tan amargada, tan repelente, tan chillona. Yo recuerdo lo que pasó ese día en los cañaduzales. Yo me acuerdo de ese día. Ese es el motivo de su amargura. Yo clavé la cabeza y me puse colorada de vergüenza. Mi hijo se acordaba de todo”. (Diana, 2021).

Diana ha encontrado en su hijo un apoyo constante y el cariño que nunca recibió de su pareja.

Las cosas empiezan a cambiar años más tarde cuando es asesorada por una mujer que le ayuda a hacer la denuncia en la Unidad de Víctimas. Cuando fue declarada oficialmente como víctima de desplazamiento por abuso sexual, recibió una pequeña ayuda que le permitió montar una tienda que ha ido creciendo día a día. Gracias a este negocio, hoy es quien sostiene económicamente su hogar pues su esposo ha enfermado de la columna y está incapacitado para trabajar.

Su participación en este proceso ha significado la resistencia a la coerción que vive en su hogar; “mi esposo no me permite salir a ninguna parte, no me deja hacer una visita, no me deja ir a comer un helado. Mejor dicho, para ir a los talleres me ha tocado revelarme. Pero él mismo ha visto cómo he cambiado en este proceso. Desde que conté aquí mi historia, me siento descargada, liberada. Aquí me han escuchado sin juzgarme y me siento apoyada por mujeres que han vivido cosas parecidas”. (Diana, 2021).

El proceso de auto reconocimiento que Diana encuentra en este espacio nos alienta a la continuación de este ejercicio fundamental para las mujeres víctimas del conflicto armado colombiano, quienes encuentran en la narración de su experiencia el primer paso a su sanación y transformación.



Ser mujer en un territorio desangrado

El cuerpo de Rosa guarda en su memoria los testimonios de una guerra de la que se considera sobreviviente.

Desde los catorce años se convierte en blanco de excesos y violencias que han dejado huella en su cabello, sus caderas y su corazón. Hoy puede hacer testimonio de una transformación que la ha hecho resignificar su vida y aportar al cuidado de otras mujeres; sus ojos se humedecen con facilidad cuando recuerda el tiempo en que fue prisionera de un sistema de poderes que la ultrajó de todas las formas posibles, hasta el punto de enfermarla y dejarla al borde la muerte.

Sólo la enfermedad pudo sacarla de su sometimiento; la historia de su vida es a la vez la historia de un territorio con una memoria herida, desangrado en silencio por un poder que reúne a los diferentes grupos armados para trabajar a su servicio, un señor que se impuso a todos los mandos, que desvió muchas ideologías y que se asentó como dueño absoluto de los territorios del norte del Valle del Cauca, no sólo de sus tierras e instituciones, sino también de sus habitantes, de los hombres que reclutó como criminales a su servicio y de las mujeres que violentó de las formas más aberrantes. El gran amo del narcotráfico, que, en testimonios como los de Rosa, deja claro el papel que ha tenido en el marco del conflicto armado colombiano.

Siguiendo a su esposo, a la edad de 14 años, Rosa se vincula como trabajadora doméstica en una de las fincas del narcotraficante “Don Iván”, quien es reconocido como uno de los jefes del denominado Cartel del Norte del Valle, organización que a finales de los años ochenta dominaba zonas como Tuluá, Zarzal, Roldanillo, El Dovio, entre otros. En el año de 1988 Rosa empieza a trabajar junto a su esposo en una de las fincas de Zarzal y pasa poco tiempo para que comprenda las dimensiones de los poderes para los que trabajaba. “Nosotros éramos muy jóvenes y llegamos allí sin entender en qué nos estábamos metiendo. Yo ya tenía a mi hijo mayor. Mi esposo empezó a trabajar para la familia Urdinola como cuidador de una de las fincas y poco a poco se fue convirtiendo en uno de sus hombres de confianza”. (Rosa, 2020).

Rosa recuerda con estupor las fiestas que Don Iván y su hermano Julio Fabio Urdinola realizaban en compañía de las personas que integraban la organización; eran celebraciones míticas por sus excesos, difíciles de imaginar porque, como lo dice Rosa, las recreaciones que las telenovelas han hecho de éstas no se comparan en nada con las verdaderas dimensiones de locura y violencia con que se desenvolvían los integrantes de esta organización, caracterizadas por sus sanguinarias formas de ejercer el poder territorial.

A manera de ejemplo, su propia historia es suficiente pues, aunque se encontraba sirviendo junto a su esposo en esta celebración, fue “elegida” por Don Julio para mantener relaciones sexuales con él; antes amarraron a su esposo en unas caballerizas para que presenciara cómo, Don Julio inicialmente, y después muchos de los hombres que festejan junto a él, abusaran sexualmente de Rosa. “Utilizaban mi cuerpo como las copas de sus tragos, y ponían sus drogas sobre mí”. (Rosa, 2020) Ese día empezó su sufrimiento.

Al día siguiente Don Iván llamó a su esposo y le entregó las llaves de una camioneta que le daba como regalo y, según relata Rosa, le aconseja olvidar lo que pasó la noche anterior; “las mujeres se lavan y ya”, le dijo.

Rosa, su esposo y toda su familia corrían peligro, “ellos sabían todo de nosotros desde antes de contratarnos. Don Iván le ordenó a mi esposo hacer de cuenta que nada pasó, ¿Usted cuánto tiempo quiere vivir? le preguntó. Mi esposo siguió su consejo y no sólo hizo de cuenta que nada pasó, sino que se dedicó a violentarme y a hacerme sentir culpable durante muchos años”. (Rosa, 2020).

Ese mismo día Don Iván nombró al esposo de Rosa como su hombre de confianza, lo que significaba que deberían seguirlo a donde él fuera, trabajar en las diferentes fincas donde se asentaba, caminar por días a lo largo de la cordillera occidental, visitando las cocinas de coca y conociendo los corredores que desde fincas como La Porcelana, según Rosa, salían directo al Chocó; “desde allí llevaban coca y desde el Chocó traían oro. Ellos se movían entre las fincas que tenía. Era dueño de muchas tierras. A mí me tocó ver cómo mataban gente y la dejaban enterrada por allá. El norte del Valle está lleno de fosas comunes que ellos dejaron, muchas personas desaparecidas se encuentran enterradas allí. El corredor que abrieron para comunicar con el Chocó es un camino sembrado de muertos. Don Iván fue el que ordenó la masacre de Trujillo y todo por qué, porque quería esas tierras. Y todo lo que él quería lo conseguía como fuera”. (Rosa, 2020).



En estas travesías, también fue testigo de cómo los grupos al margen de la ley, las AUC y las guerrillas de las FARC, eran colaboradores en las actividades de lo que se conocía como “el Cartel del Valle”. Pero lo que más desconcertaba a Rosa en su situación, era ver cómo miembros del ejército y la policía protegían los caminos, escoltaban los compradores internacionales y apoyaban las acciones de Don Iván. “Yo veía cómo los compradores llegaban en los helicópteros del ejército”. (Rosa, 2020)

Con las fuerzas públicas del lado de su opresor, las posibilidades de denunciar y pedir ayuda se veían imposibles. En cambio, el poder que tenía su violador la paralizaba y llenaba de terror. Cada día era un tormento a la espera de que los deseos de su patrón, de su hermano o de los amigos que los frecuentaban se dirigieran a ella y la sometieran de nuevo al oprobio del abuso sexual, en donde todas sus aberraciones eran saciadas de las formas más crueles. “Yo me corté el cabello porque no soportaba recordar lo que esos hombres hacían con él; dejé de ponerme escotes y faldas para tratar de ser lo menos atractiva posible”. (Rosa, 2020) Aun así, fue abusada una y otra vez, hasta que quedó embarazada.

En este punto de su relato el cuerpo de Rosa se remueve, como si el dolor que guarda sobre este suceso se hubiese despertado. Sin embargo, ella está decidida a narrar lo que le ha pasado. “Yo soy afortunada porque hoy puedo contarle, pues lo que me pasó a mí le pasó a muchas mujeres que no sobrevivieron”, mujeres con historias similares a la de ella, inducidas por su pareja, compradas a sus padres u obligadas a ser fuente de placer para los señores que daban las órdenes. “Hay mucha gente que nunca ha contado lo que le pasó porque incluso hoy, después de tanto años, sigue teniendo miedo”. (Rosa, 2020) Si se atrevían a denunciar, a decir no a las propuestas sexuales que hacían a sus hijas o a llevarlas lejos de este contexto, toda la familia era asesinada, a manera de advertencia, para que todos entendieran que a ellos nadie les podía decir no. “Las únicas mujeres que respetaban eran las de su familia”. (Rosa, 2020)

Rosa cuenta que “Doña Lorena”, la esposa de “Don Iván”, al enterarse de su embarazo, la llevó a una finca en donde le practicaron un aborto obligado. El hecho es tan siniestro que es imposible narrarlo. Rosa lo resume diciendo que llegó a pensar que nunca podría volver a quedar embarazada. Sin embargo, un año después queda de nuevo embarazada como fruto de los abusos y de nuevo es llevada por “Doña Lorena” a esta finca.

“Después de esto, me dejaron estar unos días en la casa de mi mamá, y pagaban todos los gastos de mi familia, me mandaban mercados, siempre pendientes de mí, como diciendo, nosotros estamos aquí. En una oportunidad que yo me fui a la casa de mi familia y no quería regresar, mandaron a mi esposo, él me miró a los ojos y me dijo: si vuelvo sin usted nos morimos todos. Me tocó regresar”. (Rosa, 2020).

Como era de esperarse, se volvió una mujer silenciosa, llena de resentimiento y dolor, empezó a aumentar de peso tratando de convertirse en una mujer que no fuera deseada por los hombres que la abusaban. Hombres que persiguen en las mujeres jóvenes un prototipo de belleza que modelan y explotan a su gusto. La guerra que vivía en carne propia la había transformado en una sombra, resaltada por la desesperanza y la baja autoestima. Para entonces, Rosa ya tenía dos hijos de su matrimonio y en su hogar los abusos se cotidianizaron, la violencia por parte de su esposo se agudizó. El maltrato físico y verbal era la forma en la que él la responsabilizaba de los hechos y la confrontaba por su afectación emocional. Él, en cambio, recibía dinero, propiedades y adquiriría mayor poder en la organización, como una forma de pagar su complicidad.

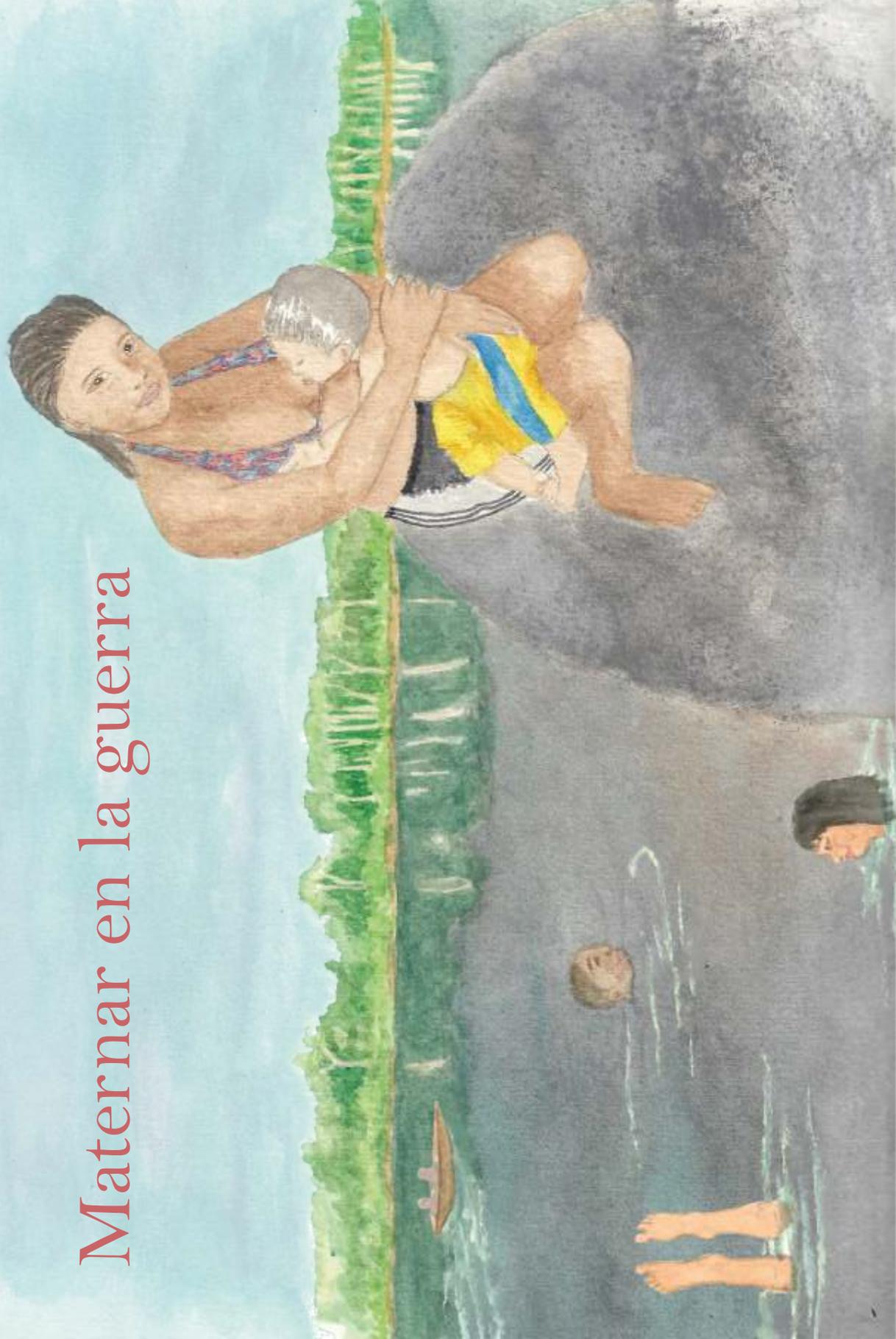
Entonces, mientras su esposo se fortalecía económicamente, Rosa empezó a enfermarse. Uno de sus pulmones no había crecido lo suficiente y afectó su corazón. Aunque estas eran las razones físicas de su padecimiento, ella siente que fueron las violencias sobre su cuerpo lo que la llenaron de una tristeza tan grande que terminaron enfermándola. “Pero ni estando enferma me dejaban en paz” (Rosa, 2020); En ocasiones era visitada por Don Iván o su hermano Julio Fabio, quienes satisfacían sus placeres aunque estuviera convaleciente. Esto la hizo agravar, hasta el punto que tuvo que ser sometida a una operación de corazón. Sus opresores se ofrecieron a cubrir los gastos y trajeron a un cirujano desde Alemania para que hiciera el procedimiento. Meses después de recuperarse, aprovechado el desequilibrio que la organización empieza a tener, Rosa decide irse.

“No fue fácil”, por muchos años luchó por mantener un hogar, aguantando una relación que nunca pudo sanarse, y en la que estuvo obligada, hasta que encontró la fuerza para salir de ella. Un impulso que llegó con el encuentro de su hija adoptiva, la niña que siempre quiso.

“Es nuestra motivación e inspiración, pues desde antes de nacer ha luchado por su vida. Al año de nacer fue abandonada por su madre y tuvo que luchar con una bronconeumonía y una desnutrición severa” (Rosa, 2020); el encuentro las salvó a ambas. Rosa encontró en su hija un sentido para luchar y transformarse. Una razón para reconstruirse y aportar a la educación de una mujer que es motivo de orgullo; “hoy, a sus 14 años, lidera un grupo de niñas víctimas del conflicto armado y hace parte de la escuela de liderazgo juvenil (Rosa, 2020)”; son acciones que hablan del camino que Rosa la ha invitado a transitar, al tiempo que ella se ha fortalecido como una lideresa que apoya a mujeres que han vivido experiencias similares y participa activamente en procesos de reconstrucción de memoria como una forma en la que, siente, sus vivencias no serán olvidadas y con la que logra romper el silencio que permitió todas las injusticias de las que fue víctima. No quiere que la historia se siga repitiendo, no quiere que más mujeres sean el blanco fácil de la enfermedad de poder y violencia que esta guerra desencadena en quienes la promueven y sostienen.

Sólo hasta hace dos años le contó la verdad a sus hijos, quienes entendieron la naturaleza de la relación de sus padres y del dolor que siempre tiñó la expresión emocional de su madre. Ahora, se encuentran juntos viviendo un proceso de terapia que los fortalece como familia.

Maternar en la guerra



Una madre son todas las madres

Rebosante de amor y vitalidad, Ana nos narra la historia de su vida. Una secuencia de hechos que no han logrado arrebatarle su luz pero que la han marcado para siempre. Por ello, han hecho falta años y procesos de sanación para que hoy pueda dar su testimonio; y aunque no es fácil recordar, lo hace con la conciencia de que su historia nos ayudará a entender cómo es ser madre en medio del conflicto armado colombiano.

Ana comienza este relato evocando su niñez en el seno de una humilde familia compuesta por su madre, su padre, una hermana y un hermano, con quienes habitaba una finca en la vereda de Canoas, cerca al municipio de Sevilla.



Se recuerda como una niña feliz, juguetona, a quien le gustaba el deporte y el estudio; por lo que lamenta que fuera su padre quien se opusiera a que continuara con su formación: “Yo estudiaba de terca y me ganaba muchas pelás por eso. Porque mi papá decía que no le daba estudio sino a los hombres, que las mujeres no tenían derecho a pensar en esas cosas”.

(Ana, 2021) Una concepción de lo femenino, que años después se agudizaría en su padre, hasta manifestarse en el primer hecho victimizante que Ana sufriría a temprana edad.

“A pesar de todo y de estarle suplicando que me diera estudio, que yo quería estudiar, me dio apenas hasta octavo. En ese momento yo tenía trece años y, como me gustaba mucho el deporte, me invitaron unos vecinos que empezaron a armar grupos de deporte: Formaron un grupo de básquet donde yo jugaba y me iba muy bien; jugábamos en otros municipios; ellos estaban siempre llamando a la juventud para asistir a unas reuniones en donde dizque nos iban a enseñar cómo tratar a la gente y otro montón de cosas. Pero yo nunca podía ir a esas reuniones porque mi papá no me dejaba.”(Ana, 2021).

Sin embargo, muchos jóvenes sí asistían a las reuniones que, según se enteraría Ana tiempo después, eran espacios de reclutamiento de las AUC para empezar a realizar acciones delictivas en la zona. Entre los jóvenes reclutados se encontraba Rubén Darío, un joven que Ana había conocido en los grupos deportivos, con quien había tenido un coqueteo adolescente que acabó bruscamente cuando su padre se enteró y la castigó por ello, empezando una situación de acoso que Ana recuerda con profunda tristeza.

“Cuando yo tenía unos 14 años mi papá cambió mucho conmigo. Dejé de ser la niña consentida y empezó a verme con otros ojos. Aunque mi inocencia era mucha yo intuía que algo estaba pasando pues él había cambiado conmigo. Por esto empecé a desconfiar, me alejé, me aislaba dentro de la casa, trataba de no estar cerca. Pero un día que estaba sola organizando la pieza de reblujos mi papá se acercó y la caricia que me dio no fue lo que yo esperaba. A mí no me gustó, mi cuerpo reaccionó de una forma horrible. Me di cuenta que esas no eran las caricias de un papá y sentí mucha rabia”.(Ana, 2021).

Después de pasar años bajo la presión y el abuso de su padre, Ana decide contarle a su madre; “yo pensaba que ella me iba a apoyar”; sin embargo sólo encontró comprensión por parte de su hermano porque su madre y su hermana la acusaron de mentirosa, denunciándola con su padre, quien la castigó brutalmente, “pues él siempre me decía que si yo contaba algo me mataba.

Pero yo constantemente le decía que prefería morirme. Al ver que la situación era tan horrible en la casa decidí irme: madrugué un día, metí las cosas en la bolsa y me fui buscando a una tía que me llevó hasta Sevilla”. (Ana, 2021).

A los 16 años, inexperta para la dinámica de una ciudad, Ana tuvo que empezar a trabajar como aseo en un estadero de Tuluá. Allí laboró durante un año. Después, sintiéndose sola y extrañando su tierra, decide regresar a casa, en un intento por recuperar su familia. Lamentablemente, las cosas no salieron como esperaba: “Resulta que para un 12 de mayo del 91 yo vine para un día de madre a la casa y nos sentamos a almorzar. Pero mi papá empezó a decirme que yo no tenía nada que hacer ahí, que había dejado de ser hija de él desde el día que me fui de la casa e intentó pegarme; luego sacó la peñilla, me dio un planazo y, como yo metí la mano, me cortó un dedo. Cuando me mandó el segundo planazo me eché pa’ atrás; sin embargo me cortó en una pierna donde tengo 84 puntos (entre internos y externos) y una plaqueta, pues me dañó el tendón”. (Ana, 2021).

Ana tuvo que ser remitida a un hospital en Tuluá, donde estuvo recuperándose por muchos días. Allí recibió la visita de una vecina que le informó que su amigo Rubén hacía parte de las AUC de la región y que estaban extorsionando a los finqueros, dentro de los cuales se encontraba su padre. Según la vecina, Rubén sabía lo que su padre le había hecho y estaba preparando la venganza.

“Entonces esa gente (las AUC) empezaron a pedirle más a mi papá, a extorsionarlo, más y más. Pero mi papá no quería darles nada. El 9 de agosto del 91, cuando bajaron a pedirle la vacuna, mi papá dijo que él no les daba, que prefería que lo mataran. El 10 de agosto, un sábado a las 6 de mañana, bajaron y lo asesinaron en la carretera propinándole como 5 o 6 disparos. Cuando me avisaron vine al velorio. Lo peor de todo es que la gente me culpaba porque quien lo había hecho era mi antiguo amigo Rubén”. (Ana, 2021).

El asesinato de su padre y otros vecinos fue el inicio del terror que se sembraría por muchos años en su vereda, acabando con la tranquilidad que Ana disfrutó en su niñez; “extorsionaban por un lado y por otro, amenazaban...” (Ana, 2021) Además del temor que esta violencia ejercía en ella, tuvo que recibir el rechazo de su hermana y otras personas del pueblo que la responsabilizaban de la muerte de su padre.

Con este panorama tan adverso fue imposible quedarse, así que regresó a su trabajo en Tuluá, atendiendo en la barra del estadero, lo que le permitió conectar con nuevas personas; “allí conocí un muchacho del que me enamoré muchísimo, pero faltando quince días para casarnos falleció en un accidente. Fue tragedia tras tragedia y entonces, tal vez para aliviar mi dolor, me dediqué a tomar, lo que nunca había hecho; me puse a beber como loca y terminé involucrada con el narcotráfico”. (Ana, 2021).

Refugiada en la vida nocturna, anestesiando su dolor, conoce a una mujer que le propone un trabajo bien pago en el que inicialmente le comisionan llevar dinero a otras ciudades y países. Después de esto hace un viaje como “mula” llevando un importante cargamento a Alemania, “Me fui de acá de Colombia con kilo y medio en píldoras que esa misma gente arreglaba; hasta yo llegué a arreglar esas píldoras con guantes de enfermería. Me prepararon durante un mes, comiendo uvas verdes para poderme tragar esas píldoras”.

Recuerda el daño que le hizo a su garganta introducir la mercancía en su cuerpo y lo difícil que fue sacarlas. Al regresar a Colombia, afligida y agotada por el estrés que ese viaje le ocasiona, recapacita y se da cuenta de que esa no es la vida que quiere. Y precisamente por esos días recibe una invitación que termina siendo el impulso que necesitaba:

“Nos invitaron a una fiesta y fui pero no alcancé a llegar, mejor dicho, como dicen por ahí, tenía un ángel que me ayudó. Porque el muchacho que nos estaba llevando me dijo, -Vea mona, yo le voy a contar a usted qué va a hacer en esa fiesta porque yo veo que usted es una muchacha sana. Mire, en esa fiesta esos hombres la drogan y la violan entre todos. Si usted quiere yo le mermo velocidad al carro para que se tire. No puedo parar porque me meto en problemas con ellos, pero le mermo velocidad para que se baje-”. (Ana, 2021).

Y así lo hizo; en compañía de una amiga a quien ella había invitado huyeron por las montañas, temiendo por las represalias que pudieran recibir; “caminamos desde las 10 de noche, iban a ser las 3 de la mañana cuando por fin de tanto andar, de tanto andar, aruñadas por matorrales, por chúcaros, por dónde no nos metimos envolotadas por esos potreros... salimos a la pavimentada que lleva a Tuluá”. (Ana, 2021) Allí fueron recogidas por un bus cañero.

Llegaron a sus casas en un estado lamentable y con dolor en todo el cuerpo. Sin embargo, haber escapado de esa fiesta, que hubiese sido la perdición definitiva, la llenó de fuerza para rehacer su vida y buscar un trabajo que no implicara los peligros a los que se había expuesto en los últimos meses.

Dos años después conoce a un hombre que la enamoró, ocultando que era casado, una verdad que Ana descubre cuando tenía tres meses de embarazo. Sin limitarse por su condición decide alejarse de él y, gracias a la ayuda de su hermano, regresa a la casa natal para dedicarse al cuidado de su bebé.

Años después entabla una relación con Ricardo y queda embarazada por segunda vez; en esta ocasión su pareja desea establecerse junto a ella y le propone buscar un mejor porvenir en el Putumayo. Mientras reúnen dinero para el viaje, deciden vivir un tiempo en Canoas, en donde la acción paramilitar se ha haba recrudecido:

“los paramilitares empezaron a asesinar mucha gente; a veces bajaba uno por la carretera y veía en los alambrados las ropas ensangrentadas de la gente que mataban. Se escuchaban los gritos desde arriba en las montañas y desaparecieron a muchas personas. Eso fue muy duro para mí y no aguanté vivir así, por eso le dije a mi esposo que yo quería salir de allí y él me dijo que nos fuéramos. Así fue como empezamos la odisea del Putumayo, donde experimenté los peores dolores de mi vida”. (Ana, 2021).

Lo primero que trae el viaje al Putumayo fue un profundo dolor de madre. “Al momento de viajar para el Putumayo mi mamá no me dejó llevar el niño que ya tenía cuatro años porque le parecía que allá era muy peligroso y me dijo que se quedaba con él, que era muy apegado a ella. Entonces decidí dejarlo con mi mamá y estar viajando a verlo”; (Ana, 2021) sus ojos se humedecen con las lágrimas que hace brotar ese recuerdo, la tristeza de un adiós obligado, la resignación de alejarse del ser que más se ama como una forma de protección.

Llevando unas cuantas maletas, impulsada por el desconuelo que le producía su tierra y esperanzada con un nuevo comienzo, inicia su viaje. Pero su llegada al Putumayo tuvo un horroroso recibimiento:

“En ese tiempo salían los buses en caravana porque era muy peligrosa la carretera.

Salimos con mi niña de dos añitos y dos amigos de mi esposo. Después de muchas horas llegamos a Santa Ana como a las nueve de la noche porque el bus se había atrasado mucho. Resulta que el señor que nos recibía en la finca donde íbamos a trabajar daba los nombres de nosotros para que nos dejaran entrar y tenía que recogerlos antes de las cinco de la tarde; pero ya a esa hora el señor no podía venir por nosotros. Y como la niña ya iba muy cansada le dije a Ricardo que nos quedáramos allí en Santa Ana esa noche; los compañeros que iban con nosotros dijeron que ellos no se quedaban, que seguían para Orito y allá dormirían en un hotel. De Santa Ana al puente del Tigre hay como una hora y media, no recuerdo, pero allí en el puente estaban los paramilitares dizque marcando terreno. Esa noche siguieron para Orito como tres o cuatro buses; las AUC recibieron a toda esa gente con motosierra, los hacían bajar de los buses y los asesinaban allí mismo, algunas personas saltaron al río Putumayo tratando de huir, pero se ahogaron porque estaba crecido por esos días.

Picaron a mucha gente, nos les importaba los niños, no les importaba nada. Decían que ellos estaban estrenando territorio y lo estaban marcando. Al otro día, como nosotros no conocíamos todavía nada de eso, nos fuimos para ese puente a buscar a los amigos de mi esposo”. (Ana, 2021).

El recuerdo de lo que encontraron esa mañana en el puente del Tigre desata las lágrimas de Ana y la hace estremecer, preferiría no haber sido testigo de un acto tan inhumano y, sin embargo, consideramos importante narrarlo como una muestra de las atrocidades que los habitantes de las zonas en conflicto han tenido que presenciar y callar.

“Cuando llegamos al puente lo que presenciamos era aterrador; se encontraba sangre esparcida por todo el lugar; en ese momento yo me quedé sin palabras, sólo pensaba en tanta gente muerta, en las mujeres que habían abierto para sacarles sus bebés. Veíamos pedazos de cuerpos tirados por la calle. Fue algo muy doloroso, no quería seguir en ese lugar; Ricardo me decía que ya estábamos allí y no podíamos devolvernos. Como había retenes por todos partes el señor que nos llevaba nos dijo, ustedes hagan de cuenta que aquí no ha pasado nada, ustedes no vieron nada”. (Ana, 2021).

Desde ese día su estancia en Orito estuvo marcada por el recuerdo de esa tragedia. Para Ana era imposible dormir, pues en las noches la despertaban las imágenes de lo que había presenciado; el miedo y la culpa se mezclaban, haciendo de sus días una angustia constante. Después de insistir a su esposo y de lograr una oportunidad de trabajo que les permitiera salir sin levantar sospechas de quienes controlaban cada movimiento en la zona, lograron trasladarse a Puerto Asís. Ana esperaba alejarse del lugar donde había visto la muerte tan cerca y donde había entendido la dimensión del conflicto en el que se hallaba inmersa.

Cuando llegaron a Puerto Asís encontró trabajo en una revueltería y se instaló allí con su hija, mientras su esposo trabajaba en una finca cercana. Pero, contrario a lo que ella esperaba, la violencia también era parte de la cotidianidad del lugar; todo el tiempo se escuchaban rumores de sucesos macabros que nadie se animaba a denunciar y tuvo que presenciar actos de violencia que aún hoy en día le generan un profundo impacto.

“un día asesinaron a una mujer, y la dejaron metida en una alcantarilla en mitad de la calle, sólo se veía su torso y su cabeza. El cuerpo permaneció allí mientras las motos y los carros seguían circulando normalmente pasando por su lado como si no significara nada. En la tarde vinieron a hacerle levantamiento. Yo me quedaba aterrada de que la gente viera eso como algo tan normal. A veces tiraban a los muertos en un lodazal que había en el pueblo y allí se quedaban hasta que quisieran hacer el levantamiento, que a veces era echarlos en una carretilla y listo”. (Ana, 2021).

El silencio era la forma en que se protegían los habitantes de esta región y, aunque para Ana fue difícil asumirlo, debió convivir bajo sus formas para proteger su vida y la de su hija, en un territorio en el que la guerra entre las guerrillas de las FARC y las AUC establecía la lógica y ejercía la ley, ante un estado ausente o cómplice. Una región sembrada de coca que se disputaban con fuego estos actores armados, llevándose por delante a todo aquel que se opusiera a sus propósitos o tuviera la mala suerte de encontrárselos en el camino.

A pesar de la situación, resistían por la estabilidad económica que generaba el raspar coca; “Mi esposo empezó a trabajar raspando coca y se consiguió un casita aparte donde podíamos vivir solos”. (Ana, 2021) Un ingreso que, sabían, no conseguirían fácilmente en otro lugar del país.

Por ello, para permanecer con vida debía seguir las reglas del juego, guardar silencio y hacer caso omiso a las atrocidades que presenciaban:

“Eso es un trabajo normal allá pero uno tiene que saber vivir; usted vea lo que vea tiene que guardar silencio. Por ejemplo, como arriba de la casa estaban las bases, a veces se escuchaba cómo tiraban muertos; me tocaba taparme la boca porque quería gritar. Los tiraban desde el filo de la montaña y se venían a rematarlos o a tirarlos vivos p'al río porque muchas veces los rajaban o les metían piedras y así los echaban al agua. Yo le decía a mi esposo, ayúdelos, y él me decía, quédese callada, quédese callada, quédese callada. Y cuando ahí mismo nos tocaban la puerta durísimo preguntando “quién está aquí”, entonces mi esposo abría y ellos nos decían “ustedes no han visto nada”. Y quién va a decir algo. Allá es horrible, créame que allá hay historias que le parten el alma a uno”.(Ana, 2021).

Aunque Ana había logrado establecerse en el nuevo espacio, los enfrentamientos en la región se recrudecieron amenazando de cerca su estabilidad. En medio de su narración recuerda estremecida el día en que pensó que perdería a su esposo:

“Resulta que arriba de la finca donde vivíamos quedaba un cristalizadero de coca. Un día unos muchachos se robaron una mercancía de esa cristalina que vale muchísima plata. Tarde en la noche esos muchachos llegaron a mi casa y le dijeron a mi esposo que por favor los pasara al otro lado. Y mi esposo los pasó porque así se hacía, uno pasaba a la gente de un lado al otro del río. Cuando al otro día unos señores le preguntan –Oiga que usted pasó a unos señores anoche- Mi esposo respondió que sí. –Que usted por qué los pasó-. Mi esposo les explicó que le pidieron el favor y los pasó como hacía con otra gente. Entonces lo obligaron a mostrarles el lugar al que los había llevado. Y cuando Ricardo les mostró la casa del señor que los había hospedado y comprobaron que él no sabía más, lo dejaron ir; pero antes lo golpearon y le quitaron el bote, obligándolo a nadar para atravesar el río de regreso a la casa. Entonces, amarraron a la esposa del vecino que había hospedado a los ladrones y, como estaba embarazada, empezaron a amenazarla con una motosierra, diciéndole que le iban a sacar el niño si no decía lo que supiera de esa gente y la mercancía que se había llevado. A esa pobre señora la tuvieron amarrada todo un día y una noche.

Pero yo no me di cuenta de eso en el momento porque mi esposo no me contó nada; me di cuenta como a los quince días que a esa familia les tocó salir de su tierra y dejar todo tirado porque les habían perdonado la vida pero allí no se podían quedar”. (Ana, 2021).

Durante días y noches se escuchaban los incesantes latidos de los perros que a veces veían pasar llevando entre el hocico pedazos de cuerpos de quienes eran masacrados por estar involucrados de alguna manera con el robo de la millonaria mercancía. Los testigos hablaban de una montaña de cuerpos que habían sido fragmentados por las motosierras. Los organismos estatales que navegaban en busca de las víctimas, encontraban restos que el río dejaba en las orillas, como queriendo develar la crueldad de la que era testigo.

Espantados por la crudeza de los acontecimientos en los que se vieron involucrados, decidieron trasladarse y se instalaron en la vereda de Agualongo.

Así dibuja Ana su casa a las orillas del río Putumayo, en medio de una vegetación selvática.

A pesar de vivir en una tierra abundante, que podría ser concebida como un paraíso, las vivencias de Ana nunca fueron tranquilas. La zozobra que generaba la presencia de los grupos armados, los enfrentamientos y el miedo constante a verse enredada en un conflicto con ellos, no le permitían estar en paz.



“Mire, por ejemplo, a mí me tocaba ir a lavar al río y me acuerdo estando allí ver bajar botes suavcito, parar y decirme: señora, fue que mataron a unos muchachos, si usted los ve bajar por el río, por favor amárrelos. Y muchas veces, a la playa que quedaba frente a la casa, llegaban los muertos. Por ejemplo, un día vi muchos gallinazos y yo le dije a mi esposo, ¡Ay! bandeémonos pa' allá a ver por qué es que hay tanto gallinazo. Y cuando llegamos, claro, había tres muertos, el río se había subido y se quedaron prensados con un palo. Fue muy duro para mí porque, así no los conociera, yo pensaba en las mamás de esos muchachos sin saber que ellos estaban allí. Y si le decía a la gente del pueblo me respondían -Usted no diga nada de lo que vea en ese río, quédese callada-. Vea, eso se volvió tan común que la gente iba, miraba los muertos, y decía: -¡Ah! ese no es el mío- y salían y se iban, dejándolos ahí tirados. Entonces al ver esas tres personas allí, con Ricardo y un trabajador, nos fuimos a sacarlos y en una isla del frente los enterramos. Quedaron como fosa común pero yo sé en dónde está. Hasta hoy, cuando hablan de muertos y de desaparecidos, yo digo, Dios mío, esas madres sin saber dónde están esos hijos. Allí yo viví una etapa dura, muy dura. Allí fue donde le cogí asco al pescado, porque volteaba uno los cuerpos y encontraba el bocachico chupándole las tripas por dentro. Subía uno en estas araguanas y allí veía los muertos bajando; para mí era duro pero allá era común. Usted caminaba por las playas y el olor a muerto era impresionante. Hubo una temporada que, por poquito, se encontraban unos 15 muertos en el día. ¿Y usted cree que esas madres van a saber dónde están sus hijos? A mí me duele porque yo también tengo mis hijos”.(Ana, 2021).

Tratando de olvidar la guerra, Ana y su familia estuvieron muchos años sobreviviendo e intentando tener un hogar en paz. Una nueva hija llegó a integrar el hogar; para entonces, la niña con la que llegó de brazos al Putumayo ya tenía once años y estudiaba en la escuela al otro lado del río, a donde Ana la llevaba todos los días.

“En la escuela había muchos jóvenes pero desgraciadamente también había mucha guerrilla en la zona. La niña me contaba que iban unos muchachos muy queridos, que había una compañerita que se había hecho novia de uno de ellos, que unos compañeritos se fueron con ellos, que se ofrecieron a pasarla en el río...”.(Ana, 2021).

Ana sabía que las niñas eran reclutadas o abusadas por los hombres que integraban los grupos armados que transitaban la zona. Además los jóvenes eran “endulzados”, como ella dice, para que se fueran con ellos porque según Ana, aunque en ocasiones eran obligados, la mayoría de las veces los jóvenes se dejaban convencer con las promesas de dinero y poder. “Por ejemplo, mi vecina tenía cinco hijos y sólo le quedaba en la casa una niña de siete años porque los demás se habían ido con ellos”. (Ana, 2021) Ante este panorama optó una vez más por alejarse de su hija como una forma de cuidarla, una práctica a la que recurrían muchas madres de la comunidad cuando tenían la suerte de ser aceptadas en la sobreocupada escuela. Sin poder contener las lágrimas Ana recuerda lo que sintió en el momento en que se vio forzada a tomar esa decisión. “Me fui a Puerto Asís e interné a mi hija. Fue un vacío muy grande porque nunca me había separado de ella. Y dejarla allá para ir a verla cada ocho días o cada quince días que daban permiso, fue durísimo. A la vez me llenó de valor porque la niña me demostró que era muy madura, que era una niña que quería salir adelante”. (Ana, 2021).

Al mismo tiempo otra situación se desencadenó, acrecentando la angustia de Ana; el hijo que se había quedado al cuidado de su tío y abuela también vivía la misma amenaza de la guerra; “al niño que dejé en Canoas mi mamá lo tenía estudiando en una escuela que se llama La laguna y allá empezaron a ir grupos de la guerrilla a jugar fútbol con los muchachos y, según él, le decían ‘¡Ay! Este flaco está bueno pa' cargar esta canana’. Cuenta mi mamá que un día el niño llegó todo emocionado a la casa diciendo ‘abuela mire que allá me pusieron a cargar el arma’. Entonces mi hermano me llamo y me dijo: ‘Ana, yo le voy a mandar al niño, yo no lo puedo tener acá’.

Así que me lo llevé pero el problema era que el colegio de hombres lo cerraron porque se estaban llevando muchos adolescentes y a la niña la tenía en un colegio de monjas en Puerto Asís. Cuando el niño llegó, claro, de una vez empezaron a invitarlo a jugar fútbol y toda la cosa. Yo le decía a mi esposo, mijo qué vamos a hacer, yo a mi hijo no me lo dejo quitar.” (Ana, 2021) Su preocupación estaba basada en lo que había presenciado durante tantos años, siendo testigo de la forma en que los jóvenes eran reclutados o terminaban envueltos en líos con las bandas del narcotráfico. Ana veía oscuro el futuro de su hijo y estaba desesperada por salir de allí.

“Mi vecina tenía un hijo que se había ido con un grupo armado y una hija que se había enamorado de un guerrillero y también se había ido con él. Pues resulta que en Teteyé, un lugar en Puerto Asís, tiraron una bomba a un campamento y habían caído entre 13 y 14 niños. Fue algo horrible. Usted iba al cementerio y veía esa cantidad de niños; y algunos que las familias no quisieron reclamar. En eso llega mi vecina llorando como enloquecida y me dice que la niña y el hijo de ella estaban en ese campamento, que habían venido a avisarle para que fuera por ellos. Y claro, ella llegó al hospital y se enteró que el hijo estaba muerto y que la niña había sobrevivido pero la explosión le había destrozado el maxilar inferior, un brazo y una pierna. En el mismo momento que fue por su hija al hospital la amenazaron y le dijeron que se tenía que ir de allí. Sacaron a la familia de la finca. Inmediatamente todo quedó abandonado. A ella la protegieron y se la llevaron para Bogotá junto con su hija. No pudo ir a enterrar a su hijo, quien quedó como NN en el cementerio. Antes de irse la gente del gobierno le preguntó si tenía vecinas con hijos menores de edad y ella me nombró a mí. Entonces me llamaron y me dijeron que me presentara en Puerto Asís. Allí me dijeron que tenía que dejar la zona, que no podía vivir ahí con mis hijos. Por otro lado, la guerrilla, cuando se enteró que fui al pueblo a donde me había llamado el gobierno, también le dijo a mi marido que tenía que salirse, que ya no podíamos volver a la casa. Y nos tocó dejar la finquita, dejar todo. Se nos quedaron los sembrados y los animales. Tuve que convencer a mi esposo para que saliera porque él insistía en quedarse. Nos tocó venirnos por trocha cargando los niños y arrastrando corotos. Hasta que finalmente, llegamos a Puerto Asís; al comienzo el gobierno nos ayudó con algo para el arriendo y la comida; puse a estudiar a mi hijo allí y saqué a la niña del internado para que continuara sus estudios en un colegio normal”. (Ana, 2021).

Después de la repentina salida de su finca se refugia con sus hijos en una balsa en la que vendía gasolina en el río. Allí, Ana pasaba las noches angustiada, escuchando el golpe de los cuerpos que tiraban al río, sin que ella pudiera hacer nada por ayudarlos; sintiéndose cómplice de todas las atrocidades que se hacían en la noche mientras los habitantes de las orillas fingían descansar, en una tierra en donde la tranquilidad había desaparecido entre las turbulentas aguas.

“Nos tocó vender una canoa que teníamos para poder arrendar una casa y conseguir aunque fuera dos camas. Así empezamos a trabajar para acomodarnos otra vez. Yo todo lo que trabajaba lo iba ahorrando y con eso logré montar una tiendita. Mi esposo no lograba encontrar trabajo y se tiró a la vagancia, a gastarse la ganancia de la tienda y a endeudarse sin razón”. (Ana, 2021) Empezó una etapa de peleas constante que ella aguantó mientras sus hijos crecían.

Ana reflexiona sobre por qué soportó tanto persiguiendo la idea de un hogar, apoyando a un hombre que puso su ambición por encima de su bienestar para dedicarse a derrochar lo poco que conseguía. Agradece que sus hijos empezaron a trabajar para superar, junto a su madre, las dificultades propias del contexto donde tuvieron que criarse. Luego, sus hijos mayores salieron de la región en busca de la educación universitaria y Ana se quedó un año más. Finalmente, después de descubrir una infidelidad de su esposo, decidió abandonar el Putumayo y regresar a Sevilla, con la esperanza de que los nuevos procesos de paz le permitieran encontrar un hogar en el que pudiera vivir sin miedo y respirar sin culpa.

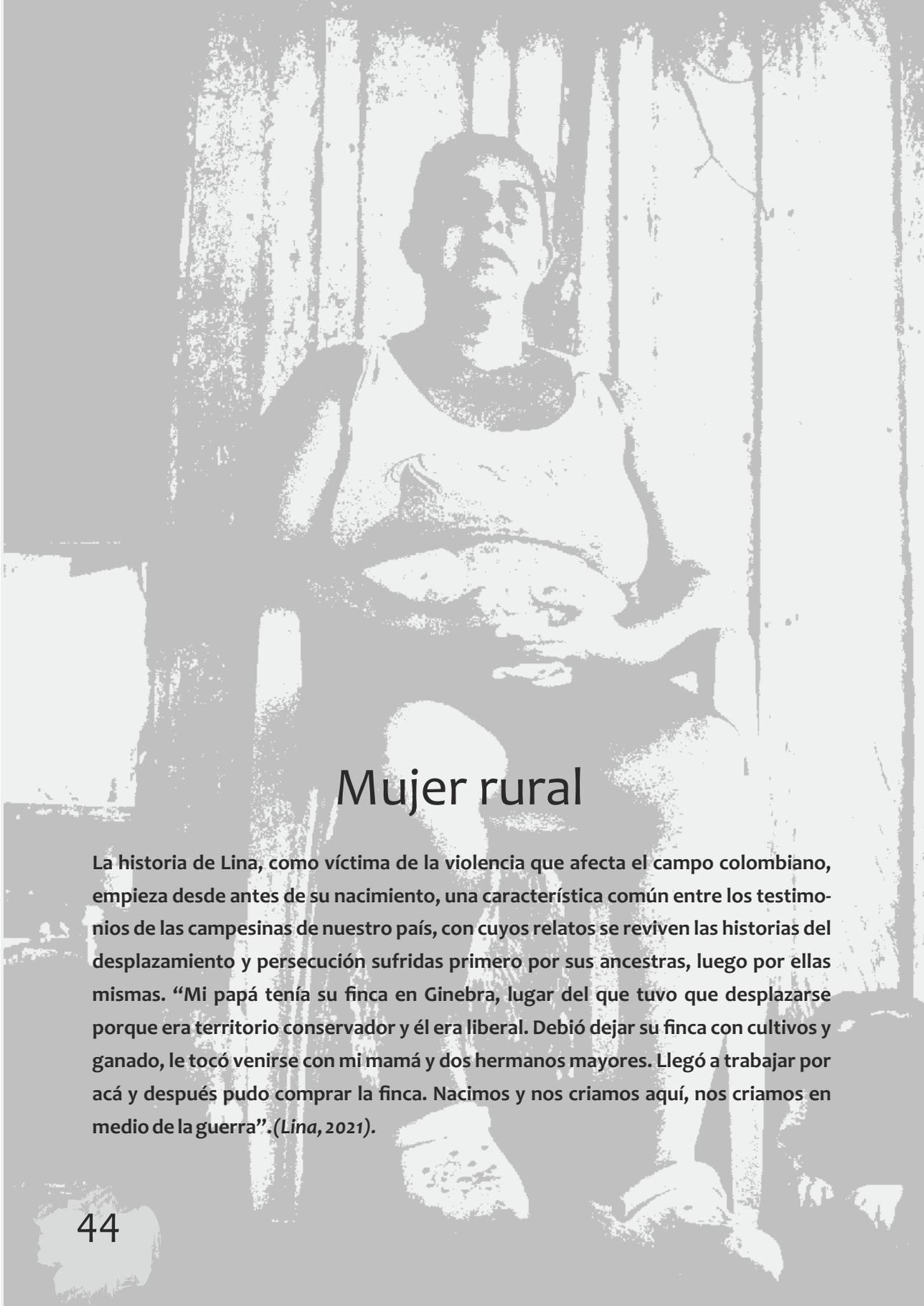
“Y me vine; acá estoy muy contenta, muy feliz. Pienso que todo esto que me ha pasado me ha hecho más fuerte. Cuando me pasan cosas, yo recuerdo todo lo que pasé y pienso: “no, esto no me puede doblegar””. (Ana, 2021) Sin embargo, aún la persiguen los dolores que vivió y presencié en aquella olvidada región del país. “Hace poco me pasó algo muy fuerte porque conocí una señora que me dijo que su hijo se había desaparecido en el Putumayo y que no había podido encontrarlo. En ese instante me acordé de todos esos cuerpos que vi perdidos en el río; pensar en toda la gente del Valle que asesinaron allá, pensar en esas madres que nunca van a saber dónde terminaron sus seres queridos me llena de desconsuelo”. (Ana, 2021) Pero cómo contarle a las madres lo que pudo ser el final de sus hijos, cómo hacerlas sufrir narrando las formas terribles en que pudieron perder la vida.

Hoy es una lideresa vinculada a los procesos de reparación y recuperación de memoria, trabajando junto a otras mujeres que tienen experiencias de vida similares, apoyándose mutuamente en la sanación y el cambio que merecen. Tiene la tranquilidad de haber salvado a sus hijos de las formas en que el conflicto armado se nutre, consumiendo las vidas de niñas y niños que habitan las zonas de combate.

Una historia que el país debe conocer para poder garantizar que ninguna niña, ni niño, vuelva a ser parte de una guerra que le ha sido impuesta.

“Mi hijo me dice; 'mami, nosotros somos el renacer de la guerra que no debimos vivir; pero necesitamos renacer porque la vida sigue. Y los recuerdos están allí pero nosotros estamos vivos’’. Eso es algo que me llena de fortaleza y de deseos de no volver a repetir lo mismo. Espero que no haya tanta violencia, tanto derramamiento de sangre y que ojalá la gran cantidad de personas que buscan a sus seres queridos, puedan reconstruir sus familias o saber dónde están sus desaparecidos’’. (Ana, 2021).

Aunque reconstruir su historia para este relato fue un proceso que despertó numerosos dolores, Ana se despide agradeciendo la oportunidad de narrarse, esperando que esta estructura de violencia sea reconocida como una forma específica en que las mujeres han padecido el conflicto armado y sufrido miles de abusos que las madres colombianas continúan denunciando en busca de justicia y no repetición.



Mujer rural

La historia de Lina, como víctima de la violencia que afecta el campo colombiano, empieza desde antes de su nacimiento, una característica común entre los testimonios de las campesinas de nuestro país, con cuyos relatos se reviven las historias del desplazamiento y persecución sufridas primero por sus ancestros, luego por ellas mismas. “Mi papá tenía su finca en Ginebra, lugar del que tuvo que desplazarse porque era territorio conservador y él era liberal. Debí dejar su finca con cultivos y ganado, le tocó venirse con mi mamá y dos hermanos mayores. Llegó a trabajar por acá y después pudo comprar la finca. Nacimos y nos criamos aquí, nos criamos en medio de la guerra”. (Lina, 2021).



Desde que sus padres se radicaron en Sevilla, toda su familia ha nacido y se ha criado en este territorio. Un pueblo situado al norte del Valle del Cauca, rodeado de exuberantes montañas que luchan por mantener su diversidad en una región donde los cultivos de pino y caña amenazan con extenderse a todos los rincones; un proceso que se facilita ante la falta de oportunidades para los cultivadores, a quienes les queda imposible competir con los precios que se generan con las importaciones “Colombia importa la comida que nosotros mismos podemos sembrar. Aquí la gente está sembrado para su propia comida, porque quién va a querer regalar su trabajo. Ya estamos cansadas de esa lucha”. (Lina, 2021).

A Lina le duele la situación del campo en su región, le duele ver cómo se van perdiendo procesos de siembra autónomos, cómo el campesino es desvalorizado y le duele que, cuando ella se expresa en contra de estas y otras injusticias que la afectan como campesina, es tildada de guerrillera. La persecución por sus ideales y la beligerancia que la caracteriza, le han ocasionado múltiples formas de presión y persecución.

“Por ejemplo, un día estábamos en una reunión de la junta de acción comunal de la vereda. Yo había llegado con mi primo y el trabajador de la finca. Nos sentamos a escuchar la charla y estuvimos allí hasta que terminaron.

Cuando nos íbamos a ir, llegaron unos soldados que habían estado dando vueltas por el salón durante la reunión, algo que ellos no pueden hacer, meterse en los lugares donde están reunidos los civiles, pero allí estaban. Entonces, uno de los soldados saca al trabajador, se lo lleva para atrás y empieza a preguntarle cosas requisándolo de manera brusca. Yo le digo a mi primo que se acerque a ver qué pasa y empiezan a hacerle lo mismo a él. Cuando les pregunté qué era lo que pasaba, me dijeron que recibieron una denuncia de que nosotros éramos guerrilleros y que no nos podíamos ir. Entonces llamé a un vecino que ya iba abajo y le dije que nos iban a dejar allí encerrados, que no se fueran. Él se devolvió con otra gente que me conoce de siempre y nos apoyaron para que entendieran que nosotros éramos campesinos. Pero así es siempre, cualquiera lo señala a uno y dice que es guerrillera, y a cualquiera le hacen caso. Un día hasta me querían llevar que porque iba con botas de caucho, y qué persona que trabaje en el monte no va usar pantaneras. Para ellos, por eso yo era guerrillera. Es una persecución muy dura.” (Lina, 2021).

Lina recuerda que muchos de sus compañeros de colegio empezaron a hacer parte de las guerrillas de las FARC, quienes según su testimonio, siempre han hecho presencia en el territorio; “yo no estoy en las filas porque no quise, pero vi partir a muchos que se fueron con ellos. No así como dicen, que se los llevaran obligados, no. Ellos se enamoraban de las formas en que se expresaban, de cómo nos mostraban la situación del país. Porque entendían para qué estaban ellos en el monte; ellos no estaban porque quisieran ser malos, sino porque ven la injusticia social de un Estado corrupto. ¿Sabe qué los hace ir a la guerra? La falta de oportunidades, a veces una familia que las violentaba, o porque toda la vida habían aguantado hambre”. (Lina, 2021)

Asegura que en ese tiempo la presencia de las FARC en el territorio no se sentía como una guerra porque ellos cuidaban los sitios naturales y a los campesinos. “Yo recuerdo que de niña ellos nos llevaban las cartillas para enseñarnos. Porque ellos no eran como son hoy en día. No, ellos existían para cuidar e instruir al campo, para proteger nuestros recursos. Qué daño a la guerrilla, el narcotráfico. Ellos mismos nos decían que en veinte años estarían en una guerra”. (Lina, 2021).

Y así fue, porque Lina vivió en carne propia la transformación de su territorio, cuando las AUC empezaron a hacer presencia en el municipio, “Los grandes empresarios empezaron a crear sus grupos para enfrentarse a la guerrilla. Entonces convidaban a los mismos guerrilleros ofreciéndoles buena plata. Y pues claro, como sabían todo de la zona, pues eso se puso horrible. A mi papá estuvieron a punto de matarlo porque un guerrillero lo tildó de colaborador”. Los enfrentamientos entre los grupos armados pusieron en medio a la población campesina, que ahora era blanco de denuncias desde todos los bandos.

“Como yo era promotora de salud me tocaba meterme al monte a llevar medicina a la gente. Me metía sola y si la guerrilla me decía que necesitaba los medicamentos, pues me tocaba dárselos. Y entonces la fuerza pública me retenían de noche y de día, donde me veían me cogían y me llevaban con ellos a donde les daba la gana, acusándome de colaboradora. Por eso mismo asesinaron a muchas personas como a mi cuñado, acusado de colaborador. Le quitaron la vida delante de toda la familia. Frente a mi mamá, frente a los niños... frente a todos. Mi mamá se enfermó de nervios; veía un uniformado y le daba un ataque de nervios, de ver todas las cosas horribles que empezaron a suceder en el territorio”.(Lina, 2021).

Lina asegura que todas las masacres que fueron registrados en los años noventa en el territorio fueron realizadas por los paramilitares; en la mayoría de los casos las víctimas fueron personas que eran señaladas como colaboradores de las guerrillas. En un gran porcentaje, afirma, eran acusaciones generadas por acciones que los campesinos realizaban obligados, ante la posibilidad de negarse a las presiones de los grupos armados:

“Por ejemplo, si usted tiene un carro y la guerrilla le dice que tiene que bajarlos o llevarles unas cosas. Usted qué hace, cómo les dice que no. Como le dije yo a un miembro de la AUC: Mire, nosotros estamos acá entre la espada y la pared. Si usted me pide un favor yo no se lo puedo negar, si es la guerrilla lo mismo y el ejército lo mismo. Ustedes son los dueños del poder porque tienen las armas. Nosotros somos unos pobres mandaderos de ustedes. Pero ustedes no piensan eso. Si usted me dice que lo lleve, pues yo obligada lo voy a hacer, aunque ustedes saben que no deben subirse en carros de la población civil sino transportarse en sus propios carros; aun así, ustedes lo obligan a uno.

Como para pintarlo o marcarlo. Como le pasó a mi cuñado, porque él tenía un carro y la gente de los grupos llegaba allá y le decía: vea, necesitamos bajar esto o necesitamos que nos traiga tal cosa y finalmente terminaron involucrándolo en una guerra que no era de él”. (Lina, 2021).

Lina detecta en su pueblo las secuelas de una guerra que sacó a los habitantes de sus tierras y los obligó a asentarse en las periferias del pueblo, perdiendo sus fuentes de empleo, sus familias y acumulando afectaciones psíquicas y emocionales que se observan en una marcada descomposición del tejido social y en una juventud abocada a la violencia y el narcotráfico, como la única forma de sobrevivencia a la que parecen condenados. Podríamos decir entonces, que la violencia urbana que afecta actualmente al municipio de Sevilla es una consecuencia directa del conflicto de armado. Por ello, el asesinato del hijo de Lina es visto por ella, y por esta relatora, como un hecho que tiene sus raíces en el deterioro social que ha tenido un territorio abundante, en donde se podría vivir en paz si no fuera por la presencia de los grupos armados que desde hace más de cuarenta años deciden sobre la vida de sus gentes y las dinámicas de sus tierras.

“Mi hijo era un muchacho muy humilde y muy preocupado por la gente de los barrios vulnerables del pueblo. Él trataba de ayudarlos y siempre estaba pendiente de sus necesidades. Por eso tenía amigos en ese barrio y eso fue lo que le causó la muerte”. (Lina, 2021) El hijo de Lina tenía 24 años cuando fue secuestrado durante dos días en una casa del barrio las brisas del municipio de Sevilla. Al parecer, tenían el propósito de robarle un dinero que había recibido. Como el joven logró escapar de su cautiverio, fue perseguido y asesinado en medio de la calle. Lina recibe la noticia en su casa y se dirige al lugar de los hechos donde reconoce a su hijo. Cuando él la ve, da un último respiro y muere en sus brazos.

Lina reclamó justicia por la muerte de su hijo hasta lograr que los culpables fueran a juicio. Aunque para ella, nada significa un alivio para su pérdida; “a un ser humano no lo recompensa ni plata ni nada y día tras días se siente más ese vacío”. (Lina, 2021) Meses después el dolor se agudiza con el asesinato de su primo, quien la cuidaba y acompañaba constantemente. Víctima de un robo, su primo es asesinado, dejando su cuerpo fragmentado a las afueras de la ciudad donde fue encontrado por Lina, después de haber visto en un sueño el lugar en el que estaban sus restos.

“Yo me rio, hablo y todo, aunque ese vacío no me lo llena nadie. Y uno no vuelve a ser la misma persona. Yo era bien cansona, recochera, y ya no. Trato de no entregarme al dolor, pero la vida le cambia a uno. La muerte natural la acepto, pero no acepto una muerte violenta”.(Lina, 2021).

A pesar de su dolor, Lina no perdió la fuerza para trabajar por su comunidad; hoy en día lidera la defensa de los derechos de las mujeres en su municipio e impulsa la organización de procesos que permitan empoderar a sus vecinas. “Porque yo siento mucho dolor de patria y no pierdo la esperanza de que esto cambie. Aunque se vea muy difícil, no pierdo la esperanza”.(Lina, 2021).

Como lideresa Lina reclama para ella y sus compañeras un verdadero apoyo estatal, acompañamiento y protección en un liderazgo que se ha convertido en una amenaza para su vida a medida que los poderes de los grupos armados recuperan el control del territorio. “Nosotras sólo queremos vivir tranquilas, vivir de nuestras tierras”.(Lina, 2021) Sólo una verdadera política de Estado que piense en el campo, en sus habitantes y su protección, podría detener al monstruo que hoy vuelve a espantarlos y amenaza con despojarlos de sus tierras o acabar con sus vidas de manera violenta.



Un vestido de primera comunión

Mari extiende un elegante vestido de primera comunión sobre la mesa de su museo personal. El objeto guarda la memoria de una celebración bañada de sangre que marcó el inicio de un oscuro momento en la historia de la vereda San Antonio de los caballeros, del municipio de Florida.

Mari ha vivido toda su vida en esta vereda. Su madre llegó desde Corinto y su padre desde Tumaco. Allí vivió una niñez marcada por el maltrato y abuso en su núcleo familiar, lo que desembocó en experiencias traumáticas de su adolescencia y adultez. Fue el descubrimiento de su liderazgo dentro de la comunidad lo que le permite iniciar el camino de transformación y sanación que vive actualmente.

Ella asegura que en su territorio siempre hubo presencia del grupo guerrillero de las FARC. Recuerda verlos atravesar el pueblo por la parte de atrás y escuchar sobre enfrentamientos que se presentaban en la zona. Por mucho tiempo, la calma y la unión de su comunidad eran lo que caracterizaba a la vereda. “Como mi territorio, San Antonio de los Caballeros, era pequeño, las primeras comuniones se hacían en un domingo que se elegía para hacer una fiesta en la caseta comunal”. (Mari, 2021) Una tradición que los mantenía unidos, celebrando entre todas las fechas especiales.

Lamentablemente, a comienzos de los años 90, empezaron a hacer presencia otros grupos armados que aún no lograban identificar y, junto con ellos, la presencia de personas violentas que no eran conocidos en la región y que llegaban a generar conflictos.

Mari relata que su hermano y otros dos muchachos se encontraban en el parque principal un sábado en las horas de la madrugada, terminando una noche de celebración. Junto a ellos, una pareja, que no era conocida en el pueblo, empezó a discutir. Uno de los jóvenes se acercó y trató de calmarlos recordándoles “que este era un pueblo de rumba, un pueblo sano, donde deberían venir a divertirse y no a armar pelea”. (Mari, 2021) Sin entender muy bien la secuencia de acciones que se generaron en ese momento, Mari cuenta que uno de los jóvenes recibe varios tiros por parte del hombre que estaba peleando. Cuando sus amigos ven lo que sucede, golpean al hombre con una botella intentando capturarlo; es allí cuando aparece un segundo hombre armado que dispara contra ellos. El hermano de Mari recibió cinco impactos que le quitaron la vida al instante. El cuarto hombre asesinado fue un nativo que pasaba cerca y al escuchar los disparos se acercó más. “Como aquí nunca se escuchan disparos ni nada de eso, seguramente Apolinar pensó que era una celebración y se acercó al parque. Cuando lo vieron, le dispararon hasta matarlo”. (Mari, 2021) Los hechos fueron reconstruidos por otro hombre que también estaba presente en el parque, quien sobrevivió a pesar de recibir cinco impactos de bala.

Las razones de la masacre nunca fueron esclarecidas; sin embargo, por la forma en que se generaron los hechos y por la presencia de la tercera persona que aparece disparando, se cree que fue una emboscada dirigida a alguno de los jóvenes.

“Nosotras estábamos en la casa durmiendo porque eran las cinco de la mañana y cuando llegaron a avisarnos salí corriendo con mi mamá. Entonces vimos a mi hermano que lo traían arrastrado, hasta subirlo a un carro para llevarlo al hospital” (Mari, 2021).

Los hechos llenaron de tristeza al pueblo entero, que se preparaba para celebrar las primeras comuniones ese mismo día. No había nada que celebrar.

A partir de allí las celebraciones se hicieron de forma independiente y perdieron el atributo festivo que siempre las caracterizó.

La madre de Mari no pudo superar el duelo por la muerte de su hijo; “mi mamá no lo superó, empezó a enfermarse, se negaba a comer y dos años después murió”. (Mari, 2021).

Algo similar le sucedió a su vecina Celia, madre de uno de los jóvenes asesinados. Mari lamenta que desde ese día Celia se haya encerrado en su casa para no volver a salir de su cuarto. Son muchos años de encierro y, aunque Mari la visita e intenta ayudar a su sanación, el dolor ha dejado a Celia paralizada y aterrorizada.

“Cada vez que yo veo un vestido de primera comunión recuerdo esa tragedia y otras que se han dado en mi comunidad. Y pienso en muchas madres que no han podido superar el dolor de perder a sus hijos. De alguna forma, también las han asesinado a ellas”. (Mari, 2021).

La masacre se generó en el año de 1991 y desde este momento empezó a crecer el conflicto armado en la vereda:

“Esa fue la primera situación de violencia; de allí en adelante se presentaron muchas muertes aisladas y desapariciones. Luego ya llegaron los paramilitares, creyendo todo lo que les decían y tomándose la justicia por su cuenta. Recuerdo a un joven que trajeron arrastrado hasta el centro, y un vecino les pasó el machete con el que terminaron matándolo. Nunca se sabía por qué, pero siempre buscaban algún motivo. El aterramiento era grande porque se llevaban a las mujeres bonitas y las dejaban embarazadas. Le quitaban los vehículos a la gente. Nos amenazaban con estar en una lista donde registraban a quienes iban a asesinar. Sobornaban los negocios y había enfrentamientos cerca al pueblo, porque las AUC se querían tomar la parte del cruce, que es un lugar desde donde se conectan con otros municipios. Vivimos con zozobra durante muchos años”. (Mari, 2021).

Mari también recuerda a otras mujeres que, al igual que su madre, han vivido la tragedia de perder un hijo asesinado o desaparecido por diferentes razones en el marco del conflicto armado.

“aquí hay muchas madres que no se atreven a contar lo que les pasó, yo las he invitado pero ellas se resisten. Todavía tienen mucho miedo. Algunas hasta se han ido del pueblo, hicieron sus casas y sus vidas en otras partes”. (Mari, 2021) Una decisión que tomaron muchas de las habitantes, ante los hechos que se convirtieron en la cotidianidad de su vereda. Hasta María deseó irse “porque por donde pasábamos estaban los paramilitares, entonces una no tenía vida. A pesar de todo, me daba temor enfrentarme a algo nuevo, llevarme a mis hijos a lugares peores, me daba mucho miedo de que les pasara algo”. (Mari, 2021).

Mari resiste en su territorio hasta el día de hoy, aunque lamenta que se sigan presentando otras formas de violencia que, si bien ya no proviene de los grupos armados, se puede identificar como una consecuencia de los cambios que se han producido en las dinámicas del territorio, “Este era un pueblo muy sano, nosotros íbamos con mi mamá a coger café, millo, soya, y todo eso nos lo quitaron también, ahora sólo cultivan caña. En la parte de atrás caña, al frente caña, a un lado caña. No se volvió a cultivar nada para la gente. Todo eso se acabó y no lo pudieron vivir mis hijos, no lo han vivido, ni lo vivirán, porque veo muy difícil que se presente un cambio”. (Mari, 2021).

Mari descubrió su liderazgo en el programa de Familias en Acción y empezó así un proceso de educación y fortalecimiento personal que hoy le permite percibirse de una forma diferente, como mujer y como parte de su comunidad. Actualmente se identifica como una lideresa en su territorio e intenta que otras mujeres conozcan y defiendan sus derechos. “Porque aquí se ven todas las formas del patriarcado, aquí los esposos creen que lo parieron a uno, no respetan nuestros cuerpos, nuestra autonomía y eso no puedo seguir así”. (Mari, 2021) Igualmente, intenta apoyar a mujeres que han tenido experiencias de violencia en el marco del conflicto armado, propiciando su acercamiento a procesos que les ayuden a sanar, porque cree en el poder de transformación que tienen estos espacios, “Por ejemplo, si mi mamá hubiese tenido la oportunidad de participar en un taller o un grupo de ayuda, yo creo que mi mamá estaría viva, no se hubiera dejado morir. Porque ella se dedicó a llorar y llora y nadie pudo ayudarla a salir de su dolor”. (Mari, 2021).

María testimonia, con su sonrisa y su alegría, la resistencia desde el amor y la sororidad. La forma en que asume su continua transformación y la responsabilidad con su comunidad, la convierten en un ejemplo de la amorosa resiliencia que caracteriza a las mujeres colombianas; trabajando por la reconstrucción del tejido social que la guerra ha desgarrado, resistiendo a la zozobra y la desesperanza que continuamente tocan a su puerta. La decisión de María, como de otras mujeres a quienes ella representa, se entiende como una forma de significar la vida y cuidarla ante todo aquello que intente quebrantarla.



El dibujo de Zulma

Zulma muestra en su dibujo el espacio más importante para ella. “Yo no soy de objetos, entonces traigo el dibujo de este lugar. Porque en mi corazón vivo aquí” (Zulma, 2020) dice, señalando la casa rodeada de montañas, que es el principal objeto de su museo personal. Después fija su atención en el espacio pintado con azul y gris, donde grafica el lugar que habita actualmente en una ciudad del Valle del Cauca. “Ahora vivo aquí, de pronto no vivo así en algo tan frío, pero en mi corazón es así, porque siempre añoro este lugar, esta libertad, este sol, esta familia, este rancho...” (Zulma, 2020), afirma mientras acaricia conmovida los dibujos que ha plasmado en el papel.

El espacio que Zulma ahora está ubicado en una vereda del municipio del Tambo, en el departamento del Cauca. Allí había vivido toda su vida, creando un sentido de pertenencia con su tierra y los valores de su comunidad. Una relación que se rompió con el desplazamiento, lo que constituye hoy su más grande tristeza.

“Lo que pasa es que nosotras venimos de pueblos originarios y al nacer nos entierran el ombligo. Y si se deja esa tierra, es como arrancarlo a uno de los brazos de la madre. Porque por tradición nos entierran el ombligo en la tulpa y ello crea esa conexión entre la madre tierra y uno. Entonces por mucho que uno tenga, siempre tendrá el recuerdo del campo, de todo esto tan bonito, que no era riqueza material pero era una riqueza que no se puede reemplazar. Yo sé que a una buena cantidad de mujeres nos pasa lo mismo. Por más que consigamos en la ciudad cosas económicamente mejores, no se puede olvidar eso que se perdió. Esa es una frustración que tal vez se pueda sanar volviendo pero es muy difícil volver al campo porque ya la situación no da y ese cuento de que el gobierno ayuda es mentira. Además, como en los resguardos el territorio es en comunidad, allá nadie tiene escrituras y aunque nosotros seguimos siendo comuneros, cuando no se está haciendo allá ningún trabajo social, no participamos, tampoco podemos decir que tenemos derecho a tener tierra. O sea, somos como nómadas. Entonces, aunque uno es de allá no tiene derechos legales y acá tampoco pertenece a nada.” (Zulma, 2020).

Zulma tuvo que dejar su tierra para alejar a su hijo del camino de la guerra. “Yo no quise entregar a mi hijo”, un niño de 14 años que la guerrilla quería reclutar. “En ese momento allá era sobre todo la guerrilla porque, como le dieron tan duro en los enfrentamientos, se quedó con pocos hombres” (Zulma, 2020); En ese contexto, los jóvenes de las veredas eran blanco fácil. Algunas veces convenciéndolos con promesas de riquezas y poder, otras más amenazando a sus familias.

“En ese momento yo podía trabajar, bajaba al pueblo y vendía mis artesanías. Entonces podía darle estudio, aunque soy madre cabeza de hogar, podía darle un bachillerato. Como en la vereda donde vivía era muy escaso quien podía estudiar en el pueblo, a los que estudiaban les tenían odio porque decían que eran vagos, que porque no trabajaban. Les cargaban odio porque algunos podían estudiar y los otros no tenían la misma oportunidad.

Afortunadamente mi hijo tuvo la oportunidad de estudiar, estaba haciendo el décimo grado. Fue algo tan brutal, que los mismos profesores nos dijeron que quien pudiera sacar a su hijo lo hiciera, porque ellos ya no podían cuidarlos, pues los resentidos se entraban a la fuerza a los colegios y allí los agredían. Eso fue duro, muy duro”. (Zulma, 2020).

Para Zulma dejar su tierra fue cortar con todo aquello que le generaba bienestar; pensar en volver es imposible porque las personas que se han negado a apoyar la lucha armada son consideradas enemigas y, por tanto, no son bienvenidas a los lugares de donde fueron desplazadas. Además, para Zulma, la situación en la zona se ha vuelto mucho más violenta y la guerra ha regresado con más fuerza; “lo más triste es que sigue pasando lo mismo” (Zulma, 2020), asegura, endureciendo el rostro por la rabia que le produce ver que la reparación y el regreso que tanto espera es una posibilidad distante.

Sin embargo, sigue trabajando en su nueva comunidad proponiendo alternativas de empleo con la reactivación de sus prácticas artesanales. A pesar de todo se siente afortunada y encuentra en su fortaleza espiritual el impulso para liderar procesos y soñar una mejor vida. “Mataron muchos jóvenes, muchos, yo pude sacar a mi hijo, pude venirme y dejar todo, pero otras madres no pudieron”. (Zulma, 2020).

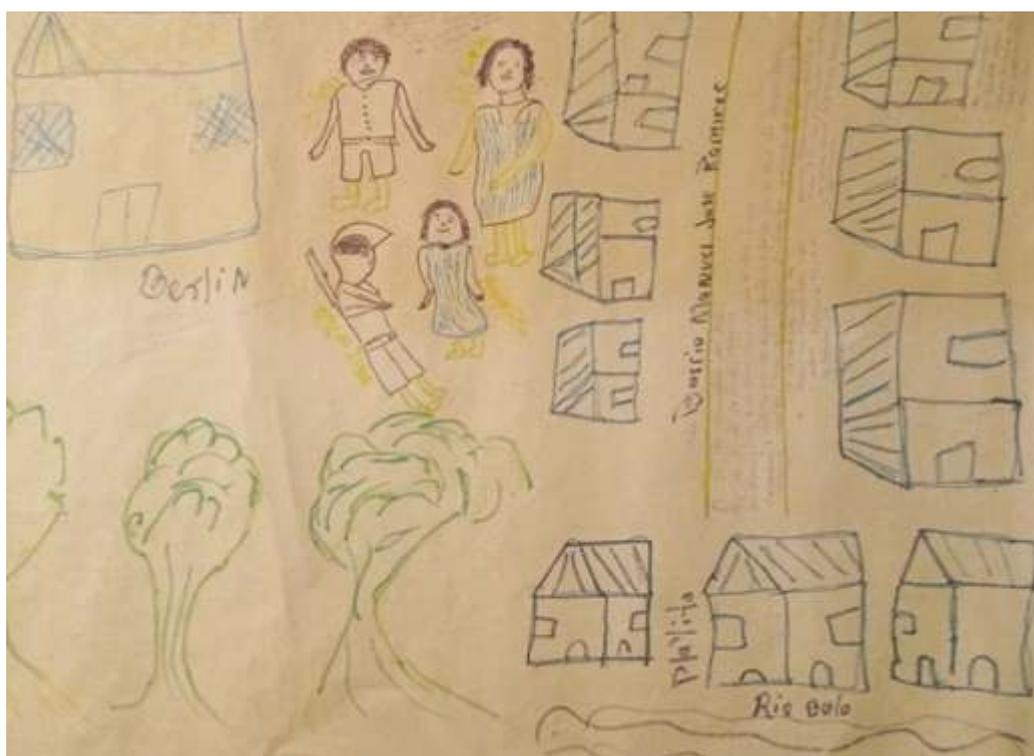
El dolor de la incertidumbre

Sin encontrar una razón

Un día mientras regresaba del trabajo, la hermana de Nelsy perdió la vida en una esquina del municipio de Pradera, después de que dos hombres que se desplazaban en una motocicleta le dispararan causándole la muerte instantánea. La joven, de veinte años de edad, dejó huérfana a una niña con síndrome de Down que quedó bajo el cuidado de Nelsy y su familia. Aún no se conocen las razones del asesinato pues no existieron amenazas, ni sucesos previos que los alertaran sobre este hecho. Sin embargo, las formas en que el conflicto armado movilizado por el narcotráfico ha afectado al municipio de Pradera, le hacen pensar a Nelsy que su hermana fue una víctima más de este monstruo despiadado, un organismo voraz que se alimenta de las vidas de mujeres perseguidas, acosadas, abusadas, asesinadas y de jóvenes reclutados para fortalecerlo e instalarse en cada rincón del pueblo que añora la paz que un día lo caracterizó.

Hoy, como lideresa de las mujeres de su territorio, Nesly se sigue encontrando casos similares, en donde no se conocen razones ni responsables y que dejan a las familias fracturadas por los hechos victimizantes, sin poder reclamar justicia y reparación.

No saber quién lo hizo y por qué, es una forma de sufrimiento que caracteriza las historias de vida de muchas mujeres víctimas del conflicto armado, que lloran a sus hermanas, hijos y conyugues con las pesadas lágrimas de la incertidumbre.



Ruth dibuja dos barrios del pueblo de Pradera, en los cuales los grupos paramilitares tienen un accionar violento que amedrenta a sus pobladores y deja tras de sí asesinatos impunes que van en aumento. “Este es el barrio Berlín en Pradera-Valle, en este barrio está mi casa. Este otro, es el barrio Manuel José Ramírez donde hubo muchas muertes debido al conflicto armado.

En ese barrio, el 31 de octubre del 2010 llegaron los paramilitares a eso de las 11 de la noche y asesinaron a una madre, a su hijo y a otro hombre, y desde ese tiempo comenzó la violencia en el sector. Quienes entraban allá eran asesinados con piedras, machetes, los arrastraban en motos y los dejaban en el río”..

Ruth comenta que los agente armados pertenecían a grupos paramilitares y de delincuencia común que, en una guerra por el control del micro tráfico, llevan años accionando en el municipio. “En el 2010 hubo un desplazamiento masivo en el barrio la playita, después de que un hombre llegó a caballo y les dijo que tenían que irse del barrio porque lo iban a quemar. Muchas familias salieron corriendo, atemorizadas y desconsoladas por dejar sus viviendas abandonadas. Hay muchas casas abandonadas entre estos barrios, pues los paramilitares se apoderaban de ellas y después de accionar desde estos espacios los cambiaban por otros”.(Ruth, 2020)

Ruth recuerda que el 31 de diciembre del 2010 los paramilitares ingresaron a un billar a las seis de la tarde y asesinaron a tres jóvenes; “desde ahí empezaron a hablar del 31 negro, porque amenazaron con hacer lo mismo en el lugar en donde encontrarán una fiesta; los 31 de diciembre toda la gente estaba con terror, ya nadie quería festejar porque les daba miedo”.(Ruth, 2020) Muchos hechos como estos son recordados por Ruth, quien por su trabajo como lideresa tiene conocimiento de los eventos que afectan continuamente a su comunidad. Un liderazgo al que llegó después de ser afectada de forma directa cuando su hijo es asesinado en circunstancias que nunca fueron esclarecidas.

“Mi hijo era soldado profesional. Un día compró el permiso, porque quería visitarme. Ese día su hermana le regaló ropa nueva y él salió a celebrar en la noche. A eso de la una o dos de la mañana fue asesinado sin que las personas que estaban con él se dieran cuenta de qué había pasado. De repente lo vieron en el piso sin entender nada. Le habían disparado en la nuca con un arma nueve milímetros. La misma que usa la policía. Y según dicen los testigos, en ese lugar se encontraban varios policías vestidos de civil que disfrutaban de la fiesta”.(Ruth, 2020) Ni las personas que lo acompañaban, ni Ruth, han podido llegar a la verdad de los hechos y encontrar algo de tranquilidad conociendo los motivos del asesinato. El no saber por qué asesinaron a su hijo es una de las cosas que más dolor le ha generado:

“Mi hijo me dolía mucho porque él era muy juicioso y nunca estuvo vinculado a cosas ilícitas. Porque él era una persona trabajadora que nunca vivió en el mundo de la fiesta. Salió de la casa a los dieciocho años para volverse soldado profesional. Y aunque en el año 2000 le estaban ofreciendo llevárselo los paramilitares nunca tomó esa decisión.

Porque yo le dije –nosotros hemos sido personas de bien y para allá no quiero que se vaya, porque yo no me voy a comer un arroz comprado con la sangre de otro, porque para eso es que se lo llevan, para ponerlos a matar- y mi hijo no se fue. No sé si tiempo después eso tuvo que ver con su muerte”.(Ruth, 2020).

Ruth inicia su liderazgo comunitario después de vivir una dura etapa de duelo por su pérdida. Empezó a sanar cuando se acercó a procesos en los que fue escuchada y encontró fortalecimiento espiritual; “gracias a los conocimientos adquiridos y a los procesos en que he participado mi corazón está sano, a pesar de la ausencia de mi hijo. Aunque lo extraño, ya no lo recuerdo con dolor, porque trabajo ayudando a otros para que no transiten caminos equivocados o apoyando a mujeres que están padeciendo el mismo dolor que yo sentí cuando lo perdí así, sin saber por qué”.(Ruth, 2020).

Actualmente Ruth es conciliadora en su municipio, un trabajo sin remuneración ni apoyo estatal; por ello reclama, junto a sus compañeras, el reconocimiento de su labor por la importancia que ha adquirido en un territorio constantemente vulnerado por los agente armados que parecen haberse apoderado de él.



La participación de mujeres habitantes de diferentes municipios del Valle del Cauca en este proceso, nos permitió conocer, comparar e identificar los elementos en común entre los territorios donde hacen presencia los grupos armados, presentando estrategias de presión, abuso de poder y vulneración de la vida que afectan de forma similar a sus habitantes. En este sentido, encontramos una conexión entre las formas de violencia narrados por Ruth en el municipio de Pradera con las que serán contadas por Mariana cuando intenta introducirnos al conflicto armado que afecta al municipio de Jamundí y la manera en que ella fue víctima de esta situación.

Mariana asegura que todos los grupos armados de Colombia han hecho presencia en la parte alta del municipio de Jamundí. “En la parte alta de Jamundí tenemos el Rio Cauca y del otro lado está el municipio de Santander de Quilichado, un territorio del departamento del Valle de Cauca afectado por el constante conflicto de tierras para cultivos ilícitos de coca. Esta zona estratégica es disputada por ser un corredor para el Naya con salidas hacia el sur, oriente y occidente del país, ideales para establecer rutas del narcotráfico”. (Mariana, 2020) Sin embargo, el conflicto también se presenta de forma aguda en la zona urbana, en la parte baja del municipio, en donde transforman la coca cultivada en lo alto y la comercian a través de un organizado sistema de micro tráfico, que según Mariana tiene de su lado a agentes de los organismos estatales, ayudando a su sostenimiento y facilitando su accionar violento.

“Toda la violencia que se veía arriba en las cocinas de coca bajó a la cabecera municipal cuando empezaron a integrar en su organización a jóvenes que eran inicialmente atraídos por la ilusión de volverse ricos, convirtiéndose en jugadores de futbol”. (Mariana, 2020) Después de atraerlos con premios y regalos recibidos en torneos de futbol, de satisfacerlos en fiestas y eventos donde podían conocer los excesos que nunca habían tenido en sus empobrecidos hogares, los jóvenes son convencidos de hacer pequeños “mandados” a cambio de sumas de dinero que aumentan a medida que los mandados implican mayor riesgo.

“Siempre hay una persona adulta que hace parte de la comunidad y conoce la realidad de los jóvenes, sabe quiénes sufren por la ausencia paterna, quiénes permanecen solos porque sus madres están trabajando, quiénes presentan todas las carencias, y así empiezan a acercarse a ellos dándoles un poco de todo aquello que les falta o anhelan.

En el caso de las chicas las convencen de prostituirse; las niñas hacen videos pornográficos, trabajan como prepagos y nadie se da cuenta de lo que están haciendo. A los chicos les pagan las escuelas de futbol, les regalan el uniforme, les dan premios en dinero y otras cosas que empiezan a transfórmalos y a hacerles desear más de eso que nunca tuvieron en su casa. Después de acostumbrarse a esto, hacen todo lo que les pidan para seguir recibiendo los beneficios”. (Mariana, 2020).

Así, camuflados en la cotidianidad, en los colegios, en los parques y en las prácticas deportivas, un sorprendente porcentaje de los jóvenes se encuentra vinculado en una red de micro tráfico protegida por los grupos paramilitares.

Mariana padeció de forma directa por las violencias que estas prácticas generan en su municipio cuando su hijo fue asesinado; “ahora me costó recordar el año en que fue asesinado mi hijo. Porque por mucho tiempo, para poder continuar con mi vida, decidí olvidar todo lo referente a su muerte; necesitaba olvidar que había muerto. Ahora que iba a contar sobre su asesinato fue difícil recordar la fecha exacta de los hechos. Claro que recuerdo que desde hace diecinueve años estoy sin él”. (Mariana, 2020).

Mariana no tiene claro por qué fue asesinado su hijo; sin embargo, maneja una hipótesis que adquiere coherencia si se observan los casos similares de otros jóvenes en el municipio. “Mi hijo se crío dentro de una comunidad religiosa y eso lo hacía un muchacho sano y honesto. Pero él jugaba muy bien al fútbol y en los espacios de juego recibió muchas invitaciones para integrarse a los grupos de micro tráfico. Él siempre se negó. Y yo creo que, como ha pasado en muchas ocasiones, fue asesinado por esto, porque identificaba a las personas que lo habían invitado y conocía los lugares en donde se reunían”. (Mariana, 2020).

Como lo narra Mariana, negarse a participar en las acciones delictivas que les proponen e integrar los grupos paramilitares o de micro tráfico se ha convertido en una de las principales razones del asesinato de jóvenes en el Valle del Cauca que, sin tener antecedentes en este tipo de hechos, terminan haciendo parte de un sistema que no puede perdonar a quienes se resisten a participar en él.

“Fue difícil entender que a mi hijo lo hayan matado sin razón y sólo porque les había dado la gana de hacerlo. Porque así es como deciden sobre la vida de los otros. Me costó mucho sanar, lloraba a toda hora, en los buses, en la calle, no me importaba que la gente me viera llorando. Todo me dolía. Hasta que un día mi hijo me habló en un sueño y me pidió que no llorara más, me dijo que él estaba bien, pero que yo no podía seguir así porque me iba a enfermar; me dijo que tenía que seguir por su hermana. Entonces tomé la decisión de avanzar, de vincularme a los grupos de mujeres, de hacer parte de los procesos sociales, y aquí me tienen, llevo catorce años en el ejercicio. Es un camino de mucho aprendizaje, he tenido muchas maestras que me han ayudado a consolidarme como lideresa y a trabajar para que hechos como estos no se sigan repitiendo en mi territorio”. (Mariana, 2020).

Hoy en día Mariana es una lideresa preocupada por la violencia que afecta de forma específica a las mujeres en el municipio.

“hay muchas mujeres jóvenes que tienen arraigada la creencia de que la mejor forma de solucionar los problemas generados por las carencias y la pobreza en que han crecido es el narcotráfico”. (Mariana, 2020) La modificación de su cuerpo, el rápido enriquecimiento, la ostentación y la violencia que devienen de los círculos en el que empiezan a integrarse, hace que constantemente se presenten violencias de género características de estas formas de poder. “Entre el 2017 y 2018 Jamundí ocupó uno de los primeros lugares en el departamento del Valle del Cauca, con un alto índice de mujeres asesinadas” (Mariana, 2020). Casi todas se encontraban inmersas en las estructuras del narcotráfico.

A pesar del adverso panorama que caracteriza la cotidianidad de su municipio, Mariana se siente fortalecida como lideresa, propiciando espacios de reflexión y ayuda para otras mujeres. Un camino en el que ha encontrado aliadas y apoyos que reconoce como fundamentales en su transformación; igualmente, ha encontrado en la fe religiosa que profesa una inspiración para su accionar socio-político:

“Me han dado la fuerza que necesito para avanzar, nunca voy a olvidar a mi hijo, pero sé que puedo respirar con más tranquilidad. No se puede tener odio, pero tampoco se pueden olvidar a aquellos seres que nos arrebataron. Porque cuando maternamos hay una ilusión, hay unos sueños y cuando nos quitan un hijo esos sueños se truncan; es entonces cuando desarrollamos la fuerza y la capacidad de continuar, ayudando a otras a avanzar. Siento mucha gratitud por este proceso y ojalá podamos ayudarnos más a menudo y de manera más humana, desde la aceptación de quienes somos, de lo que sentimos y de lo que vamos a lograr al sanar nuestras heridas”. (Mariana, 2020).

Como lideresa de las víctimas, Mariana reclama un trato más cálido, empático y consiente de parte de las instituciones oficiales encargadas de acompañar y apoyar a las víctimas del conflicto armado en Colombia. Es común escuchar que los funcionarios que representan a estas instituciones y programas estatales, se relacionan de forma displicente, grosera o incrédula con las víctimas que presentan sus denuncias en estados de profunda afectación física y psicológica. Algo que pasan por alto, reduciendo el acompañamiento a un registro de los hechos, a diligenciamiento de formularios y a prolongadas esperas en donde las víctimas están solas, transitando sus duelos sin el acompañamiento que deben recibir.



Mujeres entre búsquedas y esperas

Reclamar por la verdad

Marta y su hermano John compartieron desde temprana edad el sueño de un país con igualdad de oportunidades y justicia para todos. Idealismos que impulsaron su participación en procesos comunitarios y de formación política que los llevaron a hacer parte del EPL, vinculándose en su accionar comunitario hasta que se desmovilizaron en el marco de los acuerdos de paz del año 1990.

En un comienzo, John se vinculó al comité de derechos humanos de la comuna 20 del barrio Siloé en Cali, representando al comité de forma secreta, y adicionalmente se convirtió en comandante de un frente urbano de la guerrilla. “Mi hermano hizo entrega de unas denuncias de grupos estatales que subían a la comuna en horas de la noche, portando armas y ejerciendo diversas formas de violencia. En su denuncia describió las armas, las placas de los vehículos, el nombre de las personas, identificándolos como miembros de la quinta estación de policía de Siloé”. (Marta, 2021) Una denuncia que Marta relaciona con su posterior desaparición.

“El 19 de mayo de 1995 a las 10:35 de la mañana, frente a las instalaciones de la clínica Tequendama de Cali, él y Gloria, una compañera con la que estaba ese día, fueron detenidos, formándose una pelea que duró 35 minutos, en la que hubo más de 500 testigos. Después lo subieron a una camioneta Trooper que fue identificada en el proceso, junto a dos motos de alto cilindraje. Está identificado todo, cómo, quiénes, cuándo, a qué horas, todo”. (Marta, 2021).

La familia de Marta es de Bogotá. Ella se encontraba viviendo en esa ciudad cuando ocurren los hechos. Su hermano tenía entonces la edad de 24 años y ya se había graduado como administrador de empresas. Como el vínculo de Marta con su hermano era muy cercano, ella percibe, semanas antes de la desaparición, que algo no estaba bien, que su hermano estaba preocupado y que quería estar alejado porque tenía problemas de seguridad.

“Una semana antes de su desaparición forzada empezamos un proceso de despedida. Yo le escribí una carta y me despedí de él. Sin saber qué estaba pasando, le dediqué una canción de Silvio Rodríguez que se llama “Sueño con serpientes”. Le dije que se lo iba a tragar una serpiente muy grande y que con lo bueno que era él, no iba a ser capaz de envenenarla. Él no creyó en los procesos de paz como se habían dado. Sabía que muchas personas, que muchos combatientes habían quedado mal en el monte, sin familia, sin plata, abandonados, perdidos, sin posibilidades. Él estaba en una disertación de qué hacer con su vida”. (Marta, 2021).

El 19 de mayo Marta intenta contactar a su hermano para preguntarle si había recibido la carta.

Le dijeron que la carta estaba abierta sobre la cama y que al parecer había escuchado el casete donde grabó la canción que le dedicó. “Tres días después recibo una llamada donde me dicen que se lo habían llevado y me dan los detalles de todo. A partir de ese día la vida se rompe. Yo asumo la búsqueda, trato de mantener a mi familia protegida, me traslado a una ciudad que no conozco e inicio un proceso de búsqueda que ha durado 26 años”. (Marta, 2021).

Por la intensa búsqueda de su hermano, Marta ha logrado que su caso avance en la ruta que deben transitar quienes reclaman justicia frente a un hecho de desaparición forzada.

“El contencioso administrativo salió a favor nuestro y el Gobierno Colombiano, a petición de la Naciones Unidas, aceptó la responsabilidad en la desaparición de mi hermano, pues hubo vinculación de agentes del estado en el hecho. Tres policías aparecieron muertos, asesinaron a dos fiscales relacionados con el caso, la novia de mi hermano salió al exilio y yo estuve en el exilio un año y medio en Chile. El día que tenía que firmar el refugio político tomé a mi hijo de la mano y regresé a Colombia. Porque lo que no hace uno, no lo hace nadie”. (Marta, 2021).

Hoy su caso se encuentra en una última instancia, solicitando la investigación de fondo en la Corte Interamericana de Derechos Humanos; hasta hace poco estaba en una negociación amistosa con el Gobierno Colombiano que se rompe porque en la solicitud de reparación de memoria se comprueba una vez más la poca intención del Gobierno de conciliar con las víctimas y aceptar su responsabilidad.

“Mi destino ha sido difícil, hay dolor, incertidumbre, parálisis de los procesos de vida, fragilidad, una catástrofe de la identidad, culpabilidad, estigmatismo. También hay resiliencia, así como el aprendizaje de procesos y términos que no conocía; lo debí aprender en este camino: Perfil Genético, datos biológicos, Corte Interamericana, derechos de petición, Habeas corpus, equipos de búsqueda, red de apoyo. Son tantas cosas que uno empieza a aprender porque la vida cambia. Y uno se olvida que es mamá, que es hermana, que es hija y quisiera no tener a nadie atrás para poder hacer la búsqueda sola, para que a nadie le pase nada. Mi mamá estuvo a punto de ingresar a una clínica psiquiátrica. Ella fue una de las razones por las que regresé a Colombia”. (Marta, 2021).

Hoy en día la familia se ha reconstruido y mantiene viva la memoria de su hermano, recordando las cosas que vivieron con él y haciéndolas parte de su cotidianidad.



“Esta es una mano, porque por lo general las familias de los desaparecidos hacemos la búsqueda con una foto de carnet en la mano. Hay una metáfora china que dice que el dedo pulgar son los padres, el índice son los hermanos, el anular son la pareja, el dedo corazón son los hijos y el meñique los amigos; entonces este es mi dedo índice mutilado porque me falta un hermano y de él salen las flores de “no me olvides que las familias de los desaparecidos usamos para recordar a nuestros seres queridos. Y este es el corazón que nos ha unido con quienes nos apoyan en esta búsqueda”. (Marta, 2021).

La vida de Marta, que antes de la desaparición de su hermano prometía el éxito en el mundo de la gastronomía, cambió radicalmente. Hoy en día es Administradora de Empresas y se ha especializado en el tema de los derechos humanos, como consecuencia del camino que ha tenido que transitar.

“Mi proceso siempre ha sido un proceso de buscar la verdad. Y la verdad no es a qué hora y cuándo se lo llevaron. Sino un proceso de verdad estatal. Es decir, que sepamos qué motiva a los organismos estatales para propiciar la desaparición forzada. Que nos digan la verdad; y la verdad es una política de estado. A mí no me interesa que me digan los nombres de los responsables, porque fui yo quien hizo la investigación para dar con esos nombres, fui yo quien los encontró y los denunció, fui yo quien determinó quiénes eran los particulares involucrados en la desaparición. Ese proceso lo hacemos los familiares solos porque los organismos estatales nunca nos dan la atención que nos merecemos”.(Marta, 2021).

Mientras busca a su hermano, Marta también busca a la amiga que ese día lo acompañaba; su familia tampoco ha sabido nada de ella desde el día en que se la llevaron y para Marta es claro que no va a parar de buscarlos y que, incluso si los encontrara algún día, continuaría en la búsqueda de todos nuestros desaparecidos.

“Mi búsqueda no pararía si yo encuentro los restos de mi hermano para que mis padres estuvieran tranquilos; mi búsqueda continuaría hasta encontrar a su compañera; y ni siquiera allí, porque la búsqueda se ha vuelto una búsqueda política, es la búsqueda de todos nuestros desaparecidos. La verdad es que quienes estamos en estos procesos nos sentimos muy felices cuando aparece un desaparecido, cuando a una familia se le da la oportunidad de hacer su duelo y cerrar las heridas”.(Marta, 2021).



Esperando el regreso

Gladys dibuja a su familia, cuatro hermanos, su madre y su padre. En el dibujo los niños y la madre tienen el rostro triste. Extrañan al padre que un día no regresó a la finca en donde vivían en el municipio de Pradera. “No sabemos nada, ni qué le pasó o dónde está. Y siempre tuvimos la esperanza de que iba a regresar”. (Gladys, 2021).



El padre de Gladys trabajaba como cortero de caña en una de los ingenios de la zona. Era el año de 1984, en esa época según recuerda Gladys en el municipio de Pradera había presencia de grupos guerrilleros de las FARC, sin embargo su padre nunca estuvo involucrado con ninguna organización, negocios o se vio envuelto en una situación conflictiva. Él era un trabajador del campo que un día no regresó a casa.

“Nosotros siempre pensamos que iba a volver. Nunca denunciarnos, ni hicimos una búsqueda porque siempre teníamos la esperanza de que iba a volver”. (*Gladys, 2021*).

Años después un vecino les dice que vio a su padre en San José de Guaviare. Hace poco Gladys se atrevió a viajar para buscarlo y, aunque algunas personas afirmaron haberlo visto allí, no obtuvo mayor información.

Gladys tardó 35 años en aceptar que su padre era un desaparecido y en acercarse a grupos de búsqueda. Hoy en día tiene la certeza de querer saber qué pasó con él, de encontrarlo para llenar esa parte de su historia que siempre ha estado vacía, incompleta, esa parte de su ser que siempre esperó su regreso. “Lo que más me duele es que nunca tuvimos una presencia paterna. Y todavía lo seguimos esperando”. (*Gladys, 2021*).



Los ausentes siempre están presentes

Mariela vivía en una finca en la vereda San Rafael de municipio de Morales en el departamento del Cauca junto a su madre y dos hijas. Cuando una de sus hijas tenía 14 años desapareció. Un día no regresó a casa sin que su familia supiera qué le había sucedido. “Cuando eso pasó yo me sentí como atada de pies y manos, sin saber dónde buscar, con miedo a preguntar. Nos quedamos totalmente calladas, nunca pusimos denuncia, nunca dijimos nada, teníamos miedo”.(Mariela, 2021).

Su hija había desaparecido el 31 de octubre del año 2000 y en abril del 2001 recibe una llamada suya en donde se da cuenta de que en realidad había sido reclutada por un grupo de la guerrilla de las FARC; “me dijo mamá estoy con la guerrilla, pero me quiero ir de acá. Le respondí -Dígame dónde está yo voy a la policía, voy por usted-. Yo en ese tiempo no entendía nada de esas cosas, era lo único que se me ocurría. Pero ella me dijo -No mamá no es fácil, no vaya a la policía porque los matan. Tranquila mamá que me voy a escapar; para mis quince años me vuelo de aquí. Nunca más volví a saber de ella”. (Mariela, 2021).

Mariela vivió por muchos años cargando en silencio el dolor de esta ausencia, esperando a que su hija cumpliera la promesa de volver; imaginando cómo había crecido, convirtiéndose en una mujer mientras era obligada a estar en un lugar y una guerra que no quería; “esto me produce mucho dolor, mucha nostalgia. Hablar de esto me remueve todo”. (Mariela, 2021).

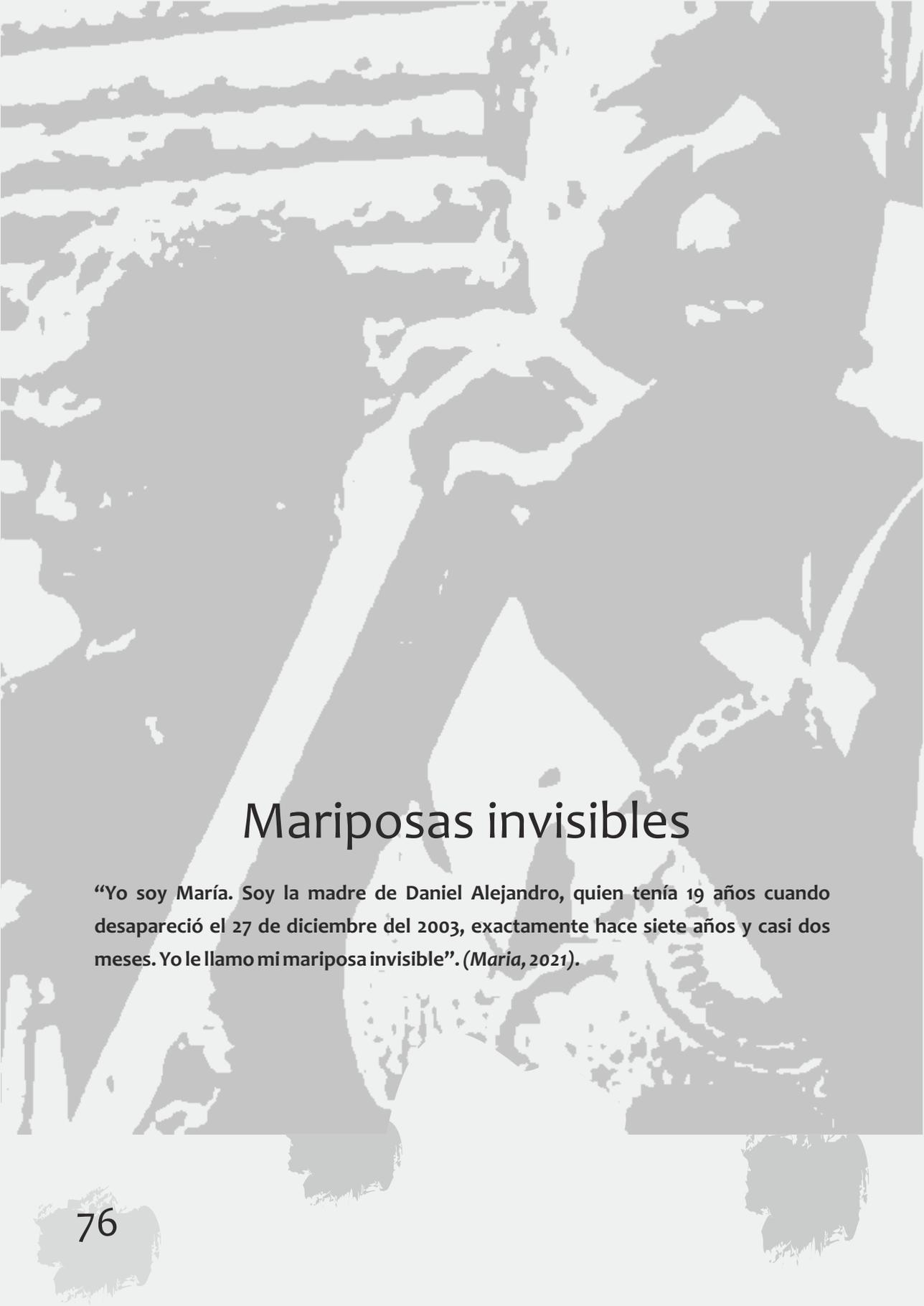
Años después Mariela y su familia son desplazadas de la finca por el conflicto armado que se agudizó en la región; llegan a vivir en un barrio en la periferia de la ciudad de Cali en donde intentan acostumbrarse a las formas de vida que les propone la ciudad. Allí, Mariela sufre otro hecho victimizante cuando su hijo menor pierde la vida sin que se aclaren los móviles de su asesinato.

Esta situación llena a Mariela de indignación y la impulsa a reclamar justicia, ya son dos hijos los que había perdido sin saber por qué, sin ni siquiera tener razones. Entonces se dirige a la fiscalía para hacer las denuncias de la reciente muerte de su hijo y la desaparición forzada de su hija. “Yo dije ya nos más. No me aguanto más. Cómo es que pierdo mis dos hijos sin saber por qué. Estuve muchos años en silencio. De la Fiscalía fuimos a Médicos sin fronteras, después a CDR donde me han dado mucho apoyo. Porque no podía seguir cargando con esto sola”. (Mariela, 2021)-

En junio del año 2020 su otra hija ve un video sobre las “Mujeres Farianas” que circulaba por internet en donde cree identificar a su hermana. Cuando Mariela compara la imagen con una foto de su hija confirma que es ella; “yo la comparé con una foto que tenía de cuando ella tenía diez años, anteriormente uno no tomaba tantas fotos, no es como ahora, más en el campo, uno llamaba al fotógrafo sólo para fechas especiales. Cuando yo vi esas fotos dije, ella es mi hija, y estoy segura que ella es porque al ver esa foto sentí una cosa tan impresionante...”. (Mariela, 2021).

Con el hallazgo de una foto de su hija en un video producido en un campamento de las FARC, Mariela recurre al abogado que lleva su caso como parte del acompañamiento que le brinda el CDR. Presenta entonces un derecho de petición a la Fiscalía para hacer un cotejo morfológico y, comenzando el año 2021, le confirman que la mujer que se ve en el video es su hija. Sin embargo, como el video fue hecho hace nueve años, el proceso se dificulta y, aunque aún no sabe qué hacer con este hallazgo, seguirá buscando con lo que le permita estos nuevos indicios.

“Uno siempre tiene a sus hijos en la mente. Y cuando alguien no está, esa persona siempre está en la mente. Es algo impresionante, un dolor que uno lleva muy adentro y que hace que uno no tenga paz, no tenga tranquilidad. Me hago muchas preguntas y nunca obtengo respuesta: qué será de mi hija, estará viva, si está viva qué le está pasando. Tantas preguntas sin respuesta. Eso es algo tan terrible que no sé cómo sigo viva y como aún sonrío. Uno se olvida por ratos, pero esa angustia siempre está ahí”. (Mariela, 2021).

A photograph of a woman with dark hair, wearing a dark jacket, holding a young child in her arms. They are standing in a field of tall grass and flowers. The woman is smiling and looking towards the camera. The child is also smiling and looking towards the camera. The background is a bright, sunny outdoor setting with a fence and trees in the distance.

Mariposas invisibles

“Yo soy María. Soy la madre de Daniel Alejandro, quien tenía 19 años cuando desapareció el 27 de diciembre del 2003, exactamente hace siete años y casi dos meses. Yo le llamo mi mariposa invisible”. (María, 2021).

María recuerda el amor con que ella y su esposo concibieron a Daniel, un hijo deseado y consentido por toda la familia, que al crecer se caracterizó por dar amor a quienes le rodeaban. “Mi hijo era un hombre alto, pero tenía alma de niño. Era un niño en el cuerpo de un hombre”. (María, 2021) Amante del fútbol, dibujante, cuidador de su hermana menor con quien Daniel creció junto a sus padres en la casa que construyeron poco a poco en un sector del distrito de Aguablanca, cerca al Jarillón de Cali.

Conmocionada con la acción de recordar, conteniendo las lágrimas, María se pregunta y piensa: “¿Qué le debemos a esta sociedad para que esto pase? Nadie debería sufrir una tragedia como esta. En el caso de nosotros, nunca nos imaginamos que algo así iba a pasar”. (María, 2021).

El domingo 27 de diciembre del 2006 Daniel llegó a casa acompañado de un amigo, eran las 11 de noche aproximadamente, llamó a otro amigo desde el celular de su papá y volvió salir: “me dijo, mamá yo voy a dejar a mi amigo al transporte, no me vaya a cerrar la puerta que ya vuelvo. Recuerdo que lo regañé por andar por allí tan tarde y él me dijo que estaba celebrando con unos amigos en una fiesta. Pero eso no fue así, nunca se hizo una fiesta. Después de que salió de la casa llamó a varios amigos invitándolos a salir, aunque ninguno quiso irse con él. Ese día se perdió cerca a esta zona que es el Jarillón del río Cauca. Pasó una avenida del barrio Decepez y desde allí no se sabe nada de él”. (María, 2021).

La zona donde Daniel fue visto por última vez se caracteriza por ser un sector de continuas violaciones de los derechos humanos, generadas por la lucha entre bandas de micro-tráfico, delincuencia común o presencia de grupos paramilitares que luchan por el control territorial. Características que dificultaron la búsqueda y esclarecimiento de los hechos en torno a la desaparición de Daniel. Por ello, María inicialmente culpabilizaba a la gente que decía no haber visto nada y entra en conflicto con todo su entorno.

“Cuando Daniel desaparece fue tan traumático que le cogí fastidio a la gente de mi barrio. Y yo creo que se me notaba en la cara porque miraba a todo el mundo con odio.

Quería vender mi casa y salir de ese barrio para no volver jamás por allí. Pero después recordé que un día mi hijo me había dicho que nunca fuera a vender la casa. Además, pensé que si me iba del barrio perdería las pistas que pudiera recoger para saber qué pasó con él”. (María, 2021).

Su esposo también sufrió por la desaparición de su hijo; muchas veces se refugió en el alcohol y encolerizado iba al barrio donde su hijo había desaparecido tratando de encontrar información. Los vecinos alertaron a María para que no lo dejara volver a esa zona pues corría peligro; ella tuvo que confrontarlo y hacerle ver que se estaba exponiendo y que podría generar otra tragedia con ese comportamiento. Aunque fue difícil, tuvieron que contenerse y guardar silencio para proteger sus vidas, pensando en su hija menor que también sufría por la ausencia del hermano:

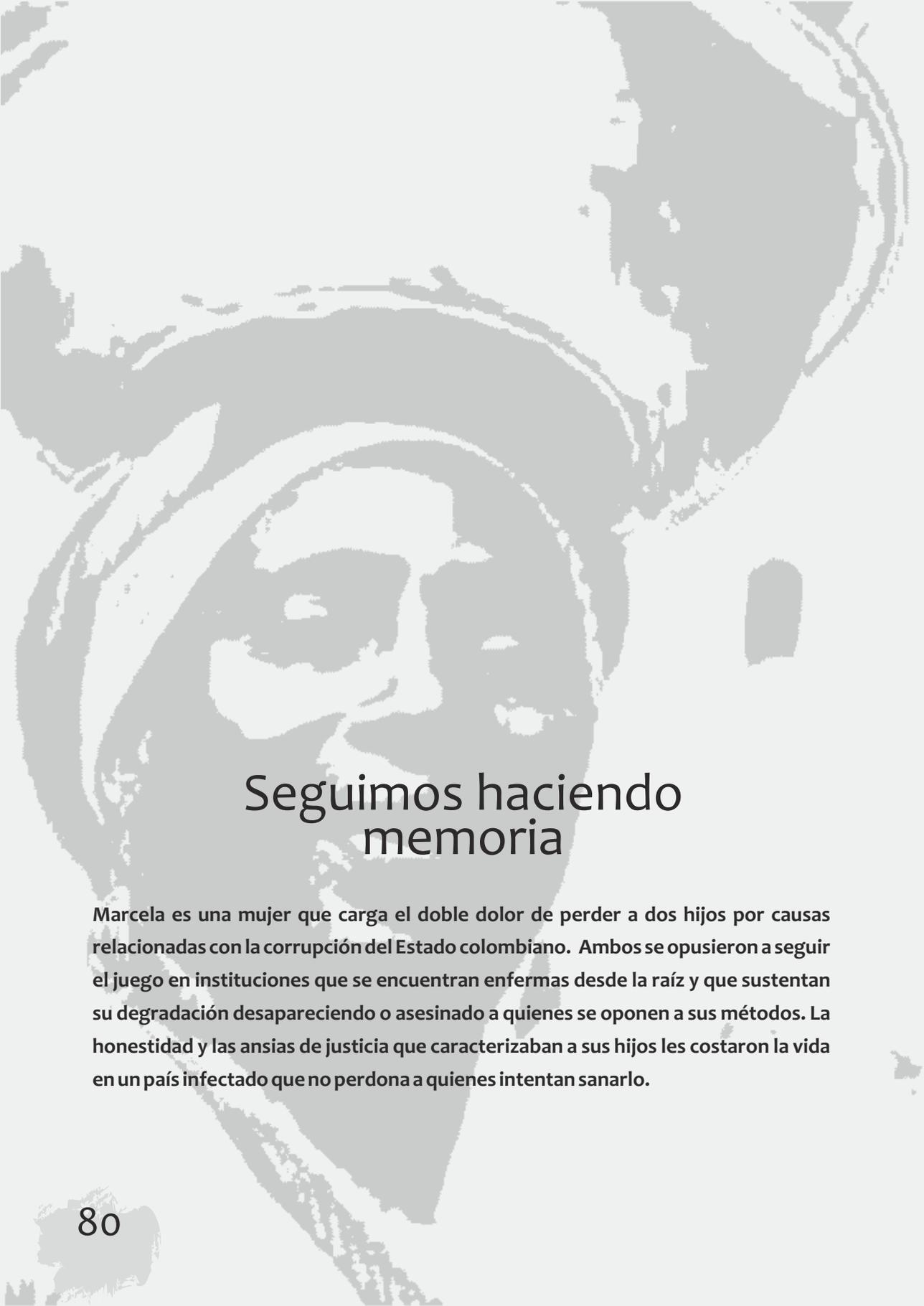
“Yo estaba enfocada en la desaparición de Daniel y la había dejado a un lado sin darme cuenta. Como estaba perdiendo su último año de bachillerato, en el colegio decidieron ayudarlo a ganar el año porque había estudiado siempre allí y conocían la situación que atravesaba. Ella decía que no le importaba nada, pues su hermano no estaba, y se encerraba en el cuarto a llorar y gritar. Toda esa carga era para mí, el dolor de mi esposo, el de mi hija y el mío. Cuando ellos se iban, me quedaba sola dándole golpes a la pared, dándome golpes a mí misma y culpándome de todo. Porque cuando una persona desaparece uno se cuestiona todo, uno dice por qué no le prohibí salir, por qué no hice esto o lo otro... mejor dicho uno se dice tantas cosas, que antes no se vuelve loca. Algo así no se le desea a nadie. Y entonces la familia se aleja, todo el mundo se aleja. Y a uno le toca seguir la vida, seguir con esa ausencia. Pero yo siempre digo, voy a encontrar a mi hijo de cualquier manera. Él no se puede perder. Cómo así que yo lo tuve, yo lo críe, estaba conmigo y ya no está, ¿Dónde está, cuando va a volver?”.(María, 2021).

María comenta que para el 2013 se hablaba de que en la comuna 21 había más de 300 personas desaparecidas. Por ello, siguiendo la iniciativa de un párroco del barrio, participa en una marcha llamada “El rosario de la vida” para visibilizar lo que estaba pasando. Para vincularse en la marcha María manda a construir un gran retablo con la fotografía de su hijo, una foto que fue registrada por la prensa y otros medios de comunicación. Más adelante aprendió a manejar el computador para buscar elementos que le permitieran facilitar la búsqueda de su hijo; por este medio se contacta con una compañera del CDR quien la invita a pedir asesoría. “Como uno no sabe nada. La ruta del desaparecido yo no la conocía. La policía te dice que espere 72 horas, que su hijo debe estar contento con la novia.

Una no sabe a dónde ir, ni sabe de derechos humanos. Así que gracias a Dios, llegué a CDR y allí he podido avanzar, aprendiendo muchas cosas. Me ayudaron a documentar el caso y a marcarme una ruta para mi búsqueda”.(María, 2021).

María inició un proceso de asesoramiento legal y de sanación personal que hoy en día la hacen sentir fortalecida y con una amplia capacidad de acompañamiento para las personas que sufren una situación como la suya.

“Así fue como me enteré de la problemática que hay en Colombia y puse los pies en la tierra. Como yo hay mucha gente que no sabe la historia de nuestro país, no sabe todo lo que pasa. Y si no es porque me pasa lo de mi hijo, yo seguiría igual. Yo no sabía que hay masacres, que hay desapariciones por militares, no sabía nada de eso. La experiencia de la desaparición a uno le enseña muchas cosas y aprende mucho de las otras víctimas. Ahí viene el cuento de la mariposa invisible, porque las mariposas no siempre fueron mariposas bonitas, tuvieron una etapa de la que salieron, y así decidimos nosotras si queremos quedarnos en esta etapa o salir de eso para ayudar a otros”.(María, 2021).



Seguimos haciendo memoria

Marcela es una mujer que carga el doble dolor de perder a dos hijos por causas relacionadas con la corrupción del Estado colombiano. Ambos se opusieron a seguir el juego en instituciones que se encuentran enfermas desde la raíz y que sustentan su degradación desapareciendo o asesinado a quienes se oponen a sus métodos. La honestidad y las ansias de justicia que caracterizaban a sus hijos les costaron la vida en un país infectado que no perdona a quienes intentan sanarlo.

“El pasado 4 de febrero del 2021 se cumplieron 38 años de la desaparición y asesinato por parte del ejército colombiano de mi hijo mayor, Jaime Fernando. Lo encontré a los cinco días de su desaparición en Palmira-Valle imputado como NN. Mi hijo estaba en la oficina de insumos del ejército y le ordenaron que cambiara las cifras en algunas facturas, pero él no lo quiso hacer porque en la casa se criaron con valores. Por ese hecho lo desaparecieron y asesinaron. A raíz de esto mi segundo hijo, Jairo, tomó la decisión de estudiar derecho y combatir la corrupción. Y desafortunadamente fue la corrupción quien lo combatió él”. (Marcela, 2021).

Jairo, el hijo menor de Marcela, comenzó trabajando como investigador hasta llegar a ser jefe de operaciones de orden público de la fiscalía sin rostro. Estando en ese cargo conformó un grupo anticorrupción e hizo investigaciones a importantes políticos, al DAS, al ejército, a la policía, “entre ellos los R-15, un grupo de acción paramilitar que operaba por esos días. Mi hijo había comprobado que era un grupo integrado por policías. A raíz de esto le hicieron un montaje y lo mandaron a la cárcel”. (Marcela, 2021).

Días antes de su detención, Jairo había recibido pruebas trascendentales desde Medellín y había iniciado investigaciones internas en la fiscalía por dejar libre a personas que él mismo había llevado a la cárcel con pruebas suficientes. Su madre cuenta que Jairo había enviado las pruebas al director de fiscalías, quien era su jefe inmediato; después de esto lo encarcelaron. “Para sacarlo de la cárcel su jefe inmediato envió un mensajero a informarle que lo dejaría en libertad con la condición de no volver a trabajar en el fiscalía; no podía hablar ni escribir sobre lo que sabía y “amnesia absoluta”. Jairo dijo que sí, que estuviera tranquilo”. (Marcela, 2021) Tal y como se lo prometieron, a los tres días le llegó la boleta de salida.

Jairo había preparado a su madre aconsejándole que si le llegaba a pasar algo no lo buscara porque podían matarla. La reconfortaba explicándole que se sintiera tranquila por haber tenido un hijo que no se había vendido por nada, aunque en muchas ocasiones le hubieran ofrecido cuantiosas sumas de dinero por su silencio y complicidad. Cuando salió de la cárcel Jairo le aseguró a su mamá que iba a terminar una investigación en la que estaba trabajando, pero que sólo lo iba a hacer para él, porque no tenía planes de hacerla pública. Su madre quiso creerle y alentó sus esperanzas de que lo dejarían tranquilo.

A los 25 días de haber salido de la cárcel, Jairo salió de su casa a las seis de la tarde con un taxista que lo iba a llevar a ordenar la elaboración de unas tarjetas de presentación.

“me dijo, madre no me demoro. Aún sigo esperándolo”. (Marcela, 2021) Cuando estaba de regreso lo abordaron unos jóvenes, hablaron con él y lo subieron a un carro. Al taxista lo bajaron a la fuerza y lo subieron en otro auto. “Al taxista lo conoció en la cárcel y se hicieron amigos. Creo que todo fue un montaje y mi hijo cayó redondito. Porque cuando mi hijo salió de la cárcel, al otro día a las seis de la mañana el taxista estaba en el apartamento. Ahora me pregunto cómo se dio cuenta de que mi hijo había salido. Además, todos los días iba a buscarlo y le ofrecía servicio de transporte. El día que Jairo le dijo que lo transportara, ese día lo desaparecieron”. (Marcela, 2021).

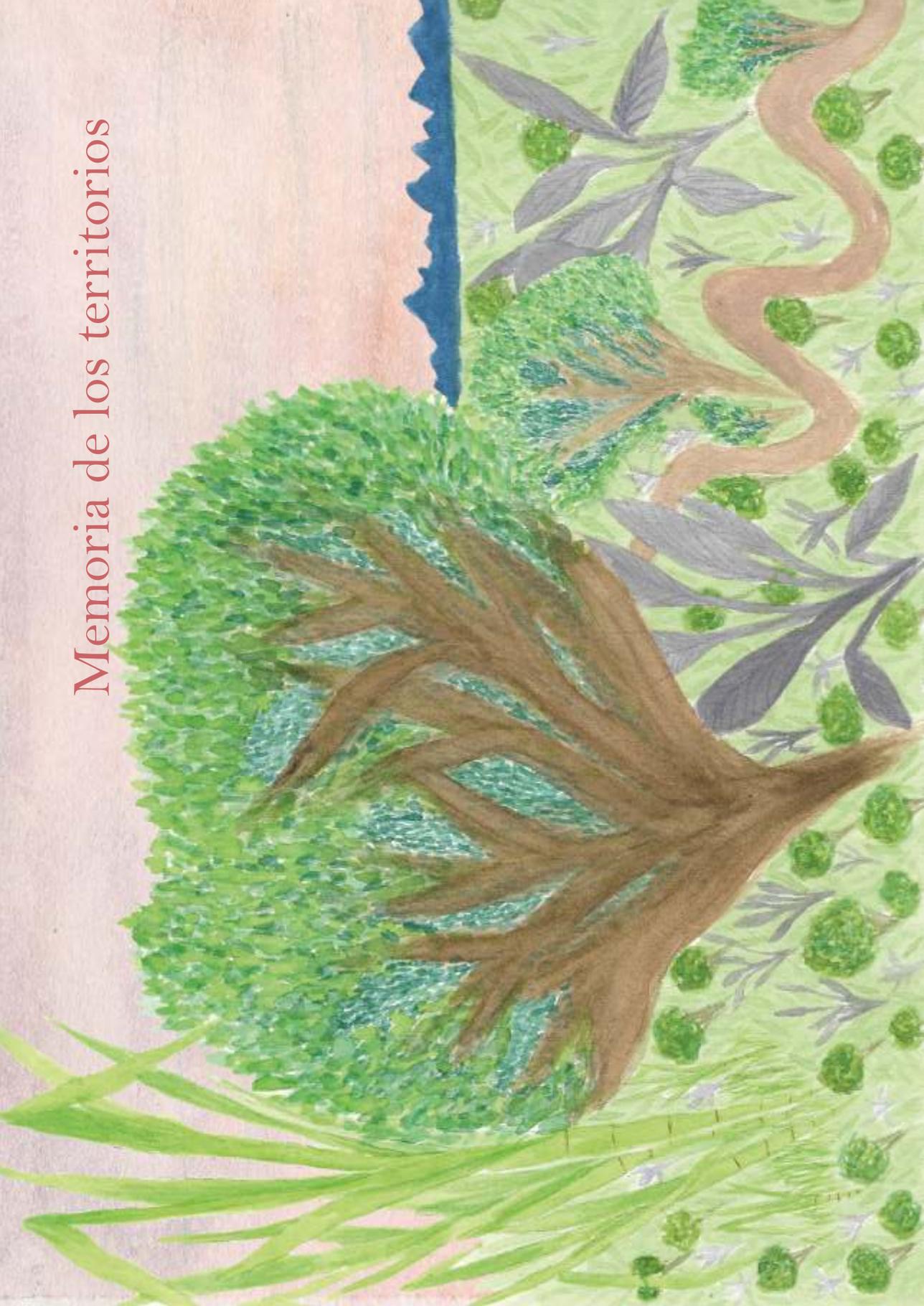
Cuando Marcela inicia el proceso de búsqueda fue a la fiscalía donde Jairo había trabajado; Le informaron que el jefe de la sección estaba de vacaciones. Al volver, un mes después, el funcionario buscó en las carpetas de la Fiscalía y del CTI y le informó que su hijo no aparecía registrado como empleado. “Yo sabía que el artífice de todo había sido el Estado. Porque mi hijo me lo había dicho, que todo era por la investigación que había enviado a su jefe inmediato”. (Marcela, 2021) Después, con el acompañamiento de una organización, hace una solicitud formal a la fiscalía en donde le responden que su hijo nunca había trabajado para ellos. Marcela no tenía medios para probar lo contrario porque, al ser parte de la fiscalía sin rostro, su hijo nunca llevó documentos a la casa, no aparecía en las nóminas oficiales, es decir, no había dejado rastro de su vinculación con la institución, lo que facilitó que los móviles de su desaparición nunca fueran esclarecidos; “lo borraron del sistema. Es que era desde arriba que todo eso se estaba organizando”. (Marcela, 2021).

Marcela lleva muchos años manteniendo viva la memoria de su hijo, participando en diversas organizaciones que apoyan a las familias de desaparecidos y liderando procesos para acompañar a otras personas con situaciones similares. “Aquí sigo, siempre hablando de él y eso es lo que me ha ayudado siempre. Que constantemente estoy contando sus historias. Porque la vida sigue y tenemos que reír, haciendo todo lo que podamos, tenemos que seguir porque no podemos morirnos en vida. La vida sigue y aquí seguimos haciendo memoria”. (Marcela, 2021).

REFERENCIAS

- Ana. (24 de Enero de 2021). Entrevista realizada en Cali-Valle del Cauca. (G. Cuervo, Entrevistadora)
- Andrea. (17 de octubre de 2020). Entrevista realizada en Florida-Valle del Cauca. (G. Cuervo, Entrevistadora)
- Diana. (26 de Enero de 2021). Entrevista realizada en Cali -Valle del Cauca. (G. Cuervo, Entrevistadora)
- Gladys. (16 de Febrero de 2021). Entrevista realizada en Cali-Valle del Cauca. (G. Cuervo, Entrevistadora)
- Ana. (24 de Enero de 2021). Entrevista realizada en Cali-Valle del Cauca. (G. Cuervo, Entrevistadora)
- Andrea. (17 de octubre de 2020). Entrevista realizada en Florida-Valle del Cauca. (G. Cuervo, Entrevistadora)
- Diana. (26 de Enero de 2021). Entrevista realizada en Cali -Valle del Cauca. (G. Cuervo, Entrevistadora)
- Gladys. (16 de Febrero de 2021). Entrevista realizada en Cali-Valle del Cauca. (G. Cuervo, Entrevistadora)
- Lina. (24 de Enero de 2021). Entrevista realizada en Sevilla-Valle del Cauca. (G. Cuervo, Entrevistadora)
- Marcela. (16 de Febrero de 2021). Entrevista realizada en Cali-Valle del Cauca. (G. Cuervo, Entrevistadora)
- Mari. (27 de Enero de 2021). Entrevista realizada en Cali-Valle del Cauca. (G. Cuervo, Entrevistadora)
- Maria. (16 de Febrero de 2021). Entrevista realizada en Cali-Valle del Cauca. (G. Cuervo, Entrevistadora)
- Mariana. (17 de octubre de 2020). Entrevista realizada en Cali-Valle del Cauca. (G. Cuervo, Entrevistadora)
- Mariela. (16 de Febrero de 2021). Entrevista realizada en Cali-Valle del Cauca. (G. Cuervo, Entrevistadora)
- Marta. (16 de Febrero de 2021). Entrevista realizada en Cali-Valle del Cauca. (G. Cuervo, Entrevistadora)
- Nancy. (17 de octubre de 2020). Entrevista realizada en Cali-Valle del Cauca. (G. Cuervo, Entrevistadora)
- Paola. (24 de octubre de 2020). Entrevista realizada en Florida-Valle del Cauca. (G. Cuervo, Entrevistadora)
- Rosa. (6 de Diciembre de 2020). Entrevista realizada en Cali-Valle del Cauca. (G. Cuervo, Entrevistadora)
- Ruth. (5 de Diciembre de 2020). Entrevista realizada en Cali-Valle del Cauca. (G. Cuervo, Entrevistadora)
- Zulma. (octubre de 17 de 2020). Entrevista realizada en Cali-Valle del Cauca. (G. Cuervo, Entrevistadora)

Memoria de los territorios



Violencia sexual, narcotráfico y conflicto armado

En la introducción al artículo publicado sobre la investigación que realizó Javier Juárez Rodríguez (2014) sobre la violencia hacia la mujer en espacios de conflicto en México y Colombia se encuentra un texto que resume la situación que por décadas han tenido que padecer las mujeres y refleja el desgarrador testimonio de Rosa:

“Las mujeres como botín de guerra en espacios en disputa por estructuras delictivas o su utilización como objetos sexuales ritualísticos entre los miembros de estructuras del crimen organizado son realidades que azotan día a día a miles de mujeres en Latinoamérica ante la actitud cómplice e indolente de unas Autoridades permisivas que protegen, potencian y garantizan la impunidad por el mero hecho de ser mujeres y ser pobres, condiciones que fomentan y 'justifican' la normalización social de esta realidad dentro de unas estructuras políticas y culturales patriarcales y misóginas”.

Citando a Paula Guisao (2011) el autor mencionado sostiene que la violencia sexual se convirtió en una práctica generalizada en el conflicto armado colombiano, la misma que ha sido utilizada de manera sistemática por todos los actores armados, sean narcotraficantes, paramilitares, guerrilleros o fuerzas armadas (policía y ejército). Se maneja como estrategia de guerra, como forma de tortura o de castigo combinadas con prácticas de mutilación contra mujeres acusadas de simpatizar con el enemigo, como mecanismo para humillar al enemigo o junto a modalidades de esclavitud'.

Pese a que ha habido esfuerzos por visibilizar esta situación, el autor considera que aún faltan estadísticas que muestren la gravedad de la realidad, lo que contribuiría a combatir la impunidad. Agrega (pg. 262) que “zonas como Arauca, el Valle del Cauca, Chocó o Meta han sido señaladas como focos rojos de violencia contra las mujeres por parte de guerrilleros, paramilitares y fuerzas de seguridad”.

Carolina Pinzón Paz (2009) encuentra que las investigaciones sobre este tipo de violencia se tornan muy difíciles por varias razones, entre las que expone cuatro: la primera, por la vulneración de la integridad de las personas en su nivel más profundo tanto en lo físico como en lo psicológico, lo que inhibe la denuncia.

La segunda, por pertenecer la sexualidad a la esfera de lo privado, lo que dificulta exhibir hechos de esta naturaleza en lo público, pues se corre el riesgo de exponerse al rechazo social o familiar y hasta a las retaliaciones de los victimarios; la tercera, la poca capacidad logística y de recursos técnicos de las instituciones para atender las denuncias; y la cuarta, los sesgos conceptuales de los entes encargados para recibir información relacionada, lo que los lleva a tipificar las denuncias en categorías no vinculadas con la violencia sexual o de género.

El conflicto armado

Estudiosos del conflicto armado en Colombia como Ricardo Vargas (2005), Silvia Mantilla (2012), Lilian Yaffe (2011), Fernando Estrada (2010).

Entre muchos otros, coinciden en afirmar que existe una muy compleja articulación entre los procesos de desenvolvimiento del narcotráfico y los de los grupos armados, sean estos de la insurgencia o del paramilitarismo; igualmente, con el enorme crecimiento del aparato militar estatal (ejército y policía). Habría que agregar otros actores como los políticos y los empresarios que, de una u otra manera, han tenido una relación directa o indirecta con el conflicto.

Como bien lo percibió Rosa, todos estos personajes y estructuras organizativas hacían parte de una misma cadena y cada cual actuaba como le correspondía dentro de ella, en un acuerdo tácito que permitía que todos obtuvieran un beneficio tanto económico como de control y de poder.

En el caso de la insurgencia, su relación con el narcotráfico se da en un comienzo a través de inestables acuerdos para permitir la instalación de laboratorios o construcción de pistas aéreas en áreas que eran de su control, así como para imponer cierto orden en momentos que se desataron oleadas de terror y de violencia impuestas por quienes monopolizaban el negocio. La inestabilidad de estos acuerdos se traducían en enfrentamientos entre narcotraficantes y guerrillas. Más adelante, cuando el negocio ya estaba instalado, la relación se da a través del cobro de comisión por gramaje y de la garantía de la movilidad de los cultivos y comercio de los mismos (Vargas, 2005; 32-34).

Para este autor (pg. 40), el narcotráfico se posicionó mediante la privatización del uso de la fuerza, un mecanismo de violencia que le permitió desalojar las guerrillas de lugares estratégicos y golpear duramente a la población civil residente en estas áreas, contrarrestando la influencia de las mismas en la población.

Al mismo tiempo, sus estructuras ocuparon estos territorios por la fuerza, en ocasiones por la compra forzada, lo cual les fue muy útil para el lavado de activos. El narcotráfico configuró así un “proceso violento de expropiación de tierras a comunidades indígenas, negras y campesinas”, con el consecuente drama del desplazamiento interno en todo el territorio colombiano.

De acuerdo con Silvia Mantilla (2012).

“una de las transformaciones más evidentes que el conflicto colombiano ha experimentado, en las dos últimas décadas, es relacionada con el papel desempeñado por el negocio ilegal del narcotráfico como activador de la guerra.

Como es bien conocido, en la década de los noventa Colombia se había convertido en el primer productor de cocaína en el nivel mundial, lo cual, en un contexto de marcada ausencia del Estado y de crisis socioeconómica en los escenarios rurales del país, terminó por producir un vínculo negativo entre los actores armados y esta nueva fuente inagotable de recursos económicos”.

Respecto al denominado paramilitarismo, expresado en los grupos de autodefensa, Vargas (pg. 40-41) señala que “es notoria la articulación entre sus áreas de influencia y el aprovechamiento de ese control para la exportación de drogas”, mostrando casos conocidos como los de Rodrigo Tovar, “Jorge 40”, que controlaba el negocio de la droga en la parte occidental de la Sierra Nevada de Santa Marta o los de, entre otros muchos, Ernesto Carlos Pretel Lemaitre y Víctor Bonilla, quienes eran los intermediarios entre narcotraficantes que operaban en Cartagena, Tuluá, Cali, Panamá y las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC).

Su contribución fue notoria en el despojo de tierras y en la contención de la insurgencia, como bien lo demuestra en su investigación Prieto (2015:29). Según este autor, para los años comprendidos entre 1980 y 1995 “se comprobó que el narcotráfico logró adquirir bienes en cerca del 42% de los municipios del país”.

En cuanto al fortalecimiento del aparato militar estatal (ejército y policía) y su incidencia en el conflicto armado, Silvia Mantilla (2012) encuentra en su investigación que las políticas globales de seguridad contribuyeron a su gran expansión, lo cual favoreció una relativa recuperación del territorio por parte del Estado al haber reducido el radio de acción de la insurgencia pero también el ensanchamiento del paramilitarismo, algo que no hubiera sucedido si las élites colombianas no lo hubieran propiciado y privilegiado.

De acuerdo con Yaffe (2011), el conflicto armado colombiano, desde la década de los sesenta, “involucra múltiples actores: las guerrillas de izquierda, los paramilitares de derecha, los narcotraficantes, el gobierno, las fuerzas armadas y la sociedad civil”. Las guerrillas surgieron en la década de los sesenta, el narcotráfico en la década de los setenta, inicialmente con el cultivo y tráfico de marihuana y luego, en la década de los ochenta, con el de cocaína; los grupos paramilitares a comienzos de los ochenta “como una forma de retaliación por parte de los narcotraficantes, ganaderos y algunos militares, quienes formaron grupos de auto-defensa para protegerse de los actos violentos perpetrados por las guerrillas.

La proliferación y expansión de estos grupos –diferentes en naturaleza pero todos generadores de conflicto violento– ha sumergido al país en una ola de violencia durante más de cuatro décadas”.

En el Valle del Cauca el narcotráfico tuvo un gran auge y fue muy famoso el cartel de Cali, el mismo que se enfrascó en una intensa guerra con el cartel de Medellín a finales de la década de los ochenta. Andrés López (2008: 13) afirma que esta situación fue el incentivo para que “muchos de los antiguos servidores del cartel de Cali se dedicaran a poner en práctica lo que habían aprendido” de sus jefes y fue así como surge el cartel del norte del Valle, “un sanguinario y poderoso aparato que superó al cartel de Cali en astucia militar, poder de corrupción y capacidad económica”.

El departamento del Valle del Cauca está ubicado al suroccidente del país. Administrativamente está dividido en 5 subregiones geográficas (norte, sur, centro, pacífico y oriental). La región norte, ubicada al extremo norte del departamento, cuenta con 16 municipios (Cartago, Alcalá, Ulloa, La Unión, Versalles, Roldanillo, La Victoria, Zarzal, Ansermanuevo, Bolívar, Argelia, El Cairo, El Águila, Toro, Obando y El Dovio).

En su geografía se encuentra el gran cañón del Garrapatas que comunica la región con el departamento del Chocó, lo cual influyó para que se asentara allí este poderoso grupo de narcotraficantes que se apoderó de las tierras y asoló a sus habitantes, convirtiéndose en un actor más del conflicto armado que desangraba al país entero.

De acuerdo con Estrada (2010: 38), en la década de los 90 se dieron fuertes cambios en la geografía del Valle del Cauca como consecuencia tanto de la confrontación armada entre guerrillas y paramilitares como por la emergencia del narcotráfico y el decaimiento de la industria y el comercio.

“Paralelo a la imposición del monocultivo y a la expansión de los ingenios azucareros, los agentes violentos ocuparon espacios estratégicos para aislar a las poblaciones y redistribuir zonas claves de la economía ilegal.

Primero hacia el norte del Valle (Cartago, Tuluá, Roldanillo), luego hacia el centro del Valle (Palmira, Pradera, Jamundí) y finalmente toda la costa del Litoral Pacífico (Buenaventura)”. El autor agrega que para esta época toda la región del Valle del Cauca se convirtió en un “campo de disputa estratégica” tanto de los recursos económicos como de los territorios de la región del Pacífico colombiano.

Este mismo autor señala que las coaliciones con los carteles del narcotráfico fortalecieron el avance paramilitar; igualmente, las alianzas que se dieron con la fuerza pública les permitió contar con personal propio de éstas, así como con las instalaciones de los batallones.

Prieto (2015: 35) afirma que “al igual que en el resto del país, la mayoría de acciones de despojo fueron perpetradas por los paramilitares, concentrando un fuerte poder social, aunado por los narcotraficantes y el apoyo cómplice de las fuerzas militares”. Según este autor (pg. 29), entre 1980 y 1995 el narcotráfico adquirió bienes en aproximadamente el 42% de los municipios del país, mientras que en el Valle del Cauca alrededor del 85% de los municipios reconocieron tierras adquiridas por acciones del narcotráfico. Estas acciones generaron un drástico cambio en la estructura de la tenencia de la tierra en el departamento, cuya tendencia fue a la concentración en manos de los narcotraficantes. En este caso, y de acuerdo con el mismo autor, “el uso de la tierra no obedece a la necesidad económica de un grupo poblacional, sino a las estrategias de control territorial dispuestas para el tráfico de estupefacientes”.

El diario El Espectador publica el 28 de diciembre del año 2012 una nota de prensa en la que se expresa lo siguiente acerca del cartel del norte del Valle:

“En el norte del Valle, el capo de capos era Orlando Henao Montoya, conocido como El Hombre del Overol, hermano mayor de Lorena Henao, quien junto a sus dos hermanos Arcángel y Fernando, desde los municipios de El Dovio, El Águila, Zarzal, Trujillo, Roldanillo, La Victoria, Cartago y Versalles, constituyó una poderosa organización criminal tanto o más agresiva que el propio cartel de Medellín de Escobar.

La diferencia es que mientras Escobar y sus pares amedrentaban a punta de carros bomba y magnicidios, los del norte del Valle se hicieron expertos en mimetizarse en el Estado o corromper funcionarios y autoridades para sus propósitos. El propio Orlando Henao así como otros miembros del cartel del norte del Valle habían pertenecido a la Policía, y durante mucho tiempo contaron con la estrecha colaboración del oficial de alto rango, que incluso llegó a ser coronel de la Policía, Danilo González Gil. Durante mucho tiempo vivieron a salvo de cualquier asedio estatal”.

La primera gran baja de este cartel ocurre el 26 de abril de 1992 con el arresto de Iván Urdinola, cuñado y entrañable amigo de Orlando Henao Montoya, en compañía de algunos de sus lugartenientes (López, 2008: 14).

Este personaje fue encontrado muerto años después, en febrero del año 2002, en una cárcel de Itagüí, según nota de Colprensa publicada por el periódico El País.

El derrumbe del imperio, y de acuerdo con la crónica citada del diario El Espectador (2012), comienza en el año 2002 cuando

“Víctor Patiño Fómeque fue extraditado ese año a Estados Unidos y sus colaboraciones con la DEA fueron el inicio del fin de la organización. En menos de una década, los principales capos o fueron capturados y extraditados a Estados Unidos o murieron en su ley, es decir, asesinados. Cayeron abatidos Juan Carlos Ortíz, alias Cuchilla; Miguel Solano, alias Miguelito; Wílber Varela, alias Jabón, y el propio Danilo González. Fueron extraditados Diego Montoya, alias Rasguño; Juan Carlos Ramírez, alias Chupeta, y Carlos Rentería”.

No obstante Lorena Henao, esposa de Iván Urdinola y hermana de los Henao (algunos muertos y otros en la cárcel), tomó las riendas de la organización delictiva durante varios años hasta que, como todos, encontró la muerte el 27 de diciembre del 2012, relatada así por la crónica de El Espectador:

“A sus 43 años, sin salirse nunca de las acciones ilegales en las cuales creció desde sus días de adolescente, la llamada La viuda de la mafia encontró el mismo fin de la mayoría de sus compinches en el mundo del narcotráfico. Con su muerte termina también una época de la larga historia del sangriento cartel del norte del Valle. Hoy sobreviven algunas bandas criminales, pero también los capos de la última generación, la de Los Comba y compañía están en cárceles norteamericanas.

Tres décadas después, con la muerte de Lorena Henao, se cierra un ciclo de violencia, corrupción y delito extendido”.

Las sobrevivientes como Rosa y tantas otras emprendieron una larga lucha por liberarse del lastre psicológico y físico ocasionado por ese monstruo. En esa batalla, que involucra a sus familias, se han convertido en líderes que acompañan a otras supervivientes y a sus comunidades aportando elementos desde su dolorosa experiencia para que no se repitan situaciones como las que ellas vivieron. Así han logrado sanar en parte sus profundas heridas y reconstruir el tejido social que la guerra haroto.

REFERENCIAS

El Espectador (2012). “El fin del imperio Henao”. Redacción Judicial, diciembre 28, Extraído el 28-12-2020 desde <https://www.elespectador.com/noticias/judicial/el-fin-del-imperio-henao/>

El País (2004). “El asesinato a Julio Fabio Urdinola”, Colprensa, 10 de octubre. Extraído el 15 -12-2020 desde

<http://historico.elpais.com.co/paisonline/notas/Octubre102004/urdinola.html>

Estrada Gallego, Fernando, 2010. “Estrategias y geografía política del conflicto armado en el Valle del Cauca”. Rev. Análisis Político No. 69, mayo-agosto, pags. 35-57, Bogotá. Extraído el 10-01-2021 desde <http://hdl.handle.net/10614/4905>

Guísao López, Paula (2011). “De mujeres, luchas y memorias en el conflicto colombiano” en IV Seminario Internacional Políticas de la Memoria. Buenos Aires. Citado por Estrada en “Estrategias y geografía política del conflicto armado en el Valle del Cauca”. Rev. Análisis Político No. 69, mayo-agosto, pags. 35-57, Bogotá.

Juárez Rodríguez, Javier. (2014). Las mujeres como objeto sexual y arma de guerra en espacios de conflicto armado de México y Colombia y el papel de los medios de comunicación. Rev. Historia y Comunicación Social. Vol. 19. Páginas 249-268.

López López, Andrés, 2008. *El cartel de los sapos*. Ed. Planeta, Bogotá.

Mantilla Valbuena, Silvia, 2012. “Economía y conflicto armado en Colombia: los efectos de la globalización en la transformación de la guerra”. Revista de Estudios Latinoamericanos No. 55, versión online, México. Revisado el 5-01-2021.

Pinzón Paz, Diana Carolina, 2011. “La violencia de género y la violencia sexual en el conflicto armado colombiano: indagando sobre sus manifestaciones”, pgs. 352-393. En *Guerra y violencia en Colombia*, Pontificia U. Javeriana, Bogotá

Prieto Merchán, Juan Sebastián, 2015. *El régimen de propiedad rural como factor determinante en la concentración de tierra. Estudio de caso: norte del Valle del Cauca (periodo: 1990-2005)*. Trabajo presentado para optar al título de politólogo. U. del Rosario, Bogotá.

Vargas, Ricardo, 2005. “Drogas y conflicto armado: el caso colombiano y el paradigma de seguridad global”. Rev. EGUZKILORE Número 19, diciembre, pgs. 23-46, San Sebastián. Extraído el 4-01-2021 desde <https://www.ehu.eus/documents/1736829/2174561/02Vargas.pdf>

Yaffe, Lilian, 2011. “Conflicto armado en Colombia: análisis de las causas económicas, sociales e institucionales de la oposición violenta”. Rev. CS No. 8, pgs. 87-208, julio-diciembre, Cali, Colombia. Extraído el 5-01-2021 desde <https://www.redalyc.org/pdf/4763/476348371006.pdf>

El largo trayecto del conflicto armado en Sevilla

Sevilla, un municipio situado al nororiente del departamento del Valle, en límites con el departamento del Quindío, posee un poco más de 46.000 habitantes, según proyecciones del DANE para el año 2010, de los cuales un 75% habita la zona urbana, a pesar de tener una amplísima zona rural que representa más del 90% del territorio. Esto ocasionado por la larga violencia que ha tenido que padecer, la misma que rastrea el director de proyectos de la Fundación para la Paz, la Diversidad y el Desarrollo Territorial desde la muerte de Jorge Eliécer Gaitán:

“Lo que hemos padecido en esta región no se conoce por parte de la gran masa poblacional porque ni se la han enseñado ni hay interés en conocerla. Paradójicamente, quienes más tienen acceso a información sobre episodios tristemente célebres ocurridos en esta región son los habitantes de la zona rural, gracias a la tradición oral campesina en donde, alrededor del último tinto y antes de que se vayan a dormir los trabajadores, los más viejos cuentan sus historias y cuentan sobre episodios vividos, dependiendo de la vereda donde estén; por ejemplo, si están en El Venado, cuentan que 'allí más arriba en la finca La Albania venía un Willys en esa época y entonces llegó don Melco, un pájaro de la violencia, los hizo bajar a todos, los decapitó, ahí iban tantos niños, etc.'; ahí empiezan a contar esas historias de la guerra liberal-conservadora, de esa violencia política a partir del bogotazo que aquí fue muy fuerte; este fue un teatro de operaciones grandísimo de los pájaros y bandoleros.

Esa época de la década del 40, del 50 y parte del 60 fue recopilada por el maestro Alfredo Molano en su libro “Los Años del Tropel”; allí mencionó episodios de Sevilla, con nombres propios de despojadores de tierras; nada diferente a los despojadores de tierras de esta época actual, familias adineradas y con mucho prestigio que aún hoy son respetados dirigentes del municipio; es que este es un pueblo sin memoria. Para los años 80 aparece el narcotráfico. Esa violencia de los pájaros empezó a desaparecer en la década de los 60; una de las últimas masacres fue la de Ceilán, vereda muy cercana a la cabecera municipal. Ya para la década de los 80 el fenómeno del narcotráfico comprometió considerablemente ante todo a nuestros jóvenes. Y muchos de mi generación (yo soy un hombre de 54 años) se involucraron.

Es que Sevilla es un municipio que no tiene universidad pública ni una oferta académica de calidad; aquí se tienen que desplazar a estudiar a Tuluá, Pereira, Armenia o Cali y en esa época de los años 80 era mucho más difícil el acceso a la educación superior; entonces muchos jóvenes, cautivados por el dinero fácil, cayeron en la trampa; varios de ellos eran de familias conocidas y con tierras en el municipio y eso hizo que las tierras más bonitas fueran compradas por el narcotráfico. Y viene un fenómeno de desplazamiento interno, un éxodo de la zona rural a la urbana por cuenta del narcotráfico, por el conflicto por la tierra; porque donde había 15 y 20 parcelas se volvieron parte de un solo predio de propiedad de un dueño foráneo, narcotraficante. Aquí los grandes varones del narcotráfico han tenido y tienen aún propiedades. No por casualidad en predios de este municipio capturaron a “Don Diego”. En la misma década de los 80, algo muy triste, muchos de nuestros sevillanos perdieron la vida.

Todo esto hizo que nosotros, los sevillanos de origen, empezáramos a vernos como forasteros, a fuerza de ver carros con los vidrios arriba, polarizados, hombres de poncho y maletín al pecho que nunca habíamos visto en el pueblo y que aparecieron para ese entonces. Es algo que todavía se siente pues nuestro municipio aún no ha logrado salir del flagelo del narcotráfico. De manera informal yo me declaro hoy día víctima de eso, pues tengo una finquita muy pequeña a la cual no puedo ingresar porque un personaje compró todas las pequeñas propiedades que había alrededor, las volvió un solo predio y declaró la vía que las comunicaba como carretera privada, por lo cual no se podía utilizar; un vecino y yo acudimos a las autoridades pero no pudieron hacer nada porque aquí el aparato administrativo es muy inoperante; además recibimos llamadas con amenazas si seguíamos peleando la servidumbre; esa es una manera de forzar un desplazamiento.

Sevilla tuvo partido comunista muy activo y juventudes comunistas muy activas; incluso hubo alguna época en que la izquierda fue una opción para la alcaldía; en su momento hubo dos concejales de la UP. No fue ajeno entonces Sevilla al exterminio de la Unión Patriótica; veredas como Cebollal, San Antonio, La Melba, Canoa, El Billar, Colorada, Cumbarco y otras aportaron sevillanos a ese exterminio. En las calles de nuestro municipio y en los caminos veredales fueron muchos los sevillanos que murieron cuando exterminaron a la Unión Patriótica. Los odios aún no han terminado.

Actualmente en Sevilla pasa lo mismo que en el resto del país y es que cualquiera que diga ser de izquierda es estigmatizado como guerrillero o bandido, es señalado como castro-chavista, que es el nuevo término, el que quiere convertir a Colombia en Venezuela; y quienes defienden sus intereses poderosos siguen utilizando la misma estrategia: ejércitos privados defendiendo los grandes capitales. Hablo concretamente de Smurfit Capa Cartón Colombia que profanó nuestro espectacular bosque nativo, bosque de niebla, reserva de biósfera a nivel mundial, y lo volvió solo pino y eucalipto; nos cambió el clima, la pluviosidad, nos cambió los caudales de las quebradas y ríos, desaparecieron cientos de fuentes de agua. Ellos se defienden con el paramilitarismo. Defensores del patrimonio natural ambiental de nuestro municipio se murieron por cuenta de esa defensa del territorio”.

Respecto a Smurfit, el periódico “Colombia Plural” publica que “el portal Verdad Abierta reveló que en 2015 un juzgado especializado abrió un proceso de restitución de tierras con Smurfit Cartón de Colombia, debido a la solicitud de un campesino de Bolívar (Valle), quien manifestó que tuvo que vender su finca a muy bajo costo por la presión de grupos paramilitares y bandas ligadas al narcotráfico que operan en la zona. Por ello, el Tribunal Permanente de los Pueblos, una reconocida instancia internacional que denuncia los abusos a los Derechos Humanos en el mundo, realizó en 2007 un juzgamiento público a la multinacional en Colombia, acusándola de tener *'una deuda ecológica, social, económica y cultural con el país y el total de sus habitantes, específicamente con aquellos pertenecientes a las comunidades en donde ha establecido sus plantaciones forestales, en donde ha instalado sus plantas de producción y en donde ha devastado por completo selvas tropicales y otros ecosistemas para abastecer de madera sus fábricas de papel y cartón para empaques'*”.

Lozano (2007), en referencia a algún corregimiento de Sevilla y otro de Tuluá, afirma que “no se puede negar que esta zona... ha sido víctima de múltiples violencias, iniciando con la bipartidista, después la ejercida por los paramilitares, el ELN y las FARC, siguiendo con el asentamiento de narcotraficantes... Después de la muerte del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán el 9 de abril de 1948, se desató la violencia bipartidista en la región, a causa de incursiones de la chusma proveniente del Tolima...”

Acosta (2018:2-6), al explicar los orígenes de la presencia paramilitar en el Valle del Cauca y específicamente en Sevilla, afirma que al departamento llegó un grupo de autodefensas procedentes del Urabá y Córdoba para combatir al sexto frente de

las FARC y al frente Jaime Bateman Cayón del M-19 que operaban en los municipios de Tuluá, Bugalagrande, Sevilla y Andalucía y que en zonas rurales de estos municipios perpetraron masacres y asesinatos de personas que señalaban como colaboradores de la insurgencia. “La masacre como estrategia de guerra cubrió gran parte del territorio vallecaucano. De los 42 municipios del departamento por lo menos hubo una masacre en 16 municipios”.

Continuando con su análisis, el director de la fundación mencionada agrega que en la parte baja del municipio.

“donde eran las tierras de los ganaderos propios nuestros, que tenían 20 o 30 fincas, ahora son grandes latifundios sólo sembrados en caña; y como lo dije en algún escrito, Sevilla no es pino, Sevilla no es caña, Sevilla es café. Nosotros ostentamos el título por ley de honores del Congreso de la República de capital cafetera de Colombia. Hemos perdido muchísimo de ese territorio cafetero; el bosque limitaba con la frontera cafetera y ahora el poco café que hay está siendo estrechado por el pino, por el eucalipto, por la caña y por los cítricos, productos que no son de los sevillanos ni para los sevillanos. Los pocos cafeteros que subsisten en nuestro municipio terminaron bajo el monopolio de la Federación de Cafeteros que actualmente está en manos de Nestlé. Ya hasta el recibo de pago de la federación tiene arriba el logotipo de Nestlé que es el que patrocina esa idiotez de que 'les vamos a regalar' no sé cuántos bultos de abono y tantos colinos de café para que renueve su cafetal con árboles hijos de padre y madre adictos que nacen adictos y que si no los siembra como ellos dicen y que si no les ponen el mismo abono que ellos producen entonces no sirve.

Sevilla producía café de origen, el arábigo y el borbón que era un café extraordinario para nuestra altura de 1600 a 1800 m.s.n.m. Esas fincas ya no existen; ahora solamente son transgénicos sembrados ahí, híbridos, y eso es lo que producimos. Es muy lamentable; y el pequeño caficultor que además se respaldaba un poco con cultivos transitorios como yuca, plátano, algo de maíz y frijol, ya ni siquiera a eso le apuesta porque, como no existen garantías para la comercialización, termina su producción en manos de los intermediarios y tiene que someterse a lo que le quieran dar por ella; en múltiples ocasiones el precio de venta no da ni siquiera para saldar los costos de producción y transporte del producto”.

El bajo Putumayo, territorio en el que el conflicto armado echó raíces

El departamento del Putumayo está ubicado en el sur de Colombia, en frontera con Ecuador y Perú; hace parte de la amazonia colombiana y, junto con los departamentos de Caquetá, Guaviare y Meta (suroccidente), conforma el occidente amazónico. Administrativamente sus 13 municipios han sido agrupados en tres subregiones, alto, medio y bajo Putumayo. Esta última está conformada por los municipios de Puerto Asís, Orito, Valle del Guamuez, Puerto Leguízamo y Puerto Caicedo.

De acuerdo con Ramírez (2014: 172), desde finales del siglo diecinueve y durante todo el siglo veinte, el territorio correspondiente a la amazonia colombiana ha sido colonizado por oleadas de migrantes provenientes de la región andina; una colonización promovida por el Estado en su afán de incorporar estas zonas fronterizas a la economía estatal, pretendiendo con ello resolver problemas estructurales de tenencia de tierra y de violencia que se presentaban en el centro del país. En este sentido, afirma la autora, “la región amazónica ha sido vista tanto como una solución a las presiones de tierra de otros lugares del país, como una zona de amortiguación para la seguridad nacional y la preservación de la soberanía en el sur del país”. Es la región occidental la que ha recibido la mayoría de la población, razón por la cual alberga actualmente una gran cantidad de colonos y su población representa el 86.3% de la región amazónica y, según Galeano (2007:4), el 87% de los habitantes del bajo Putumayo es mestizo. Ramírez advierte que los cultivos de coca y las actividades insurgentes tienen predominio en la zona.

Siguiendo a la misma autora (pg. 179), encontramos que es en la década comprendida entre 1977 y 1987 que se introduce el cultivo de coca con fines comerciales y con ella una nueva oleada de colonización procedente de todo el país, así como, en 1984, la llegada de un frente de la guerrilla de las FARC que se instala en el Putumayo, específicamente en la región del Bajo Putumayo. Tres años después arriba el conocido narcotraficante Gonzalo Rodríguez Gacha con su grupo de paramilitares que venían huyendo de la represión en el Magdalena medio; “Gacha es expulsado en 1991 por la población de Puerto Asís en asocio con las FARC, evento que marcó un hito histórico en la memoria de la gente”.

Según investigación del Observatorio de Democracia (2007: 4-5), la “verdadera incursión paramilitar se da sólo hasta 1996, pues entraron al departamento esperando reducir la acción militar de las FARC y tomar para sí el territorio y sus ventajas en recursos naturales y en cultivos ilícitos”. Se ubicó en los municipios de Guamuez, Orito y Puerto Asís el frente sur del denominado Bloque Central Bolívar de las AUC, iniciándose una intensa disputa territorial cuyo resultado fue la ubicación de la guerrilla en las áreas rurales y de los paramilitares en las áreas urbanas; el accionar de los dos actores armados generó desplazamientos en la zona, dada la frecuente comisión de masacres, torturas, muertes selectivas y desapariciones forzadas que comenzó a vivirse en la región. A lo anterior se le suma una intensa actividad de reclutamiento de niños y jóvenes que obligó al desplazamiento de numerosas familias que no encontraron otra opción para proteger a sus hijos menores.

De acuerdo con Galeano (2007: 18-19), el grupo paramilitar Bloque Sur, dirigido por Carlos Castaño, encaminó su ofensiva militar, que contó con el apoyo de la fuerza pública, fundamentalmente a dismantelar la guerrilla, masacrar a la población civil y a los líderes sociales que suponía simpatizaban con la insurgencia.

El autor considera que el bajo Putumayo es una de las regiones más afectadas por el conflicto por dos atractivos: “albergar el 96% de cultivos de coca del departamento y poseer la mayor cantidad de yacimientos de petróleo del mismo”. El control de las dos grandes fuentes de financiación es el motivante principal no sólo de los grupos armados sino de las poblaciones que llegan al lugar en busca de nuevas y mejores oportunidades.

El informativo “Verdad abierta” (2010) publica lo siguiente sobre el Bloque Sur:

“La Casa Castaño ordenó como técnicas de desaparición el desmembramiento y arrojar los cuerpos al río. Igual como sucedió en otras zonas del país, los paramilitares del Putumayo también ocultaron los cuerpos de sus víctimas en fosas comunes y llegaron a los pueblos con lista en mano para asesinar a los presuntos colaboradores de la guerrilla. Las masacres fueron cometidas en plaza pública, a diferente hora y en presencia de niños.

Según los relatos de varios desmovilizados, los paramilitares fueron 'la ley y el orden' en esta zona del país ante la ausencia de la fuerza pública. El frente fijó reglas y castigos para la población civil, que iban desde barrer una calle hasta la muerte para los acusados de ser violadores, ladrones o consumidores de drogas”.

Según este informativo, en 10 años asesinaron alrededor de 2500 personas y dejaron más de 6500 víctimas. Su desmovilización ocurrió el 6 de marzo del año 2006, fecha en la que se acogieron a la ley de justicia y paz.

REFERENCIAS

Acosta Oidor, Catalina, 2012. “Anatomía del conflicto armado en el Valle del Cauca durante la primera década del siglo XXI”. Revista científica Guillermo de Ockham. Vol. 10 No. 1. Enero – junio, pp. 83-99. U. de San Buenaventura, Cali - Colombia. Extraído el 27/04/2018 desde <http://bibliotecadigital.usb.edu.co/bitstream/10819/5031/1/589-1537-1-PB.pdf>

Aranzazu, Oscar Humberto, 2018. Entrevista

Alzate, Camilo, 2017. “La papelera que devora a Colombia”. En Colombia Plural. Extraído el 12 de mayo del 2017 desde <https://colombiaplural.com/carton-devora-colombia-smurfit-kappa>

DANE, 2005. Censo. Extraído el 18/04/2018 desde DANE

https://www.dane.gov.co/files/censo2005/PERFIL_PDF_CG2005/76736T7T000.PDF

John Pablo Galeano Ospitia, 2005. *Vinculación de menores a grupos ilegales armados en el bajo Putumayo*. Tesis de grado para optar al título de politólogo. U. Javeriana, Bogotá.

López Hernández, Claudia y otros, 2007 *Monografía político electoral departamento del Putumayo 1997 a 2007*, Bogotá. Extraído el 25-01-2021 desde

https://www.moe.org.co/home/doc/moe_mre/CD/PDF/putumayo.pdf

Lozano Trejos, Ángela María, 2014. *Narrativa del período de la violencia entre los años 50 y 70 en zonas rurales del Valle del Cauca: Tuluá (corregimiento de Barragán y Sevilla (corregimiento de Alegrías), a partir de los relatos de actores sociales claves*. Pasantía de investigación para optar al título de Comunicadora Social y Periodista, Universidad Autónoma de Occidente, Cali. Extraído el 17/04/2018 desde

<https://red.uao.edu.co/bitstream/10614/6993/1/T05076.pdf>

Ramírez, María Clemencia, 2014. “colonización, coca y movimiento social: el caso del Putumayo”. En *Análisis histórico del narcotráfico en Colombia*. Museo Nacional de Colombia, pgs. 170-198, Bogotá. Extraído el 24-02-2020 desde

<http://www.museonacional.gov.co/imagenes/publicaciones/analisis-historico-del-narcotrafico-en-colombia.pdf#page=170>

ACERCA DE LA DESAPARICION FORZADA

La desaparición forzada es un delito de lesa humanidad que no es exclusivo de Colombia ni es de reciente aparición. "Es un mecanismo de represión ejecutado a nivel internacional, lastimosamente, por un número importante de Estados, frente a la confrontación social" (Guatavita, 2015: 14). Sus orígenes se remontan a Luis XVI, Napoleón Bonaparte, Stalin y Hitler (Brijalbo, 2004: 6). En países latinoamericanos como Argentina, Chile, Guatemala, México, Salvador, por citar sólo algunos, tal modalidad de delito ha sido recurrente en ciertos períodos de su historia.

De acuerdo con Guatavita (2015: 6) esta práctica encontró justificación en la doctrina de Seguridad Nacional impulsada por Estados Unidos después de la segunda guerra mundial, en el marco de la guerra fría, a partir de 1945. Según Wikipedia, *"la doctrina de la seguridad nacional es un concepto utilizado para definir ciertas acciones de política exterior de los Estados Unidos, tendientes a que las fuerzas armadas de los países latinoamericanos modificaran su misión para dedicarse con exclusividad a garantizar el orden interno, bajo el pretexto de combatir aquellas ideologías, organizaciones o movimientos que, dentro de cada país, pudieran favorecer o apoyar al comunismo en el contexto de la Guerra Fría, legitimando la toma del poder por parte de las fuerzas armadas y la violación sistemática de los derechos humanos. Así como fomentar la cooperación entre estas dictaduras militares"*.

Colombia ha acogido la doctrina señalada, así como el recurso de la desaparición forzada, a pesar de la garantía que presenta la actual constitución que, en su artículo 12 prohíbe expresamente el sometimiento a la misma, "recogiendo así lo dispuesto en el artículo 5° de la Declaración Universal de los Derechos Humanos y en la Convención Americana sobre los Derechos Humanos" (Ambos, 2009: 77).

Según Brijalbo (2004: 54-72), "la desaparición forzada nació como un crimen de Estado, una práctica de los gobiernos para sacar del camino a los opositores de su régimen. ... para gran parte de la doctrina nacional y foránea, esta conducta sigue siendo exclusivamente imputable al Estado... aunque se acepta que los particulares puedan ejecutarla". En tal sentido, continúa la autora, la Convención Interamericana sobre Desaparición Forzada, en su artículo primero establece que los Estados no deben practicar, permitir ni tolerar el delito estudiado; "esta consideración tiende a objetivar la participación del Estado en la conducta, en cuanto a que no sería necesario que directamente la ejecute, sino que dentro de su jurisdicción la permita.

Lo anterior significa que “el Estado colombiano podrá ser declarado responsable por la desaparición forzada ejecutada por particulares en la medida en que no garantice ni proteja los derechos humanos vulnerados por esta conducta (libertad personal, dignidad humana, etc.) y tolere que tales actos se ejecuten dentro de su territorio”.

La autora considera que el delito se incrementó de la década de los 70 y adquirió en Colombia un carácter muy específico por cuanto no sólo fue el Estado el responsable; lo fueron también diferentes grupos organizados, unos de carácter político (guerrillas), otros delincuenciales (paramilitares apoyados por agentes estatales y narcotraficantes).

El texto del CNMH (2018: 54-55) es ilustrativo al respecto:

Así en el periodo 1970-1981, se señala a los agentes de seguridad del Estado y a las organizaciones paramilitares de la época como responsables de este crimen de manera dominante, cuando esta comenzó a practicarse como una respuesta contrainsurgente del Estado ante el surgimiento de las guerrillas, y al amparo de la declaración sucesiva y prolongada de Estados de excepción, que menoscabaron la condición democrática del país... Pero la DFP se crece, posteriormente, paralela a la expansión de los paramilitares en el periodo entre 1982-2005, todavía articulados o apoyados por algunos agentes del Estado, quienes se convierten en sus máximos responsables... La guerrilla también ha tenido una participación relevante en la ejecución de este delito, con plena intencionalidad, o como consecuencia del secuestro o el reclutamiento forzado. Algunos relatos indican esta forma de usar la desaparición forzada, que no fue perpetrada solo por los paramilitares, sino también por las guerrillas... Más recientemente, entre 2006-2015, los grupos armados paramilitares, que persisten después de su desmovilización, tienen la prevalencia como responsables de este delito... estos grupos llamados posdesmovilización tienen también una amplia participación en esta modalidad de violencia.

En una cartografía sobre la desaparición forzada en Colombia publicada en la web, se muestran cifras que dan cuenta de la aparición de esta forma de violencia en Colombia desde el año 1958, siendo el año 2002 el de mayor número de desaparecidos. En la misma se resalta la gran complejidad que presenta la investigación por cuanto, precisamente por su modalidad de ocultamiento, difícilmente se sabe quiénes fueron sus autores, así como sus víctimas, además de los riesgos que deben enfrentar quienes deciden emprender la búsqueda “porque la impunidad goza de

'buena salud' en Colombia y sus mecanismos se mantienen bien engrasados". A lo anterior se le agrega que los registros estatales son fragmentados, incongruentes entre las diferentes instituciones que los recopilan y con muchos vacíos (Mignorance, 2019: 9).

Tratados internacionales como el Estatuto de Roma, la Convención Interamericana de Derechos Humanos y el Estatuto del Tribunal Militar de Nüremberg han calificado este crimen como de lesa humanidad, lo cual significa que es una afrenta contra el género humano y puede ser sometido a la jurisdicción de la Corte Penal Internacional. Además, es imprescriptible, su jurisdicción es universal, no contempla el asilo político, no admite el cumplimiento de una orden superior, la concesión de amnistía o indulto ni su juzgamiento por una jurisdicción especial (Brijalbo, 2004: 170-171)

El Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), citando una publicación del año 2016, define así la desaparición forzada de personas:

“Aquella modalidad de violencia desplegada intencionalmente en un contexto de extrema racionalización de la violencia que consiste en la combinación de privación de libertad de la víctima, sustracción de esta del amparo legal y ocultamiento de información sobre su paradero, en que pueden ser responsables tanto los Estados nacionales como los grupos armados ilegales que la incorporan a su repertorio en el marco de su actividad criminal” (CNMH, 2018: 29). Su intencionalidad, agrega más adelante, es “castigar, producir terror y ocultar”.

Es un crimen que vulnera varios de los derechos humanos consagrados en la Declaración Universal de los Derechos Humanos como son la dignidad humana, el derecho a vivir en paz, a un debido proceso, a la libertad, a la vida, a no ser sometido a torturas o tratos crueles, degradantes o inhumanos (Brijalbo, 2004: 7). Agrega el informe del CNMH (2018:70) que “entre las formas en que los actores armados desaparecen a sus víctimas se cuentan el desmembramiento, la evisceración, la decapitación y el descuartizamiento”.

Según Quevedo (2014: 31), numerosas personas en este país han sufrido más de una desaparición: La primera, cuando es sustraída de su núcleo familiar; la segunda cuando se le da muerte y es enterrada en un cementerio oficial como NN; y la tercera cuando es desaparecido su cadáver. “En este último caso, el cadáver es intervenido mediante prácticas atroces que buscan facilitar su ocultamiento, bien sea mediante su ocultamiento en una fosa clandestina, o su arrojamiento a los ríos, o su exposición a los animales, o incluso la incineración”.

La autora señala que, además de la desaparición, se han encontrado casos, como en Belén de los Andaquíes (Caquetá), en los que reunieron a las víctimas y las sometieron a sufrimientos inenarrables de tortura y sevicia, además de utilizarlos como práctica pedagógica dirigida a los recién reclutados, de tortura y desmembramiento de los cuerpos para facilitar su ocultamiento en fosas comunes, configurándose así un escenario del horror que da cuenta de los niveles de degradación a los que llegó la guerra en nuestro país (pgs. 226-231).

Los impactos que la desaparición forzada tiene sobre los familiares son “escalofrantes”, plantea el CNMH (2018: 46). A la pérdida abrupta de un ser querido se le suma la incertidumbre sobre su estado, si está vivo o muerto y dónde se encuentra, lo “que produce uno de los impactos psicosociales y daños emocionales más duros y más difíciles de tramitar, por la imposibilidad del duelo...”.

El CNMH hace énfasis en “la incapacidad o falta de voluntad política del Estado para proteger a las poblaciones... que poco o nada ha hecho” para evitar estas formas de muerte.

Las investigaciones del CNMH (2018: 40) encuentran que el delito se dirigió especialmente a los campesinos (jornaleros y agricultores) y a los obreros, en momentos en que los actores armados se disputaban el control territorial. Así mismo, se orientó a aquellas personas opuestas a las políticas gubernamentales y que hacían parte de movimientos políticos de oposición (militantes de izquierda, sindicalistas, miembros del partido comunista, de la UP, del M-19 y del EPL), juristas y abogados pertenecientes a organizaciones defensoras de derechos humanos; también fueron afectados algunos miembros de la Asociación de familiares de detenidos desaparecidos (ASFADDES). Entre las víctimas se hallan militantes o dirigentes políticos, sindicalistas, líderes comunitarios, docentes, funcionarios públicos, líderes campesinos, reclamantes de tierras, autoridades indígenas, desmovilizados, familiares de los desaparecidos, defensores de derechos humanos y periodistas.

Las cifras

En la cartografía ya mencionada (pg. 9) se afirma:

No deja de ser aterrador pensar que, según los datos del CNMH, 80,472 personas han sido víctimas de desaparición forzada en Colombia, pero aún lo es más saber que nueve de cada diez de esas personas continúan hoy desaparecidas.

70,538 personas siguen fuera del mapa... como mínimo, ya que en el presente no podemos precisar cuál es la magnitud real de este crimen contra la humanidad en Colombia.

Quevedo (2016: 33) enfatiza en la importancia de la identificación de los muertos tanto para la familia como para la comunidad, ya que les permite no sólo conocer su destino sino completar los rituales funerarios, lo cual representa un cierre psicológico a la situación de angustia permanente generada por la desaparición. “El conocer la verdad impacta también a la comunidad en la cual han sucedido los hechos y disminuye la sensación de impotencia de los sobrevivientes...”.

El informe del CNMH (2018: 82), en relación a la cobertura, sostiene que el delito se ha registrado en 1.010 de los 1.115 municipios del país, siendo unos más afectados que otros. La cartografía da cuenta de los siguientes municipios en los que hay mayor cantidad de víctimas: Medellín, Turbo, Santa Marta, Tibú, Bogotá, San José del Guaviare, Barrancabermeja, Apartadó, Tierralta, Florencia, Pto. Berrío, Cali, Villavicencio, Buenaventura.

Otros datos relevantes publicados en la cartografía (2019:12) señalan que tras realizar la consulta de “desaparecidos” en los 1,122 municipios, los 33 departamentos de Colombia y en el exterior (nacionales colombianos desaparecidos fuera del territorio nacional), obtuvimos que a fecha de 20 de marzo de 2019 se tenía un registro de 144,107 personas desaparecidas; de las que 114,318 personas estaban reportadas como desaparecidas sin clasificar (79.33%); 28,755 desaparecidas por desaparición presuntamente forzada (19.95%); 515 desaparecidas por presunto reclutamiento ilícito (0.36%); 286 desaparecidas por desastre natural (0.20%); 152 desaparecidas por presunto secuestro (0.11%) y 81 desaparecidas por presunta trata de personas (0.06%).

Los dos informes, el del CNMH y el de la cartografía, coinciden en afirmar la complejidad que se presenta a la hora de abordar las cifras y la incongruencia existentes entre los informes de las diferentes entidades; así mismo, enfatizan en el inmenso trabajo aún por hacer en lo referente al hallazgo e identificación de las personas o sus restos y al establecimiento de cifras reales. Es esta otra de las múltiples fracturas que debe reconstruirse a la hora de abordar la compleja recomposición de nuestro país.

REFERENCIAS

Ambos, Kai (coordinador), 2009. *Desaparición forzada de personas Análisis comparado e internacional*. Ed. Temis, Bogotá.

Brijalbo Acosta, María Alejandra y Londoño Peña, Catalina, 2004. “Análisis del delito de desaparición forzada”. Tesis de grado. U. Javeriana, Bogotá

Centro Nacional de Memoria Histórica, 2018. *Desaparición forzada. Balance de la contribución del CNMH al esclarecimiento histórico*, Bogotá, CNMH.

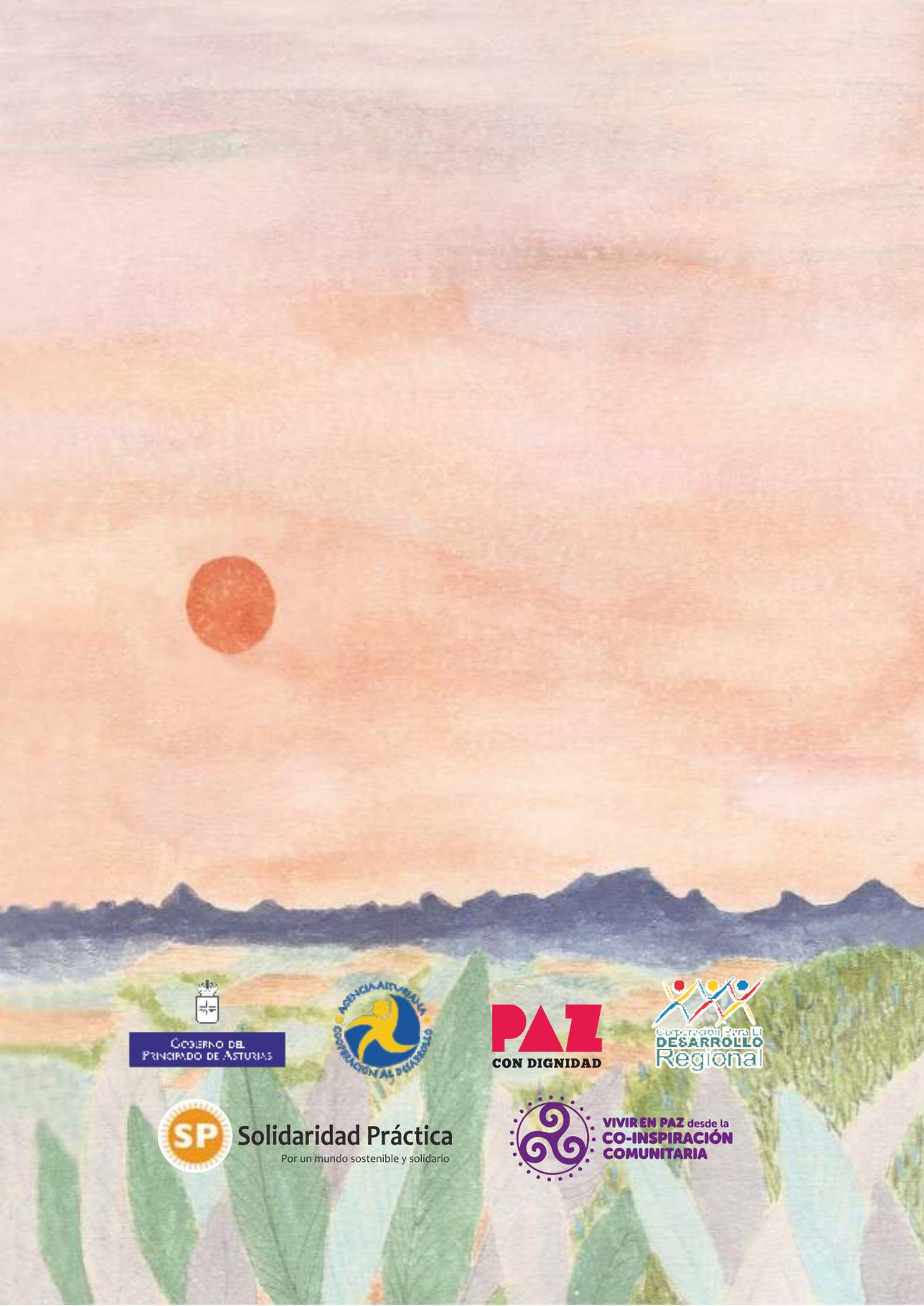
Guatavita Garzón, Andrea, 2015. “Construcción de sentido de la desaparición forzada en hijos e hijas de personas desaparecidas en Colombia” Rev. Aletheia, Vol. 5, No. 10, Bogotá.

Mignorance, Fidel y Arellana Bautista Erik (coordinadores), 2019. *Cartografía de la desaparición forzada en Colombia*, Extraído el 11-03-21 desde

https://co.boell.org/sites/default/files/cartografia_desaparicion_forzada_en_colombia.pdf

Quevedo Hidalgo, Elka Alejandra y otros, 2014. *Textos corporales de la crueldad. Memoria histórica y antropología forense*. CNMH, Bogotá.

Wikipedia, consulta realizada en la web el 13-03-2021.



GOBIERNO DEL
PRINCIPADO DE ASTURIAS



PAZ
CON DIGNIDAD



Solidaridad Práctica
Por un mundo sostenible y solidario



VIVIR EN PAZ desde la
CO-INSPIRACIÓN
COMUNITARIA